

ESTUDIOS BIBLICOS

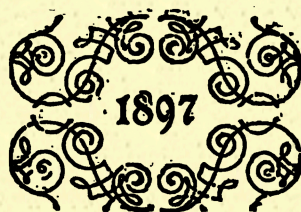
EXAMEN

DE ALGUNAS CUESTIONES IMPORTANTES
RELATIVAS A LA NARRACIÓN, QUE DE LA CREACIÓN DEL MUNDO
HACE MOISÉS EN EL LIBRO DEL GÉNESIS

POR

FEDERICO GONZÁLEZ SUÁREZ

OBISPO DE IBARRA



QUITO

Impreso por F. Ribadeneira

DECLARACION Y PROTESTA

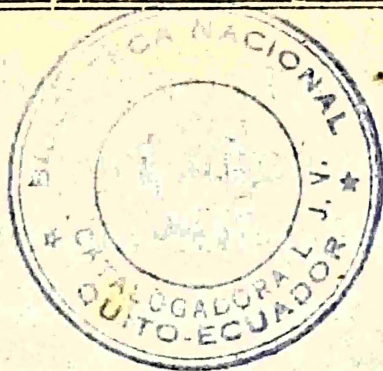


Este libro se imprime y da á luz con nuestra autoridad episcopal, sin la que no podria ser publicado por tratar de asuntos relativos á la interpretaci3n de la Sagrada Escritura, cuyo sentido verdadero la única que puede fijar es la Iglesia cat3lica romana. — Al juicio, pues, de la Silla Apost3lica sometemos este libro, protestando que estamos prontos á censurar lo que por la autoridad de la Iglesia fuese censurado, y á condenar cuanto la Iglesia condenare. — Este sometimiento nuestro al juicio de la Santa Sede es voluntario, espont3neo é incondicional no sólo en las materias relativas á la interpretaci3n de la Escritura Santa, sino también en todas las que se refieren á los dogmas, á la moral y á la disciplina de la Iglesia cat3lica.

Ibarra, Mayo de 1897.

✠ FEDERICO,
OBISPO DE IBARRA.





ADVERTENCIA

DADE algunos años principiamos á publicar estos ESTUDIOS BIBLICOS en la *Revista Ecuatoriana*: ahora los damos á luz en forma de libro, poniendo en sección aparte las notas, que en la edición primitiva iban al pie de las páginas.

Nada es nuevo ni menos original en esta nuestra obra: todo ha sido dicho ya por otros escritores, y nuestro trabajo se reduce á una recopilación de lo que en autores de gran mérito hemos encontrado. Entre las opiniones de los sabios, hemos preferido las que nos parecían más conformes con los últimos descubrimientos de las ciencias físicas, y damos lo cierto como cierto, lo dudoso como dudoso, y lo probable como

probable, cuidando escrupulosamente de no hacer en ningún caso violencia al Texto sagrado, para acomodar su sentido literal á las teorías de las ciencias naturales. Si hemos adoptado alguna hipótesis, ha sido, porque la hemos juzgado á propósito para explicar hechos comprobados por la experiencia. Nuestro objeto principal es poner de manifiesto la armonía que se encuentra entre las verdades reveladas y las verdades científicas; entre la narración mosaica y los puntos ciertos y demostrados de las ciencias naturales.

En el relato de Moisés hay expresiones oscuras y de muy difícil interpretación, á pesar de los adelantos de las ciencias físicas; más tarde, cuando las ciencias hayan realizado nuevos descubrimientos, habrá también mayor luz para la inteligencia del Texto sagrado, y cada verdad que conquiste la ciencia será un nuevo triunfo para la Revelación. La verdad es imposible que esté nunca en pugna con la verdad; y la

Biblia no ha de ser jamás desmentida por la Ciencia.

Nuestra intención al componer esta obra ha sido vindicar á la Escritura Santa de las calumnias, que contra ella han divulgado los impíos, alegando los descubrimientos llevados á cabo en estos últimos tiempos por las ciencias naturales.

Ibarra, Mayo de 1897.

† FEDERICO,
Obispo de Ibarra.





ESTUDIOS BIBLICOS

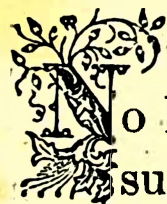
EXAMEN DE ALGUNAS CUESTIONES IMPORTANTES
RELATIVAS Á LA NARRACIÓN, QUE DE LA CREACIÓN
DEL MUNDO HACE MOISÈS EN EL LIBRO
DEL GÈNESIS



INTRODUCCIÓN

Ataques de que ha sido objeto la Escritura Santa en estos últimos tiempos. — Naturaleza é índole de la crítica moderna. — Graves errores de la crítica moderna. — La interpretación mítica. — Excesos de la escuela racionalista alemana. — Diversos sentidos de la Santa Escritura. — Reglas para la interpretación católica del sentido literal. — La Vulgata. — Valor y límites del decreto del Concilio de Trento relativamente á la autenticidad de ella. — Importancia del texto hebreo para la inteligencia del sentido literal. — La traducción griega de los Setenta. — Auxilios que ella ofrece para la interpretación del sentido literal. — Nuestros Estudios Bíblicos. — Fin que con ellos nos hemos propuesto. — Nuestro trabajo relativo al Libro del Génesis.

I



o hay secta ni religión alguna que no tenga sus libros sagrados, en los cuales cree que está contenida la doctrina revelada á los hombres por la Divinidad. La Religión cristiana tiene también su libro sagrado, al cual llama-

mos la Biblia ó el libro por excelencia ; sin embargo, las verdades que el Criador se ha dignado revelar á los mortales, no se hallan contenidas solamente en la Santa Escritura ; se contienen también en la divina Tradición. La Escritura y la Tradición juntamente son la palabra de Dios revelada á los hombres.

Mas ¿ cómo podíamos conocer que la Escritura era divina, es decir que contenía la doctrina que Dios había revelado á los hombres? ¿ Cómo podía costarnos de la divina inspiración de las Escrituras? ¿ Cuál ha sido la autoridad, encargada de resolver un punto de tanta trascendencia para nuestros intereses sobrenaturales? — Sin la autoridad de la Iglesia católica, sin la enseñanza de su magisterio infalible, no habríamos podido conocer ni la divinidad de la Biblia ni el sentido verdadero y genuino de sus libros sobrenaturalmente inspirados.

Era necesario saber si Dios había revelado algo á los hombres, dónde se contenía esa revelación y cuál era el sentido legítimo de las palabras, con que Dios había expresado su voluntad, revelándola y haciéndola conocer á los mortales. Era, pues, indispensable una autoridad, encargada de custodiar el depósito de la divina revelación, de explicar el legítimo sentido de ella y de resolver todas las dudas ó cuestiones, que en punto á la inteligencia de la pa-

labra divina pudieran suscitarse en la sucesión de los tiempos.

Dios pudo haber criado al hombre en un estado puramente natural, dándole por fin propio el conocimiento y el amor de su Criador, según la medida y la capacidad de sus fuerzas naturales; pero los designios del Todopoderoso fueron tan admirables para con el hombre, que se dignó elevarlo á un estado sobrenatural y le señaló como fin suyo la posesión del mismo Dios, la contemplación de la Divina Esencia y la participación de la misma soberana felicidad, en el goce de una vida perdurable. Este fin sobrenatural del hombre exigía de parte de la Providencia divina la concesión de todos aquellos medios, sin cuyo auxilio no habría podido el hombre alcanzarlo.

Dios debía manifestar su voluntad á los hombres; mas no era necesario que esta manifestación se hiciera á cada uno en particular, y bastaba que se hiciese á ciertos individuos determinados, quienes, de una manera segura, incapaz de toda duda, error ó engaño, la dieran á conocer á los demás. He aquí por qué no podía menos de existir una autoridad, cuyas enseñanzas fueran infalibles.

¿Cuál es esa autoridad? ¿dónde se encuentra?... Esa autoridad es la de la Iglesia católica, esa autoridad se encuentra allí donde se halla la Religión verdadera; y, como la religión verdadera no puede ser más que una sola,

así también la sociedad religiosa, fundada y establecida por Dios, no puede menos de ser también una sola, solamente una.

No hay más que un solo Dios verdadero.

La naturaleza del hombre es una misma y no ha variado jamás.

El fin último del hombre es también uno solo, fin sobrenatural, el mismo para todos los hombres. — Por tanto la Religión verdadera, la Religión revelada por Dios á los hombres para que consigan su fin sobrenatural, no puede ser sino una sola. ¿Cómo podrá, pues, tener la Biblia muchos sentidos contradictorios, si es la palabra del mismo Dios, revelada á los hombres?

En el siglo décimo sexto principió una época nueva y por demás famosa en la historia de la interpretación bíblica. Los protestantes, separándose de la Iglesia católica, rechazaron su autoridad y desconocieron su magisterio, en cuanto á la interpretación del sentido de las Divinas Escrituras, y no admitieron otra regla de fe que la interpretación privada é individual. Por una inconsecuencia y contradicción muy notables, sostenían la divinidad de la Biblia y desconocían la autoridad de la Iglesia, mediante cuyo testimonio sabían que la Biblia era divinamente inspirada. ¿De qué otro modo podía constarles la divinidad de la Escritura, sino por la autoridad de la Iglesia? ¿Cómo sabían que la Biblia contenía la palabra de Dios, sino porque la Iglesia, de cuyo seno se

apartaban, había enseñado que en la Biblia estaba contenida la divina revelación? Sin la autoridad de la Iglesia, los protestantes no habrían podido, pues, saber que la Biblia contenía la palabra de Dios, revelada á los hombres.

Rechazada la autoridad de la Iglesia y proclamada la interpretación privada de la Biblia, como la única regla de fe, el protestantismo hubo de considerar necesariamente como indispensable para todo creyente la lectura cotidiana de la Biblia, y la traducción de ella en lengua vulgar. Mas, como el protestantismo no era en el fondo otra cosa que un racionalismo disimulado, la interpretación privada de la Biblia vino á parar de consecuencia en consecuencia, de una manera lógica é ineludible, en la completa negación y desconocimiento de la divinidad de las Escrituras.

Los pasos que dió el protestantismo, para llegar á un término tan funesto, fueron resultado necesario del dogma de la interpretación privada, erigido en regla de fe. Si la inteligencia de cada individuo particular había de ser el único juez del sentido genuino y verdadero de las Santas Escrituras, nada era más natural, ni más obvio que la negación de la inspiración divina de las Escrituras. Lutero mismo dió ya el ejemplo de esta negación. — Estrechado por la lógica inexorable del error, principió por desconocer la divinidad de todos los pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamen-

to que eran manifiestamente contrarios á sus errores, y, al fin, acabó por rechazar como profanos algunos libros íntegros, que la Iglesia había venerado siempre como canónicos.

A mediados del siglo pasado tomó en Alemania la interpretación bíblica un rumbo enteramente nuevo, lanzándose en el racionalismo y atacando la inspiración divina de entrambos Testamentos. Las publicaciones de Lessing causaron al principio grave escándalo, y todas las fracciones religiosas del protestantismo alemán se conmovieron hondamente. No obstante, la fe vacilante de los reformados germánicos no pudo resistir á un sacudimiento tan brusco y sucumbió, negando de lleno la inspiración de las Escrituras y considerando la Biblia como un libro puramente profano.

Se negó la autenticidad de todos los Libros Santos, se combatió la integridad de ellos, se pretendió demostrar que eran mucho más modernos de lo que siempre se había creído y, lo que es más, se trabajó por convencerlos de error y hacerlos aparecer como absurdos y hasta como perjudiciales á la sana moral.

El ateísmo materialista de los literatos ingleses se hizo no solamente común sino popular, mediante las agudezas del ingenio francés. Voltaire, cuando regresó á Francia, puso de moda la impiedad: sus donaires y sus epigramas contra la Biblia contribuyeron poderosamente á hacerla despreciable, y los literatos de

entonces habrían tenido á mengua, si hubieran encontrado bello un libro escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo. Mas la guerra de burlas y de donaires que se hacía contra la Biblia terminó muy pronto en la misma Francia, con los progresos de las ciencias físicas, que iban poniendo cada día más patente la ignorancia de los llamados filósofos. Los dardos miserables, que éstos habían arrojado contra la Biblia, se tornaban contra ellos mismos; y el Libro, que habían intentado despedazar irremediablemente, no sólo quedaba intacto, sino más venerable que nunca. El donaire era bueno para gentes frívolas, cuyos espíritus enervados no tenían fuerzas para los grandes estudios críticos; por esto, cuando la manía de aparentar impiedad fué calmando en Francia, los mismos escritores franceses se avergonzaron de las inepticias de Voltaire, que sus abuelos habían aplaudido con sacrílego frenesí, como argumentos invencibles contra la maltratada Biblia.

Las ciencias habían progresado, y he aquí que la Biblia, condenada en nombre de las ciencias, se encontraba en armonía con todas cuantas verdades las ciencias habían demostrado.

Como la guerra de burlas y de agudezas era indigna de gente sabia, los racionalistas alemanes la miraron con desprecio, y principiaron la guerra del sofisma científico, empleando para atacar la divinidad de la Biblia todos los recursos de la fecunda erudición germánica.

Los sabios alemanes se han distinguido siempre por lo abstruso de sus concepciones filosóficas y por la riqueza de su erudición, pero les ha faltado casi siempre claridad en la exposición y método para disponer los tesoros de erudición, que suelen acumular en sus escritos, más bien fatigando que ilustrando con ellos al lector. Por esto, los grandes trabajos antibíblicos de los racionalistas alemanes no han causado mucho daño á la fe, sino cuando la elegante impiedad francesa los ha acondicionado á la moda, despojándolos del arreo pesado de la erudición y ataviándolos con las brillantes galas del fácil, claro y ameno estilo francés. ¿Qué otra cosa es Renán, el corifeo del racionalismo hegeliano en Francia, sino un plagiario elegante de los eruditos alemanes?

En América, donde la generalidad de los lectores se apacienta con la lectura fútil de periódicos, escritos muy á la ligera, podemos decir que son conocidos más bien que los errores solamente los nombres de unos cuantos racionalistas antibíblicos así alemanes como franceses. Tan atrasada camina, por fortuna, la impiedad hispano - americana bajo este respecto, que todavía saca á lucir como flamantes y muy á la moda los enmohecidos epigramas de Voltaire, de los cuales se avergüenza ahora hasta la misma vanidad francesa.

Las doctrinas filosóficas trascendentalistas de Kant, Fichte, Schelling y principalmente de

Hegel influyeron de un modo muy notable en las tendencias antirreligiosas de la crítica bíblica de los exegetas protestantes de Alemania. El protestantismo, que había negado la tradición divina para exaltar la autoridad de la Escritura, llegó al fin á negar también el orden sobrenatural. Negado el orden sobrenatural, se negaron los milagros, declarando que eran de todo punto imposibles; y, como una consecuencia legítima de estas negaciones, se suprimió en el Antiguo y en el Nuevo Testamento todo lo maravilloso y sobrenatural.

Una crítica sacrílega mutiló audazmente los Libros Sagrados y los trató con menos miramientos científicos que á las obras clásicas de la literatura griega y romana, viniendo hasta el extremo de sostener, que en las narraciones bíblicas no había ninguna realidad histórica sino que todo era un mito ó la expresión alegórica de ciertas opiniones ó creencias populares, presentada en imágenes y figuras, según el gusto de la fantasía oriental. Todas las reglas científicas, mediante las cuales se juzga de la veracidad de las obras históricas, fueron no sólo olvidadas, sino conculcadas tratándose de la Biblia, y á este procedimiento arbitrario, y á este sistema contrario hasta al sentido común, se le apellidó con el jactancioso nombre de *Crítica moderna*. La pretendida crítica moderna, en sus observaciones impías y temerarias, tuvo la audacia de negar la misma realidad de la exis-

tencia personal de Jesucristo, y este absurdo, que parecía insostenible, hizo fortuna y cundió tanto, que el discreto P. Lacordaire se vió en el caso de refutarlo con su avasalladora elocuencia, en una de sus célebres conferencias predicadas en Nuestra Señora de París.

¿Qué es en último análisis la crítica moderna?

La crítica moderna; hija del nebuloso genio filosófico de la Alemania protestante, en último análisis, no es sino la negación temeraria de la verdad histórica en asuntos religiosos: el arte de aparentar ciencia con ciertos melindres de escepticismo irreligioso, y, en fin, la contradicción absoluta de los más fundamentales principios de la lógica. ¿Qué es la crítica racionalista moderna? ¿á qué se reduce? La crítica racionalista moderna es la conjetura sofística constituída en sistema.

A estas observaciones debemos oponer los sanos principios de la verdadera crítica bíblica, de la interpretación razonable y científica del Texto sagrado.

II

La Escritura Santa, como lo enseña la Iglesia católica, tiene dos sentidos, ambos principales, el sentido literal y el sentido espiritual: no hay ni puede haber oposición ni contradicción entre ellos.

El sentido literal es el que se deduce de las palabras del Texto sagrado, entendidas en lo que ellas significan, según la manera común y ordinaria de hablar de los hombres. Aunque no han faltado expositores que opinaran que un texto sagrado puede tener, á un mismo tiempo, dos ó más sentidos literales, con todo, nosotros sostenemos la doctrina de los que enseñan que las palabras de la Santa Escritura no pueden tener más que un solo sentido literal; y ésta es la doctrina casi unánime de los Doctores católicos.

Creemos innecesario declarar que reconocemos el sentido místico ó espiritual de la Escritura, según las enseñanzas de la Iglesia católica. Además distinguimos en el Texto sagrado el sentido literal directo ó natural, y el sentido literal metafórico, en los pasajes, en que según las reglas de la interpretación católica, se encuentra el uno ó el otro de los dos sentidos literales: pero rechazamos el sentido mítico, como imposible en la Escritura Santa y muy opuesto á la divina revelación. Admitir semejante sentido sería transformar la palabra de Dios en una fábula continuada.

La Escritura Santa es la palabra del mismo Dios, revelada á los hombres; y como tal, no sólo no contiene, sino que no puede contener error alguno ni el más leve en punto á la fe religiosa y á la moral. Dios mismo impulsó á los autores sagrados á escribir lo que escribie-

ron; alumbró su entendimiento mientras escribían y guió su mano y gobernó su voluntad, á fin de que trasmitieran á los hombres los oráculos de la divina sabiduría. No una simple asistencia ni una piadosa moción, sino el soplo impulsivo del Espíritu Santo movió á los autores sagrados á componer los libros canónicos, que forman la Biblia, y les asistió auxiliándoles con luz sobrenatural, para que no se apartasen ni un punto de la verdad. Pero ¿deduciremos de aquí que siempre fueron inspiradas por Dios á los escritores sagrados, hasta las palabras y las expresiones de que se valieron para manifestar sus pensamientos? Para que la Biblia sea Escritura Santa, basta que haya sido inspirada por Dios la sustancia de todo cuanto pusieron por escrito los autores sagrados.

En cuanto á la inspiración verbal ó de las palabras, juzgamos que ésta no ha sido necesaria sino en aquellas sentencias ó frases, en que lo material de las palabras contenía una verdad relativa á los dogmas de fe ó á la moral religiosa. A lo menos, la extensión de la inspiración divina, en cuanto á las palabras de que se valió el autor sagrado, debe contenerse dentro de límites razonables, como lo enseñan los más graves Doctores católicos.

III

Contraigámonos ya á hablar del sagrado Libro del Génesis, que es el objeto principal de estos ESTUDIOS BIBLICOS.

El Libro del Génesis es el primero de la Sagrada Escritura y también del Pentateuco ó de la colección de los cinco libros sagrados compuestos y escritos por Moisés, el famoso legislador y fundador de la nación hebrea.

No nos proponemos tratar aquí de todas las cuestiones relativas al Libro del Génesis, sino solamente de algunas, que ahora son de gran importancia en la Apologética católica de la sagrada Biblia.

Ocuparnos en todas las cuestiones relativas al Génesis aún en nuestros tiempos, sería obra demasiado extensa y muy dilatada: así es, que, trataremos solamente de un punto principal, observando la mayor sencillez posible y de una manera compendiada y sumaria.

Ese punto es el siguiente: Las objeciones que se hacen contra la narración bíblica de la creación, en nombre de las ciencias físicas y de observación.

Para nosotros los católicos, la narración, que de la creación del Universo y del hombre se hace en el Génesis es inspirada: Moisés la escribió impulsado por el Espíritu Santo, y asistido por el mismo divino Espíritu, de tal

modo que no hay ni el más ligero error en su contenido. Y no sólo no hay error, sino que la narración que Moisés hizo de la creación es la única verdadera.

El historiador hebreo conocía, sin duda, la historia de la creación por la tradición oral (ó acaso también escrita), que de aquel hecho asombroso se había conservado con religiosidad en la familia de los Patriarcas, de cuya descendencia se formó el pueblo hebreo. El hecho de la creación es un hecho sobrenatural, debido al poder infinito de Dios: ese hecho fué anterior al primer hombre, y, por lo mismo, éste no pudo saberlo por experiencia propia, sino por divina revelación.

En efecto, Dios mismo fué quien se lo reveló á Adán, el primer hombre, y éste lo transmitió á sus hijos y descendientes, junto con las demás verdades reveladas, que formaban el tesoro de la fe durante la época de la ley natural. Decimos que la creación fué un hecho sobrenatural, para dar á entender que fué obra exclusiva de la omnipotencia divina, y que la materia no ha podido comunicarse la existencia á sí misma: el Universo no es ahora ni ha podido ser jamás la evolución de una materia increada: no hay fuerza alguna natural, que haya sido capaz de hacer salir de la nada ni el más pequeño átomo de materia.

En el hecho de la creación hay dos verdades muy importantes, ambas reveladas por:

Dios á nuestro primer padre : el hecho mismo de la creación, ó aquel acto primero, por el cual la voluntad omnipotente de Dios hizo salir las cosas de la nada ; y las circunstancias particulares ó el orden y la sucesión, con que todos los seres criados fueron recibiendo la existencia de las manos soberanas de la Infinita Sabiduría.

Dios pudo haber revelado al primer hombre solamente la primera de estas dos verdades ; mas no sucedió así, sino que su divina Majestad se dignó dar á conocer entrambas verdades á la más predilecta de sus criaturas. — Después consideraremos los fines altísimos con que se hizo esta revelación.

En nada se amengua la fuerza de la divina inspiración, reconociendo que Moisés tuvo á su alcance varios medios humanos, de los cuales pudo aprovecharse y, sin duda, se aprovechó para escribir su admirable libro del Génesis. Bajo la inspiración del Espíritu Santo escribió el historiador hebreo, pero poniendo también de su parte todos los medios humanos, que su rara prudencia le sugería para componer su libro, de modo que sirviera para la instrucción religiosa de su pueblo.

Se hacía una objeción, al parecer grave contra la autenticidad del Génesis, á saber la imposibilidad de que Moisés lo haya escrito, porque no estaba inventado todavía en aquella época el arte de escribir. Decimos que se hacía esta objeción, porque, en efecto, hasta hace

poco tiempo, se la solía oponer contra el Pentateuco, como un argumento incontestable; pero los descubrimientos arqueológicos modernos y los progresos asombrosos llevados á cabo por los asiriólogos y egiptólogos contemporáneos han puesto de manifiesto cuán futil era semejante argumento. — Moisés no sólo debió haber conocido la parte gráfica del arte de escribir, sino que en su Pentateuco se manifiesta instruído en toda clase de conocimientos, y hasta versado en el difícil manejo de la pluma como narrador. Dispone de una lengua muy bien formada y sabe aprovecharse de ella con destreza magistral; su estilo es encantador y su lenguaje fijo, correcto y verdaderamente literario. La hermosa traducción del Génesis, hecha directamente del hebreo por San Jerónimo, y que se encuentra en nuestra Vulgata latina, á pesar de su grande mérito, no expone todo el primor y la espléndida sencillez oriental del hebreo.

Moisés manifiesta que hablaba y escribía una lengua adulta, bien formada ya y vigorosa: su larga permanencia en Egipto se descubre por el conocimiento tan completo que tiene de las cosas de aquel país y, principalmente, por ciertas voces y áun giros gramaticales ajenos á la índole del hebreo, y que pudiéramos llamar los *egiptologismos* del Pentateuco. Por esto, el conocimiento de la lengua hebraica contribuye muchísimo á la inteligencia del sentido literal

del Génesis. Mas, podrán decir algunos ¿ la Vulgata latina no está declarada auténtica por el Concilio de Trento? Con semejante declaración ¿ qué necesidad tenemos nosotros los católicos de acudir á los textos originales de la Biblia?

Este punto exige explicación.

IV

Cuando el Concilio de Trento dió el decreto, por el cual declaraba auténtica la versión latina de la Biblia, llamada Vulgata, no intentó en manera alguna anteponer la expresada versión á los textos originales, ni impedir el estudio de ellos á los católicos: lo único que quiso fué determinar cuál de las muchas traducciones latinas de la Biblia, que entonces andaban en manos de todos, era la que debían preferir y aceptar los católicos. El Concilio de Trento con su decreto declaró, pues, que la versión latina Vulgata era, en la sustancia, conforme con los textos originales de la Biblia, y que no contenía ni el más ligero error ni la más leve inexactitud en todo lo relativo al dogma católico y á la moral cristiana.

Dejó, pues, el Concilio en completa libertad á los católicos, y no quiso prohibirles el estudio del hebreo y del griego para la mejor y más cabal inteligencia de la Sagrada Escritura, principalmente en cuanto á su sentido literal.

Pues, como éste debe interpretarse, ante todo, mediante el significado natural y genuino de las palabras, nada era tan conducente á ese propósito como el conocimiento profundo del idioma en que habían escrito originariamente los autores sagrados. ¿Cómo podía prohibir un Concilio tan sabio como el de Trento el estudio del hebreo y del griego, lenguas originales de la Santa Escritura? Cual haya sido á este respecto la mente del Concilio de Trento, bien claro se conoce por las disposiciones dadas después por varios Papas para que se funden cátedras de esas dos lenguas en las casas religiosas y en las Universidades católicas. Hay quienes, dando exagerada importancia al texto hebreo, desprecian la Vulgata: grave error, que, bien considerado, manifiesta en los que lo sostienen falta de conocimiento profundo de la Santa Escritura. La Vulgata tiene como traducción directa del hebreo, principalmente en el Pentateuco, un mérito literario muy digno de admiración: no es una obra de lenguaje puro, correcto y elegante á la manera de los clásicos latinos del siglo de oro de la literatura romana; antes, por el contrario, calca tan bien el giro hebraico, que el lenguaje latino, mediante construcciones gramaticales de una sintaxis que no es la suya, adquiere cierta oscuridad misteriosa y una especie de concisión enérgica, que lo distingue de todo otro lenguaje profano, le imprime un sello de majestad y lo

hae sagrado y muy á propósito, por lo mismo, para expresar la revelación divina. Tiene el lenguaje latino de la Vulgata una hermosura propia suya, y en su estilo están hermanadas la belleza, serena y apacible, de los cielos con la misteriosa oscuridad del santuario.

Mas, á pesar del mérito literario de la Vulgata, el conocimiento del texto hebreo equivale á un comentario prolijo, para comprender bien toda la fuerza que tiene en sí el sentido literal de la Biblia: la significación gramatical de los términos hebreos ahorra mucho trabajo para penetrar bien el sentido literal, y para interpretarlo con claridad y exactitud. Divagan algunas veces los expositores sagrados en la interpretación de algunos textos bíblicos, cuya oscuridad proviene en gran parte de modismos hebraicos, vertidos al latín en la Vulgata.

La importancia que ha llegado á tener en nuestros tiempos el estudio de las lenguas orientales, se deduce del procedimiento de los más doctos racionalistas bíblicos contemporáneos, principalmente alemanes, quienes hacen grande uso de sus conocimientos filológicos para combatir la autoridad del Texto sagrado; y la ciencia de la polémica bíblica se encontraría falta de armas, si careciera de la inteligencia de los idiomas originales.

Lo que decimos del conocimiento del hebreo para la mejor inteligencia del sentido literal de la Santa Escritura, lo repetimos tam-

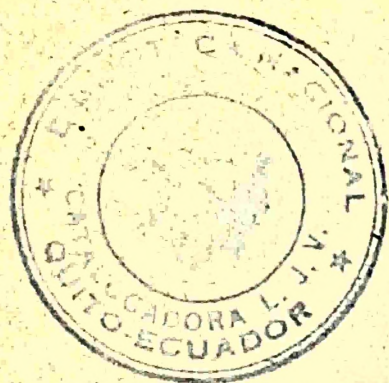
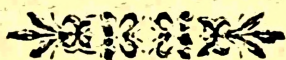
bién respecto del griego. Muy sabido es que el Nuevo Testamento, casi todo entero, fué escrito originariamente en griego y que gran parte del Antiguo fué vertida á este idioma, dos siglos antes de la era vulgar. — La célebre versión griega, conocida con el nombre de *Traducción de los Setenta*, ha gozado de mucha autoridad en la Iglesia desde los tiempos apostólicos, y no han faltado autores antiguos respetables, que áun la tuviesen por inspirada. Tanto ha sido el respeto que se le ha tributado.

No obstante, parece indudable que la traducción que hicieron en Alejandría los Setenta Intérpretes, no fué de todo el Antiguo Testamento sino solamente del Pentateuco ó de los cinco libros de Moisés. Como los rabinos ó doctores judíos, que trabajaron en esta traducción, eran muy versados en todas las historias de su nación, como conocían tan á fondo sus tradiciones y eran tan instruidos en todos los secretos de la interpretación bíblica, su obra se concilió desde un principio una autoridad doctrinaria tan grande, que los judíos helenistas llegaron á mirarla con la misma veneración que al texto hebreo original de la Ley.

Esta versión griega del Pentateuco ha sido hecha indudablemente no sobre el texto caldeo ni sobre el samaritano, como han pretendido algunos, sino sobre el hebreo: es muy literal y bastante esmerada; puede, por lo mismo, dar mucha luz para penetrar el verdadero

sentido literal del Génesis, y á ella acudiremos á menudo en estos Estudios, comparando la Vulgata con el texto hebreo y con el griego de los Setenta, en la medida de nuestras fuerzas, (por cierto muy débiles para tan ardua materia), y según nuestras escasas luces en asunto de suyo tan trascendental.

El estudio de la Santa Escritura ha sido siempre la ocupación predilecta de toda nuestra vida, y nada deseamos tanto como ver revivir en los eclesiásticos así seculares como regulares el entusiasmo por los estudios sólidos y profundos de las ciencias eclesiásticas, entre las cuales ocupa, sin duda ninguna, el primero y más importante lugar la Ciencia de la Escritura Santa. Ciencia vastísima entre las Ciencias, verdadero Océano del saber sacerdotal, donde vienen á parar todas las demás ciencias, así sagradas como profanas; porque todas pagan tributo á la ciencia de la Escritura, desde la Química que analiza los elementos del impalpable átomo de polvo, hasta la Astronomía, que investiga las leyes de los mundos siderales; desde la Filología, que estudia las condiciones y variedades del lenguaje humano, hasta la Teología expositiva, que enseña los misterios inefables de la Eterna Sabiduría.

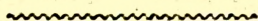




EL GENESIS

Y

LAS CIENCIAS FISICAS

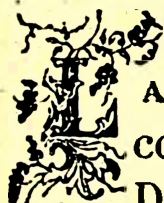


CAPITULO PRIMERO

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES Y REGLAS PARA LA EXPLICACION DEL TEXTO SAGRADO

Fin y objeto de la revelación divina. — La Biblia no es libro-puramente científico, sino esencialmente religioso. — Modo cómo debían expresarse los autores inspirados. — Contradicciones entre la Biblia y las Ciencias. — Esas contradicciones son aparentes. — Condiciones que debe tener la verdadera ciencia. — Las meras hipótesis no son ciencia. — El fundamento de la ciencia es la verdad. — Los apologistas católicos. — Sus métodos de defensa. — Enseñanzas de la Iglesia.

I



A Biblia es verdaderamente un libro divino y contiene la doctrina revelada por el mismo Dios á los mortales: si este libro admirable hubiese sido escrito por un hombre y no por Dios, ya habría perecido como tantos otros libros escritos por sabios y letrados famosos, cuyas doctrinas

se han desvanecido con el tiempo, sin que de ellas quedara ni un recuerdo. Ha sobrevivido á la nación para quien fué escrito, y esa inmortalidad no le podía venir sino de Dios. La nación hebrea pereció; y los restos de ella, dispersos por todo el mundo, llevan, en la maldición que los persigue, la señal evidente de la inspiración sobrenatural de la Biblia.

No ha habido hasta ahora ni es posible que haya jamás un libro tan estudiado, tan examinado, tan analizado como la Biblia: la Biblia ha sido el libro, en cuyas páginas han buscado inspiración todos los grandes pensadores durante diez y nueve siglos; de la lectura de la Biblia han sacado esas obras maestras de sabiduría y de elocuencia, con que han asombrado al mundo; en la Biblia no han cesado de meditar los santos; los eruditos la han comentado, explicándola palabra por palabra; contra la Biblia han conspirado poderosos ingenios, pero á pesar de los extraordinarios esfuerzos que han hecho para destruirla, nada han podido conseguir, y la Biblia ha quedado invulnerable; es el libro por excelencia; es el libro divino, contra el cual serán siempre impotentes los esfuerzos de la razón humana. ¿De dónde le viene á la Biblia su belleza inmortal, su verdad indestructible, sino de que contiene la doctrina revelada por Dios á los mortales?

Por esto, no se debe confundir jamás el fin de la Biblia con el fin de ningún otro libro humano, por excelente, por admirable que sea. La Biblia es un libro esencialmente religioso; su fin es moral, y su objeto, práctico: contiene todo cuanto nos era indispensable saber, para cumplir aquí en la tierra.

el fin con que hemos sido criados, y alcanzar nuestro destino sobrenatural : no es la Biblia un libro de mero entretenimiento, ni hemos de ir á buscar en ella noticias acerca de aquellas cosas, que no tienen relación ninguna con nuestros deberes religiosos y morales. La Biblia nos instruye en todo cuanto se refiere á nuestros destinos sobrenaturales, dejando el conocimiento de las demás cosas á la investigación de la inteligencia humana.

Cuando Moisés escribió la narración de la manera cómo había sido criado el mundo, no se propuso dar lecciones de Cosmogonía á su pueblo, sino instruirle en la religión, inculcándole dos grandes é importantísimas verdades : la unidad de Dios, y la dependencia del Universo entero respecto del Criador. Quiso Moisés recordar á su pueblo las verdades fundamentales de la religión revelada, á saber : la existencia de un solo Dios, Criador de todas las cosas, la creación del primer hombre, la formación de la primera mujer y la manera cómo de esos primeros y únicos padres del linaje humano se habían propagado todos los pueblos y naciones del mundo. Recuerda la existencia de Dios, y enseña que no hay más que uno sólo, para condenar y proscribir la idolatría, á la cual eran tan inclinados los hebreos ; les pone delante el principio de todas las cosas, enumerando una por una todas las que adoraban como divinidades los pueblos paganos, y haciéndoles saber que todas eran puras criaturas, sacadas por Dios de la nada ; se detiene en referir prolijamente la historia de la creación de los padres del linaje humano, para que los hebreos se convenzan de la superioridad y excelencia del hombre sobre todo cuan-

to existe, y así no caigan en la idolatría, tomando por dioses á criaturas inferiores al hombre; les instruye en el motivo por el cual existe el mal sobre la tierra, para que reconozcan la Providencia divina, que cuida del hombre, que vigila sobre él y que castiga la infracción de sus divinos preceptos: quedan así claramente condenados los errores religiosos de los antiguos pueblos, que profesaban la creencia en dos principios, el principio bueno y el principio malo, en lucha constante entre ellos, y el fatalismo, por el cual los hombres y los pueblos se creían víctimas de divinidades ciegas y crueles, de cuyo poder era imposible librarse.

En el Génesis Moisés opone al politeísmo el dogma de la unidad de Dios; al panteísmo oriental, que confundía al mundo con la Divinidad, le opone el dogma de la creación del Universo; el mundo es distinto de Dios, el mundo no es eterno, ha sido criado, tuvo principio: á la adoración de los astros y de los animales y de los fenómenos físicos le opone el dogma del destino sobrenatural del hombre, á quien ha constituido Dios por rey de todas las demás cosas criadas, dándole dominio sobre todas ellas: al destino, al hado inexorable, le opone la Providencia y la libertad humana; así la existencia del mal queda explicada con el dogma de la caída original de nuestros primeros padres.

II

El escritor hebreo debe ser juzgado según las mismas reglas de crítica histórica y de crítica literaria, con que se juzga á todos los escritores, para conocer su verdadero mérito. Es necesario tener

presente el objeto que se propusieron al escribir y componer sus libros, el fin que intentaron alcanzar dándolos á luz, la condición de las personas, de los pueblos ó naciones, en medio de las cuales escribieron y á quienes quisieron instruir é ilustrar por medio de sus escritos, y las demás circunstancias de la época en que escribieron, del motivo que los indujo á escribir y hasta del clima y del temperamento y del aspecto físico de la naturaleza que les rodeaba y con la cual estaban familiarizados. ¿ Por qué solamente cuando se trata de un historiador sagrado, se han de infringir estas reglas ? ¿ Será esto justo ? ¿ Será razonable ? ¿ Merecerá el nombre de ciencia ?

El pueblo hebreo se había formado en Egipto, allí había crecido, siendo testigo de las prácticas idolátricas y supersticiosas de los egipcios ; caminaba á la tierra de promisión, donde se vería rodeado de naciones paganas, que adoraban una muchedumbre de dioses diversos ; la moral pura y austera, que debía guardar el pueblo escogido, encontraría en los recuerdos de la tierra de Egipto, de donde Moisés lo había sacado, estímulos tentadores que le estarían constantemente provocando á la prevaricación : he aquí por qué el sabio y advertido legislador hebreo inculca á su pueblo tan eficazmente la unidad de Dios, y le hace notar que todos los objetos naturales, adorados por los egipcios y por los cananeos, eran unas puras criaturas, de naturaleza muy inferior á la humana, y mucho menos excelentes que el hombre, para cuyo servicio había criado Dios todas las cosas. ¿ Cómo sería posible que el hombre tuviera por dioses, y adorara seres muy inferiores á él, y criados para su servicio ?

El pueblo hebreo era un pueblo predestinado, y Dios lo quería formar haciéndolo depositario de la divina revelación: el objeto mismo de la existencia y de la formación del pueblo hebreo lo hacía un pueblo excepcional entre todos los demás pueblos de la tierra, era un pueblo esencialmente religioso. La Biblia era el libro, en cuya lectura y meditación debía instruirse, para conocer su admirable destino, y la manera de cumplirlo fielmente. La Biblia es, pues, un libro esencialmente religioso; no es una obra profana, ni un trabajo meramente literario. Moisés, cuando escribía el Génesis, no intentaba componer simplemente una historia, como otro cualquiera escritor profano, sino instruir á su pueblo en la religión verdadera, enseñándole los dogmas revelados por Dios al primer padre y progenitor del linaje humano. ¿Cómo debía hablar, pues, Moisés? ¿cómo debía expresarse? Siendo el Génesis un libro esencialmente religioso, y estando destinado para instruir al pueblo en las verdades reveladas, es claro que Moisés debía expresarse de una manera clara y fácil de ser entendida por todos los lectores á quienes se dirigía; tan claro debía ser su lenguaje, que el pueblo no pudiera menos de comprenderlo, al instante, sin trabajo ni esfuerzo alguno; y tan sencillo, que no diera lugar á dudas, ni á oscuridades, ni á incertidumbres, ni á errores, por leves que fueran. Dedúcese de aquí necesariamente, que Moisés debía expresarse con el lenguaje común y ordinario de entonces, hablando á sus lectores, que eran el pueblo hebreo, de modo que todos le entendieran.

No tiene, por lo mismo, motivo alguno razonable la objeción que se suele hacer contra Moisés,

porque no habló con el lenguaje de la ciencia, sino con el lenguaje común y ordinario, al narrar la historia de la creación del mundo. Apenas puede haber una objeción más absurda que ésta.

¿De qué ciencia se trata aquí? ¿El lenguaje de qué ciencias debía hablar Moisés en el Génesis? Un escritor oriental, un escritor hebreo, tan antiguo como Moisés, ¿debería, acaso, haber hablado el lenguaje técnico, empleado por los sabios del siglo décimonono en los libros escritos sobre ciencias naturales? Basta solamente indicar esta objeción, para conocer lo absurdo de ella. — El lenguaje técnico de las ciencias varía constantemente, á medida de los adelantos que hacen el estudio de la naturaleza, la observación y la experiencia: compárense los tratados así elementales como fundamentales, escritos en diversas épocas, y se reconocerá al instante esa diferencia. ¿Sería posible que Tolomeo y Keppler se expresaran del mismo modo? ¿Podían tener el mismo lenguaje técnico en las ciencias Aristóteles y Cuvier? Ahora bien ¿qué lenguaje debiera haber hablado Moisés? ¿Será razonable condenar el Génesis, porque al hacer la narración de la creación y formación del mundo, no empleó el lenguaje técnico, inventado por los sabios de estos últimos tiempos? Moisés escribía un libro religioso, para instrucción de su pueblo, y era indispensable que, para ser entendido de todos, se expresara en el lenguaje común de que se valen los hombres en el trato ordinario de la vida, para comunicarse unos con otros. Una de las más brillantes pruebas de la sabiduría de Moisés consiste en su lenguaje, claro, sencillo y capaz de ser entendido, sin dificultad ninguna, por su pueblo.

¿ Qué escritor, que pretenda instruir al pueblo, empleará en sus obras un lenguaje ininteligible para el común de los lectores? y el lenguaje técnico de las ciencias es incomprendible áun para los mismos hombres doctos, que no están versados en toda clase de conocimientos; pues, para entender una obra científica, es indispensable instruirse primero en el significado de los términos propios de cada ciencia.

La Biblia no es un tratado de Astronomía, ni de Física general; y, cuando Moisés compuso el Génesis, no intentó dar á los hebreos lecciones sobre las ciencias experimentales, sino recordarles la historia de la divina revelación, conservada hasta entonces por tradición en las familias de los patriarcas. ¿ Condenaremos al Legislador de la nación escogida, porque en su admirable libro del Génesis no dió á su pueblo nociones científicas acerca de todas y cada una de las partes del Universo? ¿ Le habría entendido el pueblo? ¿ Hubiera alcanzado el fin que se había propuesto, de instruirlo en las verdades reveladas?

Hay verdades cuyo conocimiento es indispensable á todos los hombres, para que consigan el fin sobrenatural con que hemos sido criados; y otras, cuya noticia no tiene relación ninguna necesaria con el fin sobrenatural: las primeras forman el conjunto de la revelación, y de ellas trata la Biblia; las segundas no pertenecen á la revelación, y así la Biblia habla de ellas solamente de un modo indirecto, y cuando hay alguna relación con el dogma revelado ó con la moral religiosa. Y cuando se presenta esta ocasión y la Biblia habla de semejantes verdades, no lo hace de una manera doctrinaria

ó expositiva, ni en estilo y lenguaje didáctico, sino valiéndose del modo general de hablar de los hombres en el trato común y ordinario de la vida.

Todas las censuras fundadas, pues, en el modo de expresarse de los autores sagrados en la Biblia, carecen de fundamento, y quedan sin razón alguna, examinadas á la luz de un criterio literario ilustrado y justo. ¿Qué diremos de las contradicciones que el racionalismo pretende haber encontrado entre la Biblia y las Ciencias físicas? ¿Existen, en realidad, semejantes contradicciones? Examinemos despacio este punto.

III

Para que existieran realmente contradicciones entre las Ciencias y la Biblia sería necesario que las verdades, descubiertas y demostradas indudablemente por las Ciencias físicas, por las exactas, por las naturales, hicieran ver que la Biblia contenía errores manifiestos; pero la naturaleza es obra de Dios, y la Biblia es la palabra divina, la voluntad de Dios revelada á los hombres; y así es absolutamente imposible que entre la Biblia y la naturaleza haya contradicciones, porque la Sabiduría infinita no puede contradecirse á sí misma.

Toda contradicción entre la Biblia y las Ciencias es de todo punto imposible: las que parece que existen, las que se presentan, ya en una parte, ya en otra, no son más que aparentes, y se desvanecen, cuando el sentido de las palabras de la Escritura Santa es rectamente interpretado, y las Ciencias no oponen á la narración bíblica meras hipótesis, sino verdades científicamente demostradas.

En efecto, de dos causas pueden nacer las contradicciones aparentes entre la Biblia y las Ciencias: primera, de que las palabras de la Biblia no han sido entendidas é interpretadas en su verdadero sentido; y segunda, de que se toman como verdades científicas ya demostradas, las que no son más que opiniones de algunos autores, ó hipótesis admitidas como ciertas solamente de un modo convencional. Entrambas causas pueden inducir á error con mucha facilidad.

Si se hace decir á la Biblia lo que la Biblia no ha dicho jamás, si se admite como una verdad demostrada un aserto hipotético, que puede ser verdadero y puede ser también falso, ¿será difícil descubrir contradicciones entre la Biblia y las Ciencias?

Debe saberse con toda seguridad el sentido de las palabras de la Escritura, y no tomar nunca la exposición privada de un doctor ortodoxo, por autorizado que sea, como una declaración del genuino sentido de la Biblia, hecha por la autoridad docente de la Iglesia católica. Hay puntos dogmáticos y morales, respecto de los cuales la Iglesia ha fijado el sentido, en que deben interpretarse las palabras de la Escritura Santa; pero hay también en la misma Escritura puntos, acerca de cuya interpretación nada ha decidido la Iglesia; y, por eso, los exegetas católicos, dentro del dogma revelado, pueden explicar esos puntos de diversos modos.

Se encuentran también frases oscuras y expresiones de sentido profundo, que no es fácil á todos comprender. ¿Nos maravillaremos de que haya lugares oscuros, pasajes de difícil interpretación en un libro como el Génesis, escrito hace millares de

años, en una lengua antigua, de índole distinta de la nuestra, y en un país tan poco conocido todavía, á pesar de los estudios y de las investigaciones que en el Asia y en el Egipto se han llevado á cabo por los naturalistas y por los arqueólogos contemporáneos? Esa oscuridad se encuentra en autores de tiempos mucho más próximos á nosotros, y en obras escritas por griegos y latinos, cuyo idioma nos es mucho más conocido que el hebreo del Pentateuco compuesto por Moisés.

Esta oscuridad se halla en ciertas frases, en varios modismos del Génesis y en cosas que no tienen relación esencial con el dogma y con la moral. A la mejor inteligencia de estos lugares pueden contribuir mucho los progresos, que cada día hacen las Ciencias experimentales, y los estudios arqueológicos practicados en los países bíblicos.

Para que haya ciencia es necesario que haya principios fijos é invariables: estos principios deben ser verdades claras y evidentes por sí mismas, y que no necesiten de demostración; ó hechos ciertos, indudables, de cuya existencia conste con certidumbre á la razón humana. De ahí se han de deducir consecuencias rigurosas, lógicamente ineludibles, á fin de que lo desconocido se pruebe por lo conocido, y lo menos claro por lo evidentemente cierto. Así pues, conviene distinguir muy bien las verdades demostradas, de las que no son más que condicional ó hipotéticamente ciertas en las Ciencias físicas y en las naturales. Una hipótesis no es una verdad metafísicamente cierta, sino un hecho más ó menos probable, pero admitido condicionalmente como cierto, hasta que la experiencia lo confirme indudablemente, ó nuevos descu-

brimientos pongan de manifiesto su falsedad. Las hipótesis cambian, se mudan con el progreso de las ciencias; la verdad es inmutable, no varía ni parece jamás.

La Biblia no puede estar nunca de acuerdo y en completa armonía con las meras hipótesis científicas; ni de la Biblia se ha de echar mano jamás, para demostrar como cierta una simple hipótesis. No es imposible ni siquiera difícil que la Biblia se halle en contradicción con alguna teoría científica, ó con algún sistema, inventado para explicar de un modo satisfactorio pero solamente hipotético los fenómenos naturales, que son objeto de las ciencias. En una teoría, así como en un sistema, en una hipótesis, hay siempre algo de verdad; puede haber también una verdad absoluta, pero que no está manifiesta ni demostrada. Póngase la verdad frente á frente de la verdad, y no se descubrirá contradicción alguna; oponed el error á la verdad; y si tenéis la triste habilidad del sofista, lograréis oscurecer la verdad, aunque no para siempre, sino sólo por tiempo limitado, pues la verdad echará de sí rayos de claridad tan intensos, que disiparán las sombras acumuladas por el error.

Por esto, también la Apologética católica tiene reglas fijas, en las cuales se prescribe el método que han de seguir los escritores católicos en la defensa de la Escritura Santa, contra los ataques del racionalismo, que con los datos que encuentra en las ciencias físicas pretende convencer de error á la palabra de Dios. Grave es la equivocación padecida por los que han sostenido que la Biblia estaba de acuerdo con las hipótesis y sistemas, inventados por los físicos y por los naturalistas para explicar

los fenómenos del Universo corpóreo: cambiados los sistemas, deshechadas las hipótesis ¿qué juicio se formará acerca del pretendido acuerdo de la Biblia? No sería esto exponer los Libros Santos á la burla de los impíos? El acuerdo no es posible sino entre la Biblia y las verdades científicamente demostradas. — No se han de buscar en el Génesis lecciones de Física, ni sistemas de Geología, ni pruebas para sostener teorías científicas: el Génesis es un libro histórico, esencialmente religioso; juzgarlo desde otro punto de vista, es ponerse claramente en peligro de errar, condenando, con manifiesta temeridad, la palabra de Dios. ¿Quedaría al discernimiento privado la interpretación del verdadero sentido de la Escritura? La Escritura no puede interpretarse caprichosamente, al arbitrio de cualquiera escritor, sino atendiendo á las reglas ordinarias del lenguaje humano, á la índole del idioma original en que escribieron los autores inspirados, á las circunstancias del tiempo, del lugar, del fin, y sin perder nunca de vista el consentimiento moral unánime de los Santos Padres, y principalmente el sentir doctrinal de la Iglesia católica y la misma regla de fe.

Observando fiel y escrupulosamente estas reglas, principiaremos en el siguiente capítulo á explicar el sentido literal del Texto sagrado del Génesis, en que está contenida la narración histórica de la creación del mundo y del hombre.

CAPITULO SEGUNDO

EL DOGMA DE LA CREACION

Principia la exposición literal del capítulo primero del Génesis. — Texto del primer versículo. — Partes de que consta la narración que Moisés hace de la historia de la creación. — Análisis filológico del primer versículo. — La creación *ex nihilo*. — Posibilidad de la creación. — El dogma de la creación. — Errores opuestos á este dogma. Materia primordial. — Los elementos constitutivos de la materia. — Concordancia entre las verdades demostradas por la ciencia y la narración bíblica.



EN el capítulo anterior expusimos las reglas que se debían tener presentes, para entender y explicar rectamente el sentido literal del Texto Sagrado; conviene, por lo mismo, que principemos á exponer, según ellas, la narración que de la historia de la creación del mundo y del hombre hace Moisés en los dos primeros capítulos del Libro del Génesis.

Sin apartarse un punto del fin religioso y moral con que escribía su Libro, el historiador divinamente inspirado principia su narración de una manera sencilla, clara y concisa, enunciando en palabras breves y terminantes el más admirable de los dogmas revelados, el de la creación del mundo: ni gasta preámbulos ni emplea exordios: comienza sencillamente por la confesión de la existencia de Dios, que ha criado todas las cosas de la nada.

Algunas ligeras observaciones generales nos darán mayor luz, para comprender bien el significado literal de las palabras del Génesis.

La Escritura hace uso de ciertas frases ó circunlocuciones, que le son propias, y cuyo significado conviene tener bien conocido anticipadamente: una de estas circunlocuciones bíblicas es la siguiente, decir *el cielo y la tierra*, para significar todo el conjunto de las cosas criadas; que componen el Universo corpóreo. Esta frase ocurre frecuentemente en este sentido, en diversos lugares de la Escritura Santa, así en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

Nunca se han de confundir las representaciones sensibles de la imaginación y de la fantasía con los conceptos espirituales de la inteligencia; y el criterio de la razón ha de distinguir rigurosamente las unas de los otros. — Esto hemos de tener muy presente ahora, cuando tratemos del tiempo, del espacio, de la extensión y de la eternidad.

La narración, que de la historia de la creación hace Moisés, tiene un punto muy claro, muy determinado; pero tiene también puntos que son oscuros, y no pueden comprenderse con facilidad ni explicarse satisfactoriamente. — El punto claro, terminante, y cuyo sentido literal ha sido fijado dogmáticamente por la Iglesia, es el relativo á la creación, ó al acto por el cual sacó Dios de la nada todas las cosas: los puntos oscuros son los que se refieren á las circunstancias de la creación en la obra de los seis días; y así, acerca de la inteligencia de estos puntos la Iglesia no ha decidido nada hasta ahora, dejando á los escritores católicos la libertad de interpretarlos, según las reglas de la hermenéutica sagrada.

La historia de la creación queda completa tomando como una sola narración, ó como la rela-

ción de un solo hecho, lo que refiere Moisés en el primer capítulo del Génesis y lo que añade en el segundo; y estas dos partes no deben interpretarse aisladamente, sino considerando ambas como complemento recíproco una de otra.

La narración de la historia de la creación tiene tres partes, claramente distintas: PRIMERA, El Universo sensible es sacado de la nada por Dios, en el principio del tiempo; descripción del estado en que se hallaba la materia primordial, y del aspecto que presentaba el mundo inmediatamente después de la creación. — SEGUNDA, Narración de la manera cómo fueron hechas todas las cosas, y enumeración de las que fueron criadas sucesivamente en cada uno de los seis días de la gran semana genesiaca. — TERCERA, Epílogo ó recapitulación breve y concisa de la historia de la creación.

Como se ve, la primera parte se subdivide ó descompone, á su vez, en otros dos miembros ó puntos distintos. — Podemos, por lo mismo, decir, con toda exactitud, que la narración mosaica de la historia de la creación consta de los puntos siguientes:

- 1. Creación del mundo,
- 2. Estado del mundo material en el momento en que fué por Dios sacado de la nada,
- 3. Sucesivo aparecimiento de todos los seres criados,
- 4. Creación del hombre,
- 5. Creación y formación de la mujer,
- 6. Epílogo ó recapitulación.

Tiene finalmente la narración mosaica de la historia de la creación un punto dogmático importantísimo y de trascendental influencia práctica en la

legislación del pueblo hebreo ; ese punto es el descanso del Criador el día séptimo. Con el misterioso descanso del Todopoderoso el día séptimo, se termina y completa la semana divina, que sirve no sólo de fundamento, sino también de norma para la institución de la semana civil y religiosa de la nación hebrea.

Para mayor esclarecimiento de este tan importante asunto, conviene que ya desde ahora hagamos notar la diferencia que hay entre la *Creación* y la *Formación* del Universo corpóreo. — En el Libro del Génesis hay versículos que se refieren á la creación : en otros se habla de la formación del Universo. Debemos distinguir, pues, el acto por el cual fué de la nada sacada á la existencia la materia primordial, y los actos mediante los cuales la materia recibió formas determinadas y fué organizada y embellecida. El primer acto es el acto criador : los otros fueron efectos de las causas segundas, que obedecían á las leyes, que á la Sabiduría Infinita le plugo establecer para el sucesivo desarrollo del Universo corpóreo. — Entre los efectos de las causas segundas naturales no puede contarse la creación de la vida.

Hechas estas observaciones entraremos ya en materia, principiando á explicar el sentido literal del primer versículo del Génesis.

II

El primer versículo del Génesis está redactado en los términos siguientes : *En el principio crió Dios el cielo y la tierra* (1). Antes que Dios hi-

(1) *In principio creavit Deus coelum et terram.*

ciera salir de los abismos estériles de la nada este vasto mundo universo, con la muchedumbre innumerable de seres que lo pueblan, no había tiempo, ni existía el espacio, ni era posible medir extensión ninguna: el único que existía era Dios solo: entonces no había más que la duración presente de la eternidad, en la vida íntima de la esencia adorable de Dios, que tiene el sér de sí mismo y en sí mismo, sin haberlo recibido de fuera.

El tiempo no existía: comenzó á existir, cuando hubo cosas criadas, con cuya sucesión no sólo se mide, sino que se constituye el tiempo. Por esto, según la advertencia de San Agustín, hablando exactamente no debemos decir que Dios crió el mundo *en el tiempo*, sino que Dios criando el mundo *hizo el tiempo con el mundo*.

Tal es el significado literal, que generalmente se da á la expresión *In principio*, EN EL PRINCIPIO, del primer versículo del Génesis (1).

El mundo existe, y, como no se ha dado la existencia á sí mismo, dedúcese evidentemente que la ha recibido de Dios. — Ni los elementos esenciales que constituyen el mundo, ni el poder de Dios, que es infinito y puede dar existencia real á todo lo que en sus notas esenciales no presenta contradicción; ni la nada misma, de cuyo seno estéril y vacío sacó Dios el mundo, ofrecían imposibilidad ninguna para que éste fuese criado, es decir, para que

(1) Respecto de la traducción castellana de la Santa Escritura, advertimos que seguiremos de preferencia la de Scio, que á nuestro juicio es la más autorizada, sin que dejemos de echar mano de la de Amat, no tan fiel, aunque más suelta y elegante.

principiara á existir, no habiendo tenido antes existencia.

La nada no fué ni podía ser la materia de que Dios hizo el mundo. Entender de ese modo la creación sería formarse idea muy grosera de ella. La creación no es sino la existencia real de una cosa, que antes no se hallaba más que en el estado de mera posibilidad.

Los filósofos antiguos erraron miserablemente en punto á esta verdad ó á la idea de la creación; pues, no pudiendo formarse conceptos claros de la existencia, de la posibilidad ontológica y de la naturaleza divina, todos, de un modo ú de otro, no sólo admitieron, sino que enseñaron la eternidad de la materia. Unos, como Platón, pensaron que Dios no había sacado el mundo de la nada, sino que solamente lo había formado de una materia preexistente: otros, como Aristóteles, sostuvieron que el mundo se había formado por sí mismo de una materia inerte, la cual fué puesta en movimiento por Dios: para Pitágoras, el mundo era una emanación de la sustancia divina, y la Divinidad, compenetrando todas las cosas materiales y sensibles, animaba el Universo corpóreo: Epicuro no reconocía otra causa criadora y organizadora del mundo que los átomos, de cuyo movimiento ciego, y de cuyo agrupamiento fortuito había resultado el Universo. Filósofos hubo también para quienes todo cuanto existe era obra de dos principios, rivales y enemigos, que vivían en lucha constante: tan cierto es que la razón humana, cuando carece de la luz de la revelación, anda extraviada del camino de la verdad, y perdida en un laberinto tenebroso de errores y contradicciones!

¿Qué otra cosa son los sistemas filosóficos modernos, sino la renovación de los errores antiguos? Hay ciertamente ahora mayor aparato de términos metafísicos, más ostentación de abstracciones y de fórmulas deslumbradoras; pero, en el fondo, el error es el mismo, y todo ese cortejo de palabras se desvanece ante la realidad panteísta, más ó menos grosera, más ó menos disimulada. Porque la negación del dogma bíblico de la creación conduce necesariamente al ateísmo, al panteísmo ó al materialismo; y todos los sistemas filosóficos modernos no son, en el fondo, otra cosa que un ateísmo disfrazado (1).

Dios saca de la nada todas las cosas que componen el Universo, proponiéndose como fin de la creación su propia gloria, y los divinos atributos resplandecen en todos los seres criados. Pero el acto, con el cual la omnipotencia divina crió el mundo, fué un acto libre y espontáneo, porque Dios para ser quien es no necesitaba de las criaturas, y éstas en nada podían aumentar la felicidad infinita del Todopoderoso, la cual consiste en las relaciones inefables de las Tres Divinas Personas, en la vida íntima de su esencia soberana.

Tales son las enseñanzas religiosas contenidas en el primer versículo del Génesis: resta examinar las cuestiones, que pueden ejercitar la actividad del ingenio humano respecto de la verdad revelada, cuyo testimonio consignó Moisés en las palabras,

(1) El *hylosoísmo* ó creencia en la eternidad de la materia ha sido error general de todos los filósofos antiguos; y el ateísmo más ó menos disfrazado, lo es de todos los modernos, que se han apartado de las enseñanzas de la Revelación.

con que comienza la narración de la historia de la creación del mundo (1).

Las cuestiones, acerca de las cuales nada ha decidido la Iglesia católica son las siguientes.

¿Cuáles son los constitutivos esenciales de la materia?

La cantidad de materia y la intensidad del movimiento primordial ¿se han conservado sin aumento ni variación alguna, desde el primer instante de la creación hasta ahora?

(1) Se ha solido hacer un argumento contra el dogma de la creación, tomándolo de la manera cómo los Setenta tradujeron este primer versículo del Génesis. En efecto, en la Biblia de los Setenta el versículo primero del Génesis se halla traducido del modo siguiente: *Εν αρχη, εποίησεν ο Θεός τον ουρανον και την γην.* — Los Setenta emplearon, al traducir el texto hebreo, el verbo *εποίησεν*, *fecit*, *hizo*, en vez del verbo *creavit*, *crió*; pero es de advertir que los Setenta, para traducir el Pentateuco del hebreo al griego, no pudieron menos de emplear la lengua griega, tal como se hablaba y conservaba en su tiempo. Ahora bien: en tiempo de los Tolomeos la lengua griega, aunque había sido cultivada por grandes filósofos, con todo carecía absolutamente de un término que expresara rigurosamente la idea de la creación *ex nihilo*, porque los filósofos griegos no habían alcanzado á concebir semejante idea: debían, por lo mismo los rabinos traductores de la Biblia escoger entre las palabras griegas un verbo, que, de la manera más aproximada, pudiera expresar con exactitud el elevadísimo concepto de la *creación ex nihilo*, contenida en el texto hebreo del primer versículo del Génesis. Eligieron, pues, el verbo *ποιεω*, *hacer*, *fabricar*, el cual vino á tener así una significación que hasta entonces no era posible que tuviera. San Basilio usa de este mismo verbo en su primera homilía sobre el Hexamerón.

Esta objeción parece haber sido muy antigua, pues ya en el siglo sexto, Procopio de Gaza hace notar que había sido mil veces desvanecida victoriosamente por los Padres de la Iglesia oriental.

¿Cuál fué el estado que tuvo la materia primordial, en el momento en que fué por la voluntad poderosa del Criador sacada de la nada? — Esta última cuestión está necesariamente enlazada con la interpretación que se dé al sentido literal del segundo versículo del Génesis, en cuyo estudio nos ocuparemos inmediatamente, después de decir primero unas pocas palabras acerca de las dos importantes cuestiones relativas á la esencia íntima de la materia, y á la cantidad de ésta existente en el Universo.

III

Estas son cuestiones que pertenecen rigurosamente á la Filosofía racional, por ser propias de la Metafísica, la más elevada y al mismo tiempo la más profunda de las ciencias abstractas.

Es imposible no reconocer que existen seres criados de muy diferentes naturalezas: unos simples, espirituales y que no pueden ser percibidos por nuestros sentidos; otros, materiales, compuestos de partes, y cuya existencia nos consta por el testimonio de nuestra sensibilidad externa. Existen en el Universo criados seres espirituales y seres corpóreos: el hombre está compuesto de dos sustancias, una espiritual y otra material.

La esencia de una cosa es aquello que la constituye tal, y hace que sea un ente real ó ideal en un orden determinado de seres existentes ó posibles. Conocer la esencia íntima de una cosa, de un ente natural, es imposible: las esencias de los seres naturales se mantienen ocultas á la inteligencia humana, en aquel arcano reservado donde las luces de nuestra razón limitada no alcanzan á penetrar.

Misterios hay no solamente en Dios, sino en todo lo criado. La ciencia, en punto á los principios constitutivos de los cuerpos ó de la materia, no posee, pues, verdades demostradas, ciertas y evidentes, y está reducida á opiniones controvertibles, y á sistemas de mayor ó menor probabilidad.

La esencia constitutiva de la materia será siempre un secreto, que la ciencia no podrá descubrir jamás, porque á tanto no alcanzan las luces de la razón humana. Los diversos sistemas, inventados para explicar este misterio de la naturaleza áun cuando se honren con los nombres gloriosos de Descartes, de Leibnitz y de Newton, carecen de fundamentos sólidos, y dejan en pie la dificultad; pudiendo decirse que son verdaderas peticiones de principio, en las que se supone conocido lo mismo que se intenta demostrar. La materia está (dicen), constituida de átomos; los principios constitutivos de los cuerpos en último análisis son las moléculas; pero, esos átomos ¿qué son? ¿serán materiales? ¿son, talvez, inmateriales? Las moléculas ¿son cuerpos? ¿cuáles son los principios esenciales que las constituyen?

Entre los varios sistemas cosmológicos, excogitados para dar razón de la esencia de los cuerpos, el más probable nos parece el de los antiguos escolásticos. Distinguían éstos la materia de la forma: no existía realmente una materia cualquiera, sin una forma sustancial que la constituyera en un orden determinado de seres criados. La materia prima es la que no ha recibido aún forma ninguna sustancial, y es por sí misma no sólo apta sino indiferente á recibir cualquiera forma sustancial. — Según este sistema, no existe en el Universo criado más

que una sola clase de materia, y las formas sustanciales, que modifican esa materia prima, son las que dan origen á la variedad innumerable de seres que componen el Universo, lo pueblan y hermosean. — La materia en todo el Universo es, por lo mismo, solamente una, sus constitutivos esenciales son unos y los mismos en todos los cuerpos, y lo único que varía es la forma sustancial.

Dios sacó de la nada una cantidad determinada de materia; crió los constitutivos esenciales de ella, dándoles aptitud y disposición para recibir todas las formas sustanciales posibles; pero la materia por sí misma es indiferente de suyo para cualesquiera formas sustanciales.

Esa cantidad de materia, que la voluntad omnipotente del Criador hizo brotar de la nada, no ha aumentado ni ha disminuído en el más mínimo ápice, desde el primer instante del tiempo: comenzó á existir juntamente con el tiempo, y sin aumento ni disminución se ha conservado hasta ahora, siendo la cantidad que hoy existe en el Universo idénticamente la misma que llenó el vacío y se difundió por el espacio, en el instante primero de los tiempos, cuando la voz soberana del Todopoderoso llamó á la existencia real lo que antes no estaba más que en la región de lo posible.

Podría, talvez, oponerse á lo que acabamos de decir la autoridad de Santo Tomás de Aquino, pues el Angélico Doctor enseña terminantemente, que no es una misma la esencia de la materia en todos los cuerpos. Mas desaparece la dificultad, observando que en el siglo décimo tercero, época en que vivió Santo Tomás, era corriente, por todos generalmente recibida y profesada como cierta, la doctri-

na de dos especies de cuerpos, corruptibles é incorruptibles; y por tanto, la esencia de la materia en los unos debía necesariamente ser distinta de la esencia de la materia de que estaban constituidos los otros. El Santo clasifica á los cielos entre los cuerpos incorruptibles; la tierra y en general los seres que habitan ó se hallan en ella eran clasificados entre los cuerpos corruptibles. Muy fácil es conocer que esta división de los cuerpos en corruptibles é incorruptibles estaba fundada en las teorías cosmográficas y astronómicas de entonces: en la teoría de los nueve cielos y de los cuatro elementos simples, el aire, el fuego, el agua y la tierra, de cuya mezcla y combinación se constituían todos los cuerpos (1).

La Religión nada ha revelado acerca de la esencia íntima de la materia primordial; la Filosofía nada cierto puede enseñar acerca de este punto, y la multiplicidad de los sistemas es prueba evidente de que no se ha encontrado la verdad: las ciencias

(1) Suma Teológica. — (Primera parte, Cuestión 66ª, artículo 2º) — Examina el Santo en este artículo si la materia informe será la misma en todos los cuerpos. — No hace al caso, ni este lugar sería á propósito para exponer la disputa entre los tomistas y los escotistas acerca de la posibilidad de la existencia real de materia privada absolutamente de toda forma.

Por lo demás, aun cuando es cierto que ahora conocemos mejor que en la Edad Media los movimientos de los cuerpos celestes; con todo, no es menos evidente que ignoramos cuál es la naturaleza esencial de ellos. — Puede consultarse al P. PESCH, de la Compañía de Jesús, en su obra latina intitulada *Instituciones de Filosofía natural según los principios de Santo Tomás*. — (Libro primero, Disputa 3ª, Sección 3ª)

físicas estudian la materia, la analizan, la descomponen, llegan á tocar con cuerpos, cuya naturaleza resiste á los medios de descomposición que tiene la Ciencia humana. Esos cuerpos ¿son realmente simples? La industria humana ¿podrá descomponerlos y analizar sus elementos más tarde?

En el mundo encontramos todas las condiciones de un ser finito, limitado, contingente: la Filosofía nos enseña que un ser semejante, no ha podido darse á sí mismo la existencia: la Biblia nos revela que Dios lo ha sacado de la nada, con la eficacia de su palabra creadora y de su voluntad omnipotente. ¿Dónde está la contradicción entre la Filosofía y la Revelación?




CAPITULO TERCERO

ESTADO DE LA MATERIA PRIMORDIAL SEGUN LA
EXÉGESIS CATÓLICA

Continúa la exposición del sentido literal del primer versículo del Génesis. — Opiniones diversas sobre el significado de las palabras *cielo y tierra*. — La materia primordial. — Interpretación del segundo versículo del Génesis. — Sentido literal de este versículo. — Opiniones de algunos Padres de la Iglesia. — Interpretación de San Agustín. — De San Gregorio Nyceno. — De San Juan Crisóstomo. — De San Buenaventura. — El autor del movimiento es el mismo Dios.

I

ONTINUAREMOS explicando el sentido literal del primer versículo del Génesis.

Moisés emplea, para designar al Criador, un nombre, que en la lengua hebrea está en el número plural, y que, por lo mismo, debiera traducirse con todo rigor en castellano, diciendo *los Dioses*, en vez de *Dios*, en singular: *En el principio crió Dioses el cielo y la tierra*, elegancia de lenguaje, que ha dado ocasión de burlarse de la Biblia á los que, como Voltaire, ignoraban la índole de la lengua hebraica (1).

(1) GUÉNÉE. — Cartas de algunos judíos portugueses alemanes y polacos al Señor de Voltaire. — “Señor: En “vuestro Diccionario filosófico ó en vuestra Razón por abecedario, se encuentra, á propósito de la palabra Elohim del “primer versículo del Génesis, una reflexión, que puede ser “muy bien una de las menos razonables que vos hayáis hecho en vuestra vida.

El nombre ELOHIM (*Dioses*), está en singular en cuanto á la significación; pero, en cuanto á la terminación, se halla en plural, porque la lengua hebrea tiene un plural, que se llama de excelencia, y se usa siempre que se habla de personas constituidas en muy alta dignidad; y, por un sentimiento de reverencia religiosa y de adoración profunda, se emplea también en uno de los nombres, con que la Biblia designa á Dios, como para expresar esa ansia que siente el espíritu, cuando, conociendo la grandeza del Criador, no encuentra en el lenguaje humano palabras adecuadas para manifestar los conceptos de la mente.

También debemos hacer notar, que traduciendo rigurosamente el texto hebreo debía decirse en el primer versículo *cielos* y no *cielo* en singular. No obstante, así la versión griega de los Setenta como nuestra Vulgata han traducido con toda exac-

“No hay nadie que no sepa, que en la lengua hebrea
 “ciertos nombres, aunque estén en plural ó, mejor dicho,
 “aunque tengan terminación plural, no pueden ser traduci-
 “dos sino en singular, principalmente cuando esos nombres
 “concuerdan con adjetivos ó con verbos en singular, y el
 “sentido de la frase indica que se trata solamente de un ob-
 “jeto. — Algo semejante se encuentra también en vuestra
 “lengua francesa, en la que el pronombre Vos (*Vous*), aun-
 “que con terminación plural, no indica en muchos casos sino
 “una persona en singular. Por ejemp'lo, si á un quidam se
 “le dijera: Señor, vos sois un hombre de mucho ingenio;
 “pero no sois un profundo conocedor de la lengua hebrea,
 “claro es que en esta cláusula las expresiones *vos sois* y *vos*
 “no sois no pueden menos de tener significado singular, por-
 “que están dirigidas á una sola persona y concuerdan con la
 “otra *un hombre*, en singular”. — Del nombre *Elohim*. — (To-
 mo segundo, en la edición francesa).

titud esta palabra, poniéndola en singular y no en plural, porque el término hebreo carece de singular y se usa solamente con terminación de plural.

Moisés quiso, pues, significar en este primer versículo del Génesis, que el Universo corpóreo, con todo cuanto existe en él y lo compone, había sido sacado por Dios de la nada, y que juntamente con el Universo había criado Dios el tiempo y el espacio; que el tiempo principió en aquel mismo punto, en que el Todopoderoso hizo oír su palabra omnipotente en el seno de la nada, y que el espacio quedó constituido, cuando el cielo y la tierra, sacados por Dios de la nada, pasaron de la mera posibilidad metafísica á la existencia real. Antes no habían existido sino en la mente divina, donde todo cuanto ha recibido sér y existencia real existe, desde toda eternidad, en la ciencia simplicísima de la Divina Sabiduría.

¿Diremos que Dios, criando el mundo, hizo cuanto pudo? No: porque el poder divino es infinito, carece de límites y nada podrá agotarlo jamás. ¿Por ventura, este mundo será lo mejor que Dios ha podido sacar de la nada? ¡Ah! ¿quién podrá enumerar los tipos de belleza y de perfección que tiene atesorados la inagotable ciencia de la sabiduría de Dios? Millones y millones de mundos innumerables, que el Eterno hiciera con su voluntad creadora brotar en un instante del abismo de la nada, no agotarían ni un solo ápice del poder divino! Hablaría el Señor, y su palabra omnipotente tornaría fecundo, inagotable, el seno estéril de la nada, y millones de millares de mundos bullirían, llevando estampado el sello de la inefable bondad del Hacedor Soberano!!



Como el único fin con que escribía Moisés el libro del Génesis era el de instruir á su pueblo en las verdades relativas á la Religión, recogiendo las tradiciones de la revelación divina y consignándolas por escrito, no habla de la formación del cielo; y contentándose con enseñar que éste había sido criado de la nada por Dios, se contrae á narrar la formación de la tierra, destinada para ser el lugar de la mansión y de la prueba del hombre en el tiempo. Nada más racional que semejante modo de considerar las cosas; pues, aún en el orden de los conocimientos puramente naturales, suelen los sabios dividir las ciencias en dos grupos: en el uno están todas aquellas cuyo objeto se encuentra en nuestro planeta, en el globo terrestre, donde habitamos; en el otro se hallan todas las que estudian los espacios celestes, los cuerpos que se mueven en ellos y las leyes que rigen esos movimientos. La tierra donde mora el hombre, y los cielos que aparecen sobre nosotros y nos rodean; he ahí los dos objetos, en que el ingenio humano puede ejercitar su actividad para estudiarlos y conocerlos (1).

La tierra es, pues, la que de preferencia debía llamar la atención de los hebreos, y, por eso, Moisés se detiene muy despacio en referir la manera cómo fué formado, hermoseado y poblado de seres

(1) HUMBOLDT. — El Cosmos. — (El sabio autor de esta obra monumental ha seguido, en su descripción del Universo, este método dividiendo en dos secciones la descripción, á saber: en espacios celestes, la primera; y en globo terrestre, la segunda; y hace notar que esta división es la más natural y la más lógica, como también la más obvia al espíritu del hombre).

vivientes nuestro globo. — Los pueblos orientales entre sus errores religiosos profesaban la creencia en los *Demiurgos* ó Dioses intermediarios, de cuyo auxilio y cooperación se había valido la Divinidad para formar el mundo; el Dios de Moisés, el Dios verdadero, no necesita de auxiliares extraños ni de cooperación ajena para criar el mundo y para formarlo: saca de la nada la materia inicial y le impone leyes, mediante las cuales ha de venir al estado en que sea apta para recibir á la criatura racional humana, destinada para habitar en la tierra y ser el rey de la creación.

Pudo Dios con la eficacia de su voluntad soberana sacar de la nada el mundo universo, dándole en el instante mismo de su creación toda la hermosura y perfección que recibió después cuando, con el misterioso descanso del Omnipotente, la gran semana genesíaca quedó terminada; pero no le plugo hacerlo así, y su sabiduría infinita encontró mejor el que las cosas criadas fuesen apareciendo sucesivamente, y que este vasto Universo material fuera adquiriendo, poco á poco, y de un modo progresivo el estado que tuvo en el momento en que el Altísimo puso al primer hombre sobre la tierra.

Hay ciertamente una sublimidad abrumadora en ese lento y majestuoso desarrollo del Universo, desde la imperceptible y enrarecida materia primordial, que sale de la nada á la voz del Criador, hasta el Sol espléndido, con su cortejo de planetas, y la tierra, donde cada objeto, desde el germen diminuto hasta el árbol frondoso, nos sorprende y maravilla. Esa lenta elaboración de las causas segundas en la progresiva formación del Universo,

en una serie inconmensurable de espacios de tiempo, revela admirablemente la calma inmutable de Aquel, cuya vida es la eternidad.

Dos puntos tenemos aquí muy claros y terminantes en la narración mosaica de la historia de la creación, á saber: la producción de todas las cosas, del seno de la nada por la voluntad omnipotente de Dios; y la formación sucesiva del Universo. Acerca del primero de estos dos puntos no puede haber entre católicos diversidad de opiniones ni de pareceres, pues la Iglesia ha fijado el sentido de las expresiones del Historiador sagrado, y ha declarado las verdades dogmáticas contenidas en las palabras del texto bíblico. Pero respecto de la inteligencia de la narración mosaica relativa á la formación del mundo, nada ha definido la Iglesia, y las palabras de Moisés pueden explicarse é interpretarse, con el auxilio que la filosofía y las ciencias físicas y naturales prestan á la Hermenéutica sagrada. En efecto, como este punto no pertenece esencialmente á la moral cristiana ni al dogma católico, la Iglesia no ha fijado doctrinariamente el sentido de las palabras del Texto sagrado; así es que, acerca de esto no hay tradición católica propiamente doctrinal. — Los Santos Padres en sus explicaciones sobre la Obra de los seis días, se valieron de los conocimientos filosóficos que poseían los sabios en su tiempo respecto del mundo y de la naturaleza, y emitieron su opinión fundados en las nociones científicas de entonces; por eso, se observa tanta variedad en la Exégesis católica relativamente á la interpretación de los textos del Génesis en que se contiene la narración de la formación del mundo.

Los expositores antiguos pueden dividirse en

varias clases ó escuelas. La escuela de Alejandría, la cual siguió las tradiciones de Orígenes, el más célebre de sus doctores, prefería la interpretación en el sentido alegórico y no en el estrictamente literal; por el contrario, los Padres de Siria y de Capadocia, como San Efrén, San Basilio y San Gregorio Nyceno, daban grande importancia al sentido literal, explicando las palabras de la Escritura según su significación filológica. Algunos de ellos, como San Efrén, diácono de la iglesia de Edesa, eran jueces muy competentes, y su autoridad no puede ponerse en duda, porque, como hablaban el siriaco, conocían muy bien y mejor que otro cualquiera la índole de las lenguas arameas.

Veamos, pues, ahora de qué modo han explicado los Santos Padres y Doctores eclesiásticos el primer versículo del Génesis: indiquemos cómo han interpretado en el sentido literal las palabras *cielo* y *tierra* del Sagrado Texto.

II

Demasiado largo sería exponer la opinión de los Padres y Escritores eclesiásticos sobre este punto, y bastará citar solamente aquellos, cuya autoridad es más célebre, por haber estudiado de propósito esta materia, en tratados compuestos con el objeto de explicarla detenidamente.

El primero que haya hecho una explicación algo detenida del Hexamerón de Moisés ó de la Obra de los seis días, es San Teófilo de Antioquía, en su Segundo Libro contra Autólico, donde sostiene expresamente, que por las palabras Cielo y Tierra se ha de entender la materia primordial, de la

que fueron formadas después todas las cosas de que está compuesto el Universo corpóreo (1).

San Efrén había enseñado ya antes que Dios sacó de la nada la *sustancia* del cielo y de la tierra. San Basilio, á su vez, decía que las palabras cielo y tierra, empleadas por Moisés en el primer versículo del Génesis, significaban en ese lugar los elementos que componen el mundo. Lo mismo repetía después San Ambrosio, traduciendo al latín las Homilías de San Basilio sobre el Hexamerón. San Gregorio Nyceno, exponiendo el sentido literal de este primer versículo del Génesis, dice claramente que lo que fué criado por Dios en el principio de los tiempos fué la masa elemental ó rudimentaria del Universo, designada por Moisés con esas dos palabras de cielo y tierra (2).

Podemos, pues, decir, sin temor de equivocarnos, que es opinión muy antigua, grandemente respetable y sostenida, en general, por los Padres y Doctores católicos, que Dios sacó inmediatamente de la nada una materia inicial, de la que se fué formando el Universo, mediante las leyes establecidas por el mismo Criador. Mas, ¿cuál era el estado de esa materia primordial? ¿Será posible describir de algún modo el aspecto que presentaba en el momento en que salió de la nada, para constituir la extensión y formar el espacio?

(1) FREPPEL. — Los Apologistas cristianos del segundo siglo. — (Lección XIII") — En francés.

(2) MOTAIS. — El origen del mundo según la tradición. (Este escritor, en los apéndices á su obra, ha recogido los textos de los Padres así griegos como latinos relativos á este asunto). — Su obra está en francés, y nos referimos á la edición de 1888.

Los Padres de la Iglesia, y los escritores eclesiásticos han pensado sobre esto y han emitido sus opiniones, con grande libertad y desembarazo, anticipándose varios de ellos á los grandes astrónomos y naturalistas modernos. — Los filósofos escolásticos enseñaban que, aunque la materia primera era por sí misma no sólo apta, sino indiferente para recibir toda clase de formas sustanciales, con todo, no podía existir ni un instante sin alguna forma sustancial determinada. — Una materia prima, desnuda absolutamente de toda forma sustancial, era imposible.

Dios, que es el Criador de la materia inicial del mundo, es también el autor de toda forma sustancial; por tanto, aun esa materia primera, que crió Dios en un estado rudimentario, debió tener ya desde el primer instante de su creación una forma sustancial determinada. ¿Cuál era, pues, el aspecto que tenía la materia, en el momento en que acababa de ser criada por Dios? ¿Cómo podremos describirla? Atenágoras, escritor griego del segundo siglo de la Iglesia, dice que esa materia inicial, de la que fueron después formados todos los cuerpos, era tan tenue, tan sutil, tan ligera é impalpable, que no hubiera podido ser percibida por los sentidos externos del hombre: era un verdadero cuerpo, aunque inaccesible á la percepción de la sensibilidad externa humana. ¿Han descrito, acaso, de otro modo los químicos modernos el éter ó materia imponderable?

Ninguno entre los escritores eclesiásticos ha ejercido tanta influencia como San Agustín, pues las opiniones del gran Obispo de Hipona han sido aceptadas y defendidas por sabios innumerables,

que han tenido á mucha honra el profesarlas, como discípulos de tan insigne maestro. Causa verdaderamente admiración, el conocimiento de los escritos de este sapientísimo Padre: no sólo de paso, sino muy de asiento comentó é interpretó el Libro del Génesis, y de sus trabajos de Exégesis bíblica sobre la historia de la creación no puede prescindir quien desee conocer un punto tan importante de la Escritura Santa.

San Agustín escribió un Libro sobre el Génesis para defender la narración de Moisés contra las absurdas y erradas interpretaciones de los maniqueos; compuso otra obra extensa, en la cual explicó el sentido literal del Texto del Génesis; trabajó sobre este mismo asunto otro Tratado de Exégesis literal, que dejó inconcluso, y tocó algo de los puntos relativos á la historia mosaica de la creación tanto en sus *Confesiones* como en la *Ciudad de Dios*. Parece que este asunto fué para San Agustín objeto de profundas meditaciones y de prolongados estudios: ese ingenio clarísimo y penetrante se complacía en sondear los arcanos de la narración de Moisés, y, enriquecido con todos cuantos conocimientos naturales era posible que un gran sabio poseyera en aquella época, procuraba dar explicaciones luminosas sobre cada uno de los puntos, que el historiador hebreo ha expresado con misteriosa oscuridad en su narración de la creación y formación del mundo.

Admirable es el modo cómo San Agustín describe el estado, en que se encontraba el Universo, en el momento en que Dios sacó de la nada la materia primordial: para San Agustín, las expresiones *Cielo* y *Tierra* de Moisés, en el primer versículo

del Génesis, denotan la materia primera, de que se formó después el mundo. *Aquel primitivo todo era un cuasi nada, porque todavía estaba enteramente sin forma alguna*, dice el Santo; *si bien era ya tal, añade, que podía ser formado ó recibir cualquiera forma.*

Pero la tierra misma que hicisteis, continúa San Agustín, (hablando con Dios en sus CONFESIONES), *juntamente con aquel cielo del cielo, era una materia no solamente informe, por cuanto era invisible y no adornada, sino también unas tinieblas más espesas que en el abismo. De la cual tierra invisible y sin forma, de la cual informidad, del cual cuasi nada habiais de hacer todas las cosas de que consta este mudable mundo.* Así se expresaba el Santo en el libro de sus Confesiones (1).

En su célebre Tratado sobre el sentido literal del Génesis, declara que la narración mosaica tiene puntos muy oscuros y de difícil interpretación, acerca de los cuales el gran Doctor emite con edificante reserva su modo de pensar. — En este libro vuelve, pues, á presentar su opinión acerca del estado informe, en que la materia primordial había sido criada. San Agustín en esta época de su vida, cuando componía su Tratado sobre la interpretación literal del Génesis, había adoptado ya la opinión de Orígenes en punto á la simultaneidad de la creación; y, no obstante, pensaba que la materia fué criada en un estado informe; aunque esta condición de la ma-

(1) Illud autem totum prope nihil erat, quoniam adhuc informe erat; jam tamen erat quod formari poterat. — En el Libro XII de las Confesiones, capítulo 8°

teria, dice, no fué anterior en tiempo sino solamente en origen á la formación de la tierra.

Por lo que acabamos de exponer se conoce claramente, que la Exégesis católica no sólo no rechaza como error contrario á la Escritura, sino que admite y aún enseña la teoría de la unidad esencial de la materia criada en todo el Universo, sosteniendo, como los físicos modernos, que el estado primitivo de los cuerpos ha sido rudimentario é informe.

Esto se verá más palpablemente demostrado, estudiando la exposición literal que han hecho los Doctores católicos del segundo versículo del Génesis.

III

Los dos primeros versículos del Génesis, según la traducción de nuestra Vulgata, dicen así :

EN EL PRINCIPIO CRIÓ DIOS EL CIELO Y LA TIERRA. LA TIERRA, EMPERO, ESTABA DESNUDA Y VACÍA, Y LAS TINIEBLAS ESTABAN SOBRE LA HAZ DEL ABISMO : Y EL ESPÍRITU DE DIOS ERA LLEVADO SOBRE LAS AGUAS (1).

(1) *Terra autem erat inanis et vacua, et tenebrae erant super faciem abyssi : et Spiritus Dei ferebatur super aquas.* — En este versículo del Génesis se leen en el texto hebreo dos palabras de casi imposible traducción á todo otro idioma : estas palabras son las siguientes *thohu vabhohu*, ambos nombres sustantivos, que en la Escritura designan un campo, un lugar, una ciudad, devastados, desolados, desiertos. San Jerónimo los tradujo por las dos voces *inanis et vacua*. Los Setenta vertieron *ἀόρατος καὶ ἀκατασκευάστos*, es, decir *invisible é incompuesta*, *INCOMPOSITA*, *desadornada*. — Amat traduce *informe y vacía*. — La partícula *va* en el texto hebreo es copulativa y equivale á nuestra conjunción *y*. — Este es uno de los puntos más notables en la descripción, que hace Moisés de la tierra en su estado primordial.

Después de enunciar Moisés en el primer versículo que Dios había criado el mundo de la nada, pasa á describir, en el segundo, cuál era el estado del mundo en el primer momento, que siguió al acto de la creación, y cuál era el aspecto que presentaba entonces la tierra. Se contrae á hablar especialmente de ésta, por ser ella el lugar de la mansión del hombre, y el objeto que se halla más inmediatamente relacionado con el linaje humano.

Esta tierra, que vemos ahora; este planeta, donde habitamos actualmente, no era en el principio de los tiempos lo que es ahora, y su forma y su aspecto eran entonces muy desemejantes de lo que son al presente. — La forma de la tierra era como aérea, sin color ni figura, y nada de cuanto ahora la cubre y viste de hermosura existía entonces; no había luz, todo era oscuridad; las aguas formaban un abismo, sobre el cual soplaban un ligero viento.

Pero ¿qué quiso dar á entender Moisés, cuando dijo que la tierra era informe y desnuda?

¿De qué abismo nos habla? ¿De qué tinieblas?

¿Qué significan aquellas aguas, agitadas por un viento ligero? Esas aguas, sobre las que era llevado el Espíritu de Dios?

Vamos á examinar este punto, viendo las interpretaciones de los más insignes Padres de la Iglesia y expositores católicos.

Estudiaremos las interpretaciones del sentido literal.

Dios sacó de la nada solamente los elementos constitutivos de los cuerpos, la sustancia primordial de que está formado el Universo material: á esta sustancia le impuso leyes, constituyendo las

causas segundas, y dándoles eficacia para que produjesen necesariamente los efectos, que la sabiduría infinita quiso y ordenó que produjeran.

Estos elementos ó sustancias primordiales estaban aisladas y separadas unas de otras, y cada una era una sustancia corpórea aparte, aunque la esencia que las constituía cuerpos era una misma é idéntica en todas ellas: la materia primitiva estaba, pues, entonces descompuesta en un número innumerable de cuerpecillos ó partículas atómicas, de inconcebible pequeñez, las cuales habían sido dotadas de la fuerza de atracción recíproca y de la propiedad de cohesión ó adherencia, para agruparse formando cuerpos. La materia inicial era, por lo mismo, una masa tenue, ligerísima, sutil é impalpable, esparcida, derramada y extendida uniformemente en todo el espacio. — La extensión misma de ella y sus dimensiones constituían el espacio.

De esta materia inicial debían resultar todos los cuerpos que componen el Universo, desde el invisible átomo de polvo, hasta esos globos enormes que giran en los cielos.

El historiador sagrado describe solamente lo que era entonces la tierra, presentándonos de ella una imagen grandiosa, cuando nos dice que carecía de toda figura visible, y estaba gazeiforme, *inanis et vacua*: era un agrupamiento inmenso de materia enteramente oscura y tenebrosa, *tenebrae erant super faciem abyssi*; pero ya ese descomunal globo éteriforme, giraba sobre sí mismo, *et spiritus Dei ferebatur super aquas*.

Moisés llama con el nombre de *tierra* y designa con el de *agua* esa materia corpuscular primitiva, no porque en aquel primer comenzar á exis-

tir de las cosas criadas, ni la tierra ni el agua fuesen lo que ahora son, sino porque convenía apellidar con esos nombres á los átomos que después, bajo la acción de las causas segundas, habían de llegar á constituirse en las formas que ahora tienen las aguas y la tierra, que son las dos principales partes de que consta nuestro planeta.

Este es el sentir de San Agustín: he aquí como se expresa el gran Doctor en su DEFENSA del Génesis contra los Maniqueos.

Todas estos nombres de cielo y de tierra, de tierra invisible y sin consistencia, de abismo con tinieblas, de agua sobre la cual se cierne el espíritu, no son más que denominaciones diversas de la materia informe. Pues muy mucho convenia que á ingenios groseros se les inculcara, con nombres conocidos, una cosa que les era desconocida. Lo mismo volvió á repetir después en su docta Explicación literal del Génesis.

Notable es la semejanza que á este propósito emplea el Santo. Así como en un grano de semilla está contenido el árbol, con su tronco, ramas, hojas, flores y frutos, así, dice, en aquella materia primordial rudimentaria estaban contenidas todas las cosas, de que consta este vasto mundo Universo. Pero ¿cuál era el estado en que apareció este mundo, cuando la voluntad omnipotente del Criador lo hizo brotar de la nada? ¿Cómo interpreta San Agustín el sentido literal del segundo versículo del Génesis?

El agua, de que se trata en estas palabras de la Escritura, no hemos de pensar que sea aquella misma que nosotros vemos y tocamos; asimismo la tierra, de la cual se dice que era invisible

é informe, no es la que ahora vemos y conocemos con nuestros sentidos Al principio, la materia fué criada confusa é informe, y de ella fueron hechas después todas las cosas, distintas y visibles: esto es lo que creo que los Griegos llamaron CAOS. Así también en cierto lugar de la misma Escritura leemos que se dice en alabanza de Dios. VOS, QUE DE UNA MATERIA INFORME hicisteis el mundo, y en algunos códices está de materia INVISIBLE, en vez de materia informe (1).

Opina el Santo Doctor que en aquella frase, donde se dice que *El Espiritu de Dios era llevado sobre las aguas*, se indica la creación del aire. No debe olvidarse que San Agustín adoptaba la teoría griega de los cuatro elementos simples; viendo, pues, designada claramente la creación de la tierra, del agua y de la luz, deducía que la del aire podía interpretarse en aquel *espíritu* ó sople de Dios, que era llevado por sobre las aguas. — Y estas aguas primitivas, conjetura el Santo, que han debido hallarse en un estado de vaporosidad, sumamente enrarecidas y sutiles; y, lo que es muy curioso, emplea el Obispo de Hipona hasta la expresión misma de materia *nebulosa*, para describir lo que era nuestro planeta en aquel período de su formación geogénica (2).

(1) Primo ergo materia facta est confusa et informis, unde omnia fierent quae distincta atque formata sunt, quod credo á Graecis chaos appellari. — Del Génesis contra los Maniqueos, Capítulo quinto.

(2) Non est autem informis omni modo materies, ubi etiam nebulosa species apparet. — De Genesi ad litteram. — (Libro primero, capítulo XII). — Citaremos siempre la edición de Vivès.

Admirables son, sin duda, las expresiones de que se vale San Agustín para describir el estado primitivo de nuestro globo, llegando á decir que era un cuasi nada; pero todavía son más notables las palabras, con que antes que San Agustín, explicó este mismo versículo del Génesis un Padre griego, San Gregorio Nyseno.

Dice este Santo, que la tierra era entonces invisible, porque carecía absolutamente de todas aquellas propiedades que tiene ahora, mediante las cuales podemos verla, tocarla, vivir en ella y entrar en relaciones sensibles con cuanto en ella se contiene. He aquí sus palabras. — *La Tierra era invisible é informe: lo cual es lo mismo que si hubiese dicho que era tierra y que no lo era todavía, pues todavía no estaba revestida de sus actuales propiedades. Bien se indica esto en aquella otra expresión de invisible, que se añade luego. Pues, en efecto; lo que no se ve, no tiene color: el color es una reflexión, que hace la superficie de la figura; y no hay figura, sino donde hay cuerpo. Ahora bien: si la Tierra era invisible, luego carecía absolutamente de color; lo que carece de color no tiene figura, y la falta de figura es indicio de la carencia de cuerpo. Dedúcese, pues, de aquí, que en aquella instantánea creación del mundo, la Tierra estaba mezclada juntamente con todas las demás cosas: restaba, pues, que se le dieran sus cualidades propias (que es lo que rigurosamente se llama ser engendrado). Cuando la Escritura dice que la Tierra era invisible, demuestra que carecía de toda cualidad; y, cuando añade que era informe ó incompuesta, da á entender que todavía no se había hecho compac'a*

y sólida, mediante sus cualidades corporales (1).
 ¿Habrá en los físicos modernos expresiones más exactas, para describir el estado inicial de nuestra nebulosa planetaria? Sin temor de equivocarnos, podemos, pues, asegurar, que ninguno de ellos ha llegado á concebir el estado caótico de nuestro globo, con tanta vaporosidad como la que suponía en la materia primordial San Gregorio Nyseno, es decir un Obispo griego del siglo cuarto del Cristianismo.

Hemos visto lo que enseñaba San Gregorio Nyseno; veamos lo que pensaba otro célebre Padre griego, San Juan Crisóstomo. — *¿Qué significa la segunda parte de este segundo texto, pregunta San Juan Crisóstomo: El Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas? — Me parece que esto quiere decir que una cierta energía vital residía en el seno de las aguas, que las aguas no estaban inmóviles y estancadas; que, por tanto, no eran estériles y muertas, sino que las agitaba la vida. Lo que no tiene movimiento es inútil; lo que se mueve puede obrar y de una manera fecunda (2).*

Este Espíritu de Dios que era llevado sobre las aguas, tiene varios significados, y ha sido inter-

(1) *Καὶ διὰ τοῦ ἀκατασχεύαστον ὀνομάσαι, νοεῖν δίδωσι τὸ μῆπω αὐτὴν πεπυκνῖσθαι ταῖς βωμταίκαῖς ἰδιότησιν.* — Libro sobre el Hexamerón. — (Obras de San Gregorio Nyseno, Tomo primero en la edición de Migne: 44º de la Patrología greco-latina).

(2) PETAVIO. — Dogmata theologica. — (De sex dierum opificio. — Libro primero, capítulo tercero. — Cita allí este texto de San Juan Crisóstomo). — CALMET. — Comentario literal sobre el Génesis.

pretado de muchos modos: no obstante, nosotros prescindimos, por ahora, de esas significaciones sublimes y profundas, de esos sentidos teológicos altísimos, y hacemos hincapié solamente en el sentido literal, en aquel sentido que se ha de haber presentado á la mente del común de los lectores israelitas, cuando leían este texto en el hebreo, su lengua nativa de ellos, gente, cuyo ingenio no estaba acostumbrado á las profundidades misteriosas de la ciencia sagrada. — Espiritu de Dios significa, pues, en este caso, atendida la índole de la voz hebrea correspondiente, un *viento*; pero no un viento cualquiera, sino uno como el resuello ó aliento de un pecho sano y robusto, emitido sin violencia. El hebreo es idioma vivo, pintoresco, eminentemente poético y expresivo; ama mucho las locuciones figuradas y traduce en imágenes hasta los pensamientos más abstractos. Así, según la energía y la propiedad de la lengua hebrea, la acción de aquel aliento vital, que pasaba por sobre las aguas, equivale al rebullirse, lento y comedido, del ave doméstica, cuando fomenta y da calor á su nidada (1).

(1) ARDUIN. — La Religión en presencia de la ciencia. (Primera parte, Lección undécima). — En francés.

וְהָאָרֶץ הַיְתֵמָה תְּהִי וּבִהּ יְהוֹשֶׁף צֶלְפָּנִי תְהוֹם וְרֵחַ אֱלֹהִים מְרַחֶפֶת צֶלְפָּנִי הַטָּיִם:

De este texto hebreo se pudiera hacer la siguiente traducción literal: *Mas la tierra era soledad y caos, y oscuridad reinaba sobre la faz del piélago; y el aliento de Dios rufagueaba sobre la faz de las ondas.*

Esta traducción, hecha directamente del hebreo al castellano, por el P. Fidel Fita, de la Compañía de Jesús, fué

En sentir de San Buenaventura, esa materia primitiva no era ni absolutamente opaca ni absolutamente transparente, sino que en las diversas partes de la materia había cierta particular disposición á lo uno ú á lo otro, según que el Criador había determinado que recibieran ésta ó aquella forma. ¿No parece que el Doctor seráfico estuviera describiendo el aspecto de una de esas nebulosas, que los te-

publicada en el Apéndice á la obra del Señor Almerá, titulada GEOLOGÍA Y REVELACIÓN. — (Barcelona, 1877). — Sin embargo, á nosotros nos parece preferible la de Marcel de Serres, que dice así: *La tierra era una materia informe y en el caos. Las tinieblas cubrían el abismo y los vientos agitaban la superficie de las aguas.* — LA COSMOGONÍA DE MOISÉS COMPARADA CON LOS HECHOS GEOLÓGICOS. — (Libro primero, Capítulo 2º) El verbo *agitar*, á nuestro juicio, expresa con más exactitud que el *rafagueaba* la idea contenida en el hebreo מְרַחֵף (merajefet ó merahhepheth). Marcel de Serres ha puesto *vientos* en vez de la frase tan significativa de *viento de Dios*, que se halla en el original. En esta frase “el viento, el aliento, el soplo de Dios” hay indudablemente una intención profunda de parte del Historiador sagrado, y es como si hubiese querido dar á entender, que aquel viento no venía de sí mismo, sino que había sido criado por Dios.

Muchos expositores rechazan, como de todo punto inadmisibile, la interpretación literal que nosotros hemos adoptado de estas palabras del Génesis *El Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas*; no obstante, la mayor parte la sostienen. Nace la divergencia del modo de entender el significado literal de la voz hebrea רוּחַ *ruah*, que equivale á *soplo*, *viento*, y también *espíritu*. Significa, pues, aquí la virtud omnipotente del Criador dando eficacia á las causas segundas. El hebreo pone RUAH ELOHIM, *spiritus Dei* y el genitivo Dei puede ser muy bien en este lugar un signo de superlativo, según la manera de hablar usada en la Biblia. — CRELIER. — Comentario del Génesis. — (En francés). — FILLION. — La Santa Biblia comentada según la Vulgata y los textos originales. — (En francés).

lescopios alcanzan á divisar en el fondo de los espacios inconmensurables ?

Aunque este Santo Doctor, siguiendo la teoría aristotélica, sostenía las dos clases de cuerpos, corruptibles é incorruptibles, celestes é inferiores; con todo, encontraba en su perspicacísimo ingenio razones que le hacían opinar que la materia criada por Dios era una sola, y que de ella estaban formados todos los cuerpos que componían el Universo sensible (1).

Ya antes Pedro Lombardo, el célebre Maestro de las Sentencias, había enseñado que la materia criada por Dios en estado rudimentario, no fué otra cosa sino la *esencia misma* de los cuatro elementos. Tan admitido estaba en la escuela que la tierra había sido criada en un estado muy diverso del actual, y que su condición inicial fué aeriforme, sutil y vaporosa, que se refutaba como opinión errónea la del Venerable Beda, que había sostenido que la tierra en su origen fué sólida, crasa y pesada. Ha sido, pues, opinión común entre los exegetas católicos que la materia primordial de que están formados todos los cuerpos que constituyen el mundo Universo es una sola: ésta, como enseña el dogma cristiano, fué sacada por Dios de la nada: en cuanto á la Tierra, la Biblia dice que en un principio se encontró en estado informe: ¿cuál fué ese estado? Ya hemos visto cómo lo conciben y cómo lo describen los Doctores católicos: los elementos primordiales, que constituyen la materia,

(6) SAN BUENAVENTURA. — Comentario al Libro de las Sentencias. — (Libro segundo, Distinción XIIª, artículo primero, cuestión tercera, en la solución de las objeciones).

se habían agrupado para comenzar á formar nuestro planeta; así es que éste se hallaba bosquejado en el espacio por un globo enrarecido, sutil y en completa oscuridad.

La materia es, por sí misma, inerte y para ponerse en movimiento ha ménester de un impulso exterior: ella misma, por sí, no puede ponerse en movimiento: ¿en qué estado fué, pues, criada por Dios? La materia, cuando fué sacada por Dios de la nada, estuvo indudablemente en absoluto reposo. ¿Quién la puso en movimiento? ¿De dónde le vino el impulso exterior que la sacó del estado de quietud? La filosofía católica, que es la única digna de este nombre, responde sin vacilar, que Dios mismo, con su voluntad soberana, hizo moverse á la materia, que de suyo era inerte.

Venga la experiencia en auxilio de la filosofía. Es indudable que en los cuerpos se encuentra la virtud atractiva de la cual nace el equilibrio en el Universo. Descompóngase un cuerpo cualquiera, divídase y subdivídase indefinidamente, redúzcase-lo á sus últimos elementos, y allí en esos, en la intangible partícula, se encontrará la virtud atractiva. Pero ¿qué es esta virtud atractiva? La filosofía materialista se queda muda ante estos misterios de la naturaleza, ó se limita á inventar términos, para explicarlos; mas no le pidáis la explicación de esos términos, que ella misma ha inventado, porque no sabrá qué deciros. ¡La fuerza!! Gran palabra! La filosofía está de plácemes; ha dado con la solución del enigma: pero ¿qué es la fuerza? ¿de dónde proviene? ¿en qué consiste? La filosofía no acierta á contestar

Dios, que crió el mundo de la nada, le impuso leyes, dando eficacia á las causas segundas, para que no hubiera en el Universo cosa alguna sin un destino determinado. La Biblia no sólo nos enseña que Dios es el Criador del mundo, sino también su legislador y su dueño absoluto.



CAPITULO CUARTO

FORMACIÓN Y APARECIMIENTO DE LA LUZ EN EL UNIVERSO

Cuestiones diversas á que da lugar el estudio del Universo corpóreo. — Distinción entre las cuestiones propias de la Filosofía especulativa y las cuestiones que pertenecen á las Ciencias físicas. — La materia. — La extensión. — El espacio. — El movimiento. — Creación del movimiento. — Nuestra opinión acerca de la naturaleza de la luz. — Significación de la palabra *Aguas*. — Explicación de la separación establecida por Dios entre el día y la noche. — Una observación relativa al Génesis. — El Libro de Moisés es un libro tradicional. — El día primero de la gran semana de la formación del mundo.

I



EN los capítulos anteriores, hemos estudiado lo que el Libro del Génesis nos enseña en punto al dogma de la Creación del Universo en general, y al estado que tenía la materia cuando salió recién de las manos del Todopoderoso: ahora, detengámonos algún tanto, haciendo sobre estas mismas verdades las reflexiones, á que dan lugar las Ciencias experimentales merced á los adelantos, que en el conocimiento de la naturaleza se han verificado en nuestros tiempos.

Las Ciencias físicas ó experimentales tienen por objeto inmediato la materia ó los diversos cuerpos, que componen el mundo material. — Dios, cuando plugo á su infinita sabiduría, dió existencia á la materia, sacándola de la nada, por un acto libre de su voluntad soberana. Una vez confesado este dogma, se presentan acerca de él las cuestio-

nes siguientes: Primera: — ¿ Cuánta fué la cantidad de materia sensible, que Dios crió de la nada? Segunda: — ¿ Cuáles eran las condiciones, que tenía la materia sensible, en el instante en que fué criada por Dios? — Tercera: — ¿ Ha añadido Dios alguna cantidad de materia sensible, por un segundo acto creador, á la porción que al principio sacó de la nada?

De estas tres cuestiones, la primera y la última pertenecen á la Filosofía especulativa, y se resuelven con el auxilio solamente de las luces naturales: la segunda se halla resuelta en el Génesis, y hace parte de la revelación bíblica: acerca de la primera y de la tercera puede, por lo mismo, ejercitar sus fuerzas, con toda libertad; el ingenio humano; mas, en cuanto á la segunda las especulaciones de la razón humana tienen un límite, que es el sentido de las palabras reveladas. La segunda cuestión encuentra, pues, en el Génesis una respuesta precisa y terminante, después de la cual lo único que puede hacer el hombre es investigar el sentido de las expresiones, de que se valió Moisés para describir el estado primordial del mundo sensible. En estas especulaciones, la razón humana se vale de los datos que le suministran las Ciencias experimentales.

Hay en el mundo sensible una variedad innumerable de objetos puramente materiales: otros están dotados además de vida, y en la vida se observan grados diversos de perfección. Los seres puramente materiales producen fenómenos constantes, en ciertas y determinadas condiciones. Debemos, pues, estudiar cada uno de estos puntos, primero aisladamente; y después en su relación

con los demás y con todo el conjunto del Universo sensible.

Materia: ¿cuáles son los elementos constitutivos y esenciales de ella? ¿Cuál era el estado primitivo de la materia, en el instante en que fué criada? ¿Ha criado Dios alguna otra cantidad de materia, después de la que sacó de la nada en el instante en que principió el tiempo?

Movimiento: ¿existe el movimiento en el Universo sensible? ¿Quién es el autor del movimiento? ¿Cuándo principió el movimiento? ¿Cuáles fueron los efectos inmediatos del movimiento?

Vida: ¿existe la vida en el mundo? ¿Quién es el autor de la vida? ¿Cuáles son los grados de perfección que hay en la vida?

Después de estudiar estas cuestiones solamente con el auxilio de la razón natural, nos preguntaremos cuáles son las enseñanzas, que acerca de ellas se encuentran en el Libro Sagrado. Todas estas cuestiones han ejercitado siempre las fuerzas del ingenio humano.

Dios Nuestro Señor, cuando su sabiduría infinita lo tuvo á bien, movido por su bondad suma é inagotable, sacó de la nada el mundo universo, con todo cuanto existe: pudo haber criado todas las cosas, en aquel grado de perfección que cada una de ellas actualmente tiene; pero no lo quiso así su sabiduría, sino que, sacando de la nada, con sólo su querer omnipotente, la sustancia material, le impuso leyes fijas, constantes y necesarias, bajo cuyo imperio se habían de verificar muchos fenómenos, de la sucesión ordenada de los cuales había de constituirse el tiempo.

El mundo no fué, pues, criado en el tiempo, si.

no que con la creación del mundo principió también el tiempo. En efecto, antes de que el mundo fuese criado no existía más que Dios, viviendo con la vida íntima de su adorable esencia; y el vivir íntimo de Dios era la eternidad. Mas ¿en qué consiste esa vida íntima de Dios? — La vida íntima de Dios consiste en las relaciones de las tres santas Personas de la adorable Trinidad, dentro de la esencia divina, una y sola.

He aquí otra cuestión: ¿qué es el tiempo? En qué consiste el tiempo? ¿Cuándo principió el tiempo? ¿Cuáles han sido las medidas de unidad para computar la duración del tiempo? Estas cuestiones debe resolverlas la Filosofía especulativa, ayudándose de la luz de la revelación, y no fiada tan sólo en sus propios alcances naturales.

El conjunto de todas las cosas criadas, que Dios ha sacado de la nada, no puede menos de tener una forma determinada, una dimensión circunscrita dentro de límites precisos. Más allá de esos límites, ¿qué hay? ¿Existe fuera de esos límites algo material y sensible? Hemos, pues, aquí al frente de otra gran cuestión filosófica, á saber la del espacio. ¿Qué es el espacio? ¿En qué se diferencia el espacio real del espacio imaginario? Todas estas son cuestiones de la Filosofía especulativa.

Así como el tiempo, que no es sino la sucesión de las cosas criadas, comenzó con la creación del mundo; así también, hubo espacio real, cuando el mundo universo, sacado por Dios de la nada, existió, fué en un lugar, se constituyó según su manera de ser extensa, material y compuesta. Fuera de los límites que circunscriben el mundo, la imaginaria.

ción se figura otros espacios, que, en verdad, no existen: los fantasmas de la imaginación no deben confundirse con los conceptos espirituales de la inteligencia. — El mundo entero, el vasto Universo, con cuanto en el Universo existe, vive y se contiene, está, pues, suspendido sobre el oscuro abismo de la nada, donde volvería á caer y perderse para siempre, si la voluntad soberana del Omnipotente no lo estuviera sosteniendo y conservando. La imaginación se figura á la nada como unas tinieblas, espesas, negras y del todo impenetrables; y, para figurarse la eternidad se vale del silencio y de la quietud: algo, que está callado; algo, una cosa indefinible, que permanece inmóvil, en medio del más profundo y absoluto silencio; ¿no es así cómo, en nuestra imaginación, nos pintamos la eternidad? ¡ Cuando un rayo de luz cae sobre el abismo pavoroso de la nada, ese rayo de luz desciende de lo alto, de allá arriba, donde nos imaginamos el trono de Dios! ¡ Cuán flaca es la inteligencia humana!

La palabra humana, con todo eso, no puede expresar bien lo que la mente concibe, y es necesario acudir á las imágenes de la fantasía, para explicar lo que la razón conoce!

La cantidad de materia sensible ó corpórea, que Dios sacó de la nada, fué determinada y se ha conservado la misma, sin aumento ni disminución alguna; no ha habido aumento, porque Dios no ha criado ni un átomo más de materia, después de su primer acto creador; no ha habido disminución, porque, para eso, habría sido necesario que se aniquilara la porción disminuída, y, para aniquilar, es indispensable un poder infinito, y Dios no redu-

ce á la nada lo que una vez sacó de ella. — Conservándose, pues, la cantidad de materia sensible sin aumento ni disminución alguna, lo único que ha sucedido y continuará sucediendo es, que las formas, de que es susceptible la sustancia material, cambian, se modifican y mudan incesantemente.

La sustancia material, que Dios sacó de la nada, ¿ fué una sola, sin especies ni variedades? ¿ Hubo, tal vez, alguna ó algunas especies de sustancia material, criadas inmediatamente por Dios? — Emitiremos nosotros nuestra opinión á este respecto.

Juzgamos, que no hay más que una sola especie de materia primordial; que la materia criada por Dios, es una sola por sus constitutivos esenciales. — La esencia de la materia criada es una sola y la misma en todos los cuerpos existentes en el Universo, sea cualquiera la forma, que los constituya y determine. — Nos explicaremos.

La esencia íntima de todos los seres criados será siempre desconocida para la inteligencia humana, y Dios es el único que la conoce; sin embargo, multiplicar esencias en la materia, constituyendo así varias especies de materia criada, parece que no es necesario, porque no hay obra de la omnipotencia divina que no se distinga por la unidad y la sencillez, que resplandecen siempre de un modo admirable. — Si tomamos, pues, un cuerpo cualquiera y lo dividimos en partes, cada parte será un cuerpo tan divisible, como el primero: continuando las divisiones y las subdivisiones de cada una de las partes, á que, progresivamente, vayamos reduciendo el cuerpo primitivo, al cabo llegaremos á un límite, del cual no podrá pasar adelante la industria humana: habremos dado con uno de los cuer-

pos llamados *simples* en la química analítica. Pero estos cuerpos, más bien que simples, debieran ser apellidados *indescomponibles*: tienen partes, y están formados de ellas; pero, en el estado actual de la química, la ciencia no ha alcanzado á separar todavía los elementos ó partes que los componen. Sin embargo, lo que los recursos de las Ciencias experimentales no han logrado realizar, lo lleva á cabo la inteligencia humana, mediante el análisis especulativo.

Por pequeñas é imperceptibles que sean las últimas partes á que se reduzca un cuerpo, siempre puede concebirse cada una de esas partes como dividida en otras, todavía menores; estas en otras, á su vez menores; y estas aún en otras, que lo sean más que aquellas, y así sucesiva y progresivamente hasta venir á dar con elementos tales, que no puedan ser divididos. ¿Cuál es la naturaleza constitutiva de estos elementos primordiales de los cuerpos? Nadie lo sabe; y los filósofos se han dividido en pareceres, opiniones y sistemas diversos, tratando de explicar este arcano de la naturaleza material. Lo único que podemos asegurar es, que esos elementos primordiales y constitutivos de los cuerpos no pueden menos de ser materiales y corpóreos.

El primitivo estado de la materia fué, pues, tal, que no puede concebirse ni menos describirse adecuadamente. — Era una materia tenue, sutil, impalpable; sin color ninguno, fría y sin movimiento: eran átomos de una pequeñez suma, corpuscillos, aislados, independientes unos de otros y quietos, inmóviles é inertes. Cada uno de estos átomos estaba dotado de ciertas cualidades que el Criador

les había concedido, las cuales debían producir fenómenos necesarios en determinadas circunstancias; entre un átomo y otro había una distancia, la cual no se hallaba vacía, sino ocupada por otros átomos, asimismo corpóreos, pero más tenues todavía, más sutiles, más ligeros: los primeros estaban, pues, como engolfados y nadando en la sustancia material, que formaban los segundos. Quien había criado esos átomos era Dios; y, como un cuerpo cualquiera ha de tener siempre indispensablemente una materia y una forma sustancial, los átomos primordiales eran todos idénticos por su materia; pero diferían por la forma sustancial, la que en los unos era una, y en los otros, otra distinta. De donde, la materia en su origen era solamente una; pero ya desde entonces se hallaba dividida en dos clases de cuerpos: los unos más densos, más pesados, más palpables; y los otros más sutiles, más ligeros, menos palpables. Tenía, pues, la materia en su principio una forma sustancial *ponderable*, y otra *imponderable*.

Una de las cualidades, de que los átomos estaban dotados, era la de atraerse y la de repelerse recíprocamente: en la naturaleza íntima de los átomos había escondido Dios un principio, por el cual cada átomo era arrastrado en una dirección y repelido en otra. Mas ¿qué es la atracción en sí misma? ¿Quién puede sondear ese arcano de la naturaleza? — Se podría decir que la atracción es la vida secreta de la materia: es una fuerza maravillosa, de la que han sido dotados los cuerpos, para que, influyendo los unos sobre los otros, conserven el equilibrio en el Universo.

II

Estos átomos era indispensable que tuvieran algún grado de temperatura, y que se mantuvieran en reposo ó que estuvieran en movimiento: su temperatura era el mayor grado de frío posible; y su situación, la de un reposo absoluto. Si á ojos humanos les hubiera sido posible contemplar entonces el mundo, ¿qué habrían visto? ¿Cuál habría sido el espectáculo que habrían mirado? Una extensión inmensa, sin límites, oscurísima y tenebrosa, helada y en quietud profunda! ¿Qué era entonces la tierra? ¿Qué forma tenía el planeta, en que habitamos? — Estaba en ese conjunto de átomos imperceptibles, tranquilos, helados y envueltos en negra oscuridad. — ¿No es, verdaderamente, ese estado el mismo que describe el Génesis, cuando dice: que la tierra era entonces como una sombra, sin consistencia, *Inanis et vacua*? No será el Universo en sus átomos, invisibles, impalpables, quietos é inertes, ese *abismo*, sobre el cual, según la expresión del Historiador hebreo, yacían las tinieblas? *Tenebrae erant super faciem abyssi.*

Abismo, en el lenguaje de la Biblia, es toda extensión inconmensurable, todo conjunto, grande y dilatado; de agua; todo lugar hondo, profundo y oscuro. La extensión misma del mundo criado y los espacios reales son llamados abismos.

La materia es por sí misma inerte, y nunca puede ponerse en movimiento por su propia naturaleza: el movimiento lo recibe de fuera, y el motor no puede menos de ser un ente, distinto de la materia movida. Siendo, pues, corpóreos los áto-

mos primordiales, habrían permanecido perpetuamente en su natural inercia, si de fuera no se les hubiese puesto en movimiento: ¿quién los puso en movimiento? ¿Quién fué el primer motor? — El que hizo que los átomos se movieran, el que los puso en movimiento fué el mismo Criador, cuando su voluntad omnipotente así lo quiso: no necesitó sino querer, para que los átomos inertes comen-
 zaran á moverse. Este movimiento primitivo de los átomos constitutivos del Universo material fué arreglado por la sabiduría de Dios, en cuanto á la intensidad, á la dirección y á la velocidad: fué como el impulso, medido y calculado, que un mecánico diestro comunica á una máquina sabiamente arreglada. La comunicación del movimiento, diremos mejor, la creación del movimiento en la naturaleza es lo que, sin duda, significa la expresión del Génesis: *El espíritu de Dios era llevado sobre las aguas*, ó, en otros términos, Un viento recio soplaba en torbellino sobre las aguas. — *Et spiritus Dei ferebatur super aquas.*

Pero, aquí se presenta una cuestión. ¿Qué aguas eran aquellas sobre las cuales era llevado el Espíritu de Dios? — Moisés ha dicho que el *cielo* y la *tierra* fueron criados por Dios, en el principio: ha descrito el estado primitivo de la tierra; pero no ha expresado de una manera particular, cuándo fueron criadas las aguas; y sin decir nada acerca de la creación de las aguas, nos las describe, movidas, con movimiento de vaivén, por un viento impetuoso. *Ferebatur super aquas.* — Era llevado sobre las aguas, como quien dice, iba y venía sobre las aguas.

No debemos olvidar ni por un momento que el

Génesis es un libro religioso, y que su objeto principal y, acaso, único, era el de instruir á los hebreos en las verdades reveladas por Dios: no fué libro de filosofía, ni menos de física ni de ciencias naturales. Hablaba á lectores sencillos, y debía hablarles en lenguaje para ellos claro, inteligible y preciso. — Como el hombre, siempre que considera el Universo, no puede menos de hacer de la tierra el punto de vista, desde donde inspecciona, contempla y estudia todas las demás cosas, refiriéndolas á la tierra, por esto Moisés prescinde de la formación de los demás astros, y habla de la tierra.—El punto de vista del Historiador hebreo, al narrar en el Génesis la historia de la creación y formación del mundo, es la Tierra, porque se dirige al pueblo, y debía usar de estilo popular, y de lenguaje común y ordinario. Equivocados andan los que en el Génesis quieren encontrar un lenguaje técnico y científico, y mucho más los que echan de menos el estilo y lenguaje de una academia. — El lenguaje de las academias cambia, con el progreso de las ciencias; el lenguaje de la Revelación es inmutable.

El Historiador sagrado describe el estado que tenía la Tierra, cuando la Tierra no era más que una porción de átomos materiales; y luego, para enseñar que esos átomos fueron puestos en movimiento por Dios, se vale de la expresión consagrada, sin duda, por la tradición patriarcal: *El Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas*: Un viento fuerte soplaba en torbellino las aguas. ¿Qué aguas eran esas? ¿Cómo pudiéramos explicar esta frase del Génesis? — Quiere decir esa expresión, que los átomos materiales primitivos habían cambiado ya de forma: la porción de átomos materiales primi-

tivos, que había de constituir la Tierra, había mudado de condición física, pasando del estado *informe* ó primordial, al estado *gaseoso*, en virtud del movimiento, que Dios había comunicado á la materia primitiva.

Había en la porción de átomos, de que se compuso luego la Tierra, un cambio de forma: un movimiento comunicado á la materia inerte, y un grado determinado en la temperatura. El movimiento era un *movimiento de rotación* de los átomos al rededor de un eje central; y, como efecto de ese movimiento, un aumento de calor en la temperatura de los átomos que constituyeron más tarde el globo terráqueo. — Las palabras del Génesis, cuando habla del Espíritu de Dios, que era llevado sobre las aguas, pudieran, pues, referirse á aquella época cósmica, en que nuestro planeta se había separado ya de la gran masa central solar, y comenzado su movimiento de rotación sobre sí mismo, y de revolución en torno del Sol, que es el centro de nuestro sistema planetario. Esto sería así, admitida la hipótesis de Laplace sobre la formación del mundo.

De la masa planetaria solar se habían desprendido los anillos, que constituyeron, sucesivamente, los planetas Neptuno, Urano, Saturno, Júpiter, los asteroides y Marte: esos anillos eran ya otros tantos globos de dimensiones asombrosas, que giraban en el espacio, adquiriendo lentamente sus formas astronómicas definitivas. — Desprendido de la masa solar el anillo, que había de ser luego la Tierra, quedó el globo central, del que, á su tiempo se desprendieron los anillos de Venus y de Mercurio.

Empero, cuando del núcleo solar central se disgregó el anillo que formó después la Tierra, to-


~~~~~

avía reinaba densa y completa oscuridad en nuestro sistema planetario. Un observador, que hubiera estado entonces en la superficie del esferoide gaseoso, que constituyó después la Tierra, no habría visto nada; á cualquiera parte, donde hubiese dirigido la vista, no habría encontrado más que una compacta oscuridad. El globo de la Tierra no se hallaba formado todavía; y, aunque la temperatura de su masa cósmica, iba creciendo, no había alcanzado aún el grado suficiente de calor para que prendiera la luz y hubiera claridad en nuestro sistema.

### III

¿Qué es la luz? La luz ¿es algún ser corpóreo, que fluye de los cuerpos luminosos, y se desparra y difunde por el espacio? ¿No será, más bien, un fenómeno, es decir: el resultado necesario de la temperatura y del movimiento de los átomos? Nosotros opinamos que es esto segundo: lo que se llama fluido luminoso es un fenómeno natural, no un ser corpóreo. Los otros fluidos, eléctrico, magnético y calorífico, no son sino efectos necesarios de la materia sensible, en ciertas y determinadas condiciones. La naturaleza es muy sencilla en sí misma: los sabios son los que, con sus hipótesis y sistemas, la hacen aparecer embrollada y oscura. Pero ¿es acaso, eso lo que salió de las manos de Dios? ¿Para qué complicar la naturaleza? — Los elementos constitutivos de la materia, en ciertos casos, producen luz; y la luz, el calor y la electricidad no son sino fenómenos naturales de una sola y única sustancia material.

Llegó, pues, un instante, en el cual, aumentando la intensidad de la temperatura por la creciente celeridad del movimiento de rotación, subieron los grados de calor hasta el punto preciso para producir el efecto luminoso, y nuestro planeta, que era á la sazón, un globo gaceoso descomunal, comenzó á brillar, aumentándose el brillo, á medida que, con la rotación, crecían el calor y la luz. He aquí por qué Moisés refiere, en su lugar y momento preciso, la aparición de la luz : *Dijo Dios, haya luz y hubo luz.*

El texto hebreo puede ser traducido, diciendo : Dijo Dios : brille la luz, y la luz brilló ; ó, mejor, con más propiedad : Dijo Dios : brote la luz, y la luz brotó. La presencia de la luz en el mundo no fué, pues, un acto nuevo creador, sino la producción de un efecto necesario, según las leyes, que Dios había fijado á la materia corpórea para la formación progresiva del Universo.

Entonces, el núcleo solar aún no se había inflamado ; estaba todavía opaco. Los planetas comenzarían también á despedir alguna lumbre, esparciendo claridad en los ámbitos, todavía oscuros, de nuestro sistema planetario. La luz es un fenómeno físico ; y, cuando cesan las causas que producen necesariamente ese fenómeno, hay oscuridad y tinieblas ; por esto, el Historiador sagrado, después de referir la aparición de la luz en el mundo, añade que Dios separó á la luz de las tinieblas, y que á las tinieblas las llamó noche, y á la claridad le dió el nombre de día. *Et divisit lucem á tenebris. Appelavitque lucem diem, et tenebras noctem.*

¿ Qué pudo significar esta separación entre la luz y las tinieblas ? — Si la luz es un efecto produ-

cido necesariamente por las causas segundas, dadas ciertas y determinadas condiciones; claro es que, no habrá luz, sino oscuridad, cuando falten esas condiciones. El Universo es regido por leyes sapientísimas, mediante las cuales se verifica necesariamente la sucesión no interrumpida de los fenómenos naturales, que hacen tan hermosa, tan variada y tan admirable la creación. La separación que Dios hizo entre la luz y las tinieblas, significa que habrá en la tierra una sucesión constante y ordenada de dos períodos, el de la claridad, y el de la oscuridad. No olvidemos el fin religioso del Génesis, y comprenderemos que lo que se propuso Moisés fué inculcar en el ánimo de los hebreos la idea de la Providencia Divina, que no sólo había criado la luz, sino que había arreglado el modo cómo debía ésta alumbrar al mundo, alternando ordenadamente con la oscuridad: el pueblo veía la sucesión del día y de la noche; y, enseñado por su Libro divino, sabía que el Señor era quien había hecho el día y la noche. Nada sucedía al acaso; todo estaba dispuesto por el Supremo Hacedor de lo criado.

Si se pierde de vista el fin religioso del Génesis serán muy oscuros y casi inexplicables muchos de sus pasajes: tan exacta es esta observación que, si se la olvida, y considera al Génesis como un libro científico, y no como un libro esencialmente religioso, nacerán dudas y surgirán objeciones á cada paso; y los ingenios preocupados contra la Revelación se aprovecharán de esas aparentes contradicciones para combatir la autoridad divina de la Biblia.

También hay otra observación, muy digna de peso. — Moisés no era el primero que hacía saber

esas verdades religiosas á los hebreos; antes, por el contrario, ellos las sabían y conocían muy bien, por la tradición primitiva, conservada en las tribus y familias del pueblo de Israel: Moisés las recordaba, las ponía por escrito y las consignaba en el Libro, que, por inspiración divina y con asistencia especial del Espíritu Santo, escribía para que fuera el Código sagrado de su nación. Las palabras de que se valió Moisés, las expresiones que empleó, y hasta el giro de las frases, todo debió ser tradicional. Esa narración de la creación del mundo, de su formación lenta y progresiva, con que principia el Génesis, debió ser muy conocida de los hebreos: era, sin duda, uno como himno tradicional, que, desde el primer hombre, había venido pasando de familia en familia, con un sello sagrado de autoridad, en todas y cada una de las palabras. El gran Historiador no hizo otra cosa, sino insertar en su libro inspirado aquella fórmula venerable, que su pueblo conocía, y, acaso, repetía con frecuencia.

Moisés no inventó la escritura, pues el arte de escribir era conocido y usado en las familias descendientes de los doce Patriarcas, hijos de Jacob. ¿Sería inverosímil que, en estas familias patriarcales, se conservaran algunos escritos ó libros, en los que estuviera consignada la tradición primitiva sobre la creación y formación del mundo? Esta suposición no tiene nada de inverosímil; antes parece muy probable y segura.

¿Qué es el día, sino la claridad, mediante la presencia de la luz? ¿Qué es la noche, sino la oscuridad, por la ausencia de la luz? ¿Cuándo debía, pues, el Historiador sagrado hacer constar *que Dios era el autor del día y de la noche*, sino cuando ex-

presaba que la luz brotó del caos tenebroso, á la palabra omnipotente del Criador? . . . . Con la aparición de la luz, hace notar Moisés, que terminó el primer día de la creación. . . *Factumque est vespere et mane dies unus.* Hubo tarde, y hubo mañana, con lo cual fué un día.

Nos encontramos ya con las frases más oscuras que contiene el Génesis. ¿Qué significa la palabra *tarde*? ¿Cuál es el sentido de la expresión *mañana*? ¿Cómo se deberá entender, en este pasaje y en los que le son análogos, el término *día*?— ¿Se deberá entender ese término en el mismo sentido, en que ahora lo empleamos, en el lenguaje usual y ordinario? ¿Cuál sería en estos pasajes el sentido de todas esas expresiones? . . . . Estos son puntos muy oscuros, y acerca de los cuales nada ha definido la Iglesia Católica, dejando á cada cual el poder de interpretarlos, con el respeto que la adorable oscuridad de la palabra de Dios impone al católico que cree en la Revelación, la adora y rinde acatamiento.



## CAPITULO QUINTO

## FORMACIÓN DE LA ATMÓSFERA Y DE LOS CONTINENTES.

CREACIÓN DEL REINO VEGETAL.—FORMACIÓN DEL  
SOL, DE LA LUNA Y DE LAS ESTRELLAS

Por qué adoptamos de preferencia la hipótesis de Laplace sobre la formación del mundo. — Modificaciones hechas por el astrónomo Faye á la hipótesis cosmogónica de Laplace. — Postulados de las Ciencias físicas. — El primer día genesíaco. — Fuerza y Materia. — Agentes físicos. — Segundo día genesíaco. — Formación de la atmósfera. — Formación de los continentes. — Tercer día genesíaco. — La vida. — Creación del reino vegetal. — Cuarto día genesíaco. — Formación del Sol, de la Luna y de las estrellas. — Una observación. — Lenguaje científico. — Lenguaje común y ordinario.

## I



EMOS adoptado la hipótesis de Laplace sobre la formación del mundo, porque, entre todas las que se han imaginado para explicar ese arcano de la naturaleza, es la que ofrece más verosimilitud, aunque no carece de graves dificultades. Si todo lo explicara claramente; si, acaso, no presentara dificultades, dejaría de ser hipótesis, para convertirse en verdad científica (1). Además de ad-

---

(1) La hipótesis de Laplace sobre la formación de nuestro sistema planetario ha sido admitida para explicar la formación de todo el Universo material, pero últimamente Mr. Faye la modificó de un modo notable. Nosotros no seguimos á ciegas el sistema cosmogónico de Laplace ni admitimos todos sus pormenores; aceptamos tan sólo algunos datos principales, como la lenta y progresiva formación de los planetas, la incandescencia de la tierra y la anterioridad de la consti-

mitir como condicionalmente verdaderos algunos de los puntos de la hipótesis de Laplace sobre la formación de nuestro sistema planetario, hemos adoptado también varios postulados de las ciencias naturales, como la identidad de la sustancia material corpórea, de que ha sido formado el Universo sensible. Tal vez, no estaremos equivocados, si, como una consecuencia legítima de la teoría anterior, opinamos que en la naturaleza no existen los distintos fluidos calorífico, eléctrico, lumínico y magnético, que se han admitido para explicar los efectos del calor, de la electricidad, de la luz y del magnetismo, que se experimentan en el mundo. La luz, el calor, la electricidad y el magnetismo no son cuerpos aparte, sino fenómenos que se producen naturalmente, en ciertas y determinadas condiciones y circunstancias. ¿Será esto absurdo? . . . .

La causa del calor es el movimiento: el calor no es otra cosa, sino el cambio de temperatura, verificado en los cuerpos, mediante el movimiento. El calor, á su vez, engendra luz: donde hay luz, hay calor, y, por consiguiente, movimiento. Mas donde hay calor no siempre hay luz. — Empero ¿cuál es la naturaleza de la luz? Nosotros no nos hemos decidido á abrazar un sistema, con preferencia á los demás: insistimos solamente en un hecho, observado y comprobado por la experiencia, á saber que

---

tución de ésta respecto del Sol. En estos puntos la teoría de Faye está de acuerdo con la hipótesis de Laplace. — FAYE. — Sobre el origen del mundo. Teorías cosmogónicas de los antiguos y de los modernos. — En francés. Nos referimos á la segunda edición, París, 1885. De este asunto volveremos á hablar más despacio en otro lugar.

el Sol no es la única fuente de luz en nuestro sistema planetario: hay en la misma tierra, en este globo en que habitamos, una cierta cantidad de luz que le es propia, y que no recibe del astro del día. En el mundo sideral, las estrellas brillan con luz propia, y, con ella, se dejan ver aún esas lejanas nebulosas, que, como copos de sutilísimo algodón escarmentado, el telescopio descubre en el fondo de los espacios celestes.

En la luz se experimentan fenómenos propios del calor y de la electricidad: ¿cómo explicar la polarización de la luz, sino reconociendo la virtud magnética del rayo luminoso? — El descubrimiento del espectro y su análisis químico, ¿no nos conduce á conjeturar que la sustancia material del Universo sensible es una sola? ¿No se han encontrado en las estrellas los mismos cuerpos simples, que la Química ha descubierto en nuestro planeta?

Combinando, pues, la hipótesis cosmogónica de Laplace con la narración de Moisés en el Génesis, el aparecimiento de la luz sucedió después que nuestro globo terrestre, ó el anillo cósmico que debía formarlo, se hubo separado del gran núcleo central, y también cuando del esferoide terrestre estaba ya disgregado el anillo, del cual se formó luego la Luna. — El núcleo central, acaso, no habría comenzado á arder todavía, y aún, tal vez, no se habrían separado los anillos que formaron después los planetas Venus y Mercurio. — Juntándose átomo con átomo y formando así por efecto de la fuerza atractiva, un grupo ó acumulamiento de materia cósmica, comenzaron á girar sobre sí mismos, con un movimiento de revolución, al principio lento y después acelerado. — La rapidez del movimiento iba au-



mentando, á proporción que se unían y juntaban más los corpúsculos elementales. Nuestro actual sistema planetario formaba entonces un globo de dimensiones tan considerables, que henchía completamente todo el espacio celeste que hay ahora, desde el centro de la masa solar hasta el último límite de la elipse, por donde gira en su órbita Neptuno.

Conforme continuaba el movimiento, crecía también la densidad de la masa cósmica en evolución, hasta que, uno en pos de otro, se fueron separando de élla varios anillos, de los cuales se formaron los planetas. — En el enorme globo de materia cósmica obraban dos fuerzas, la una en un sentido y la otra en un sentido contrario: la centrípeta, del centro á la superficie, reteniendo los átomos: la centrífuga, de la superficie al centro, arrancando los átomos: cuando esta segunda fuerza prevalecía sobre la primera, entonces era lanzado un anillo, el cual, á su vez, era solicitado en su masa por las dos clases de fuerzas, y además por la de atracción hacia el centro de donde se había separado. — Debemos tener en cuenta también una circunstancia, que es la de la temperatura del espacio ambiente, por donde se movía el globo de materia cósmica y la resistencia que oponía la densidad del medio circundante.

La densidad de la materia cósmica debió ser muy diferente en cada anillo en el momento de consumarse su disgregación del globo central, y á esta causa se deberá, talvez, la diferencia de peso específico que se nota entre los planetas. Los menos densos han debido tener un movimiento menos rápido, formar satélites con más facilidad y en mayor número y, sobre todo, inflamarse más lentamente. Nuestro Sol no es más que una estrella, y no la ma-

yor sino una de las de segunda magnitud entre las innumerables, que la mano del Todopoderoso esparció en los ámbitos inconmensurables del firmamento. Cuando nuestro sistema planetario estaba, pues, apagado, y cuando aún no había dentro de los términos de las órbitas planetarias más que oscuridad y tinieblas, bien pudo suceder que otras estrellas estuviesen ya completamente acabadas y perfectas. Moisés refiere circunstanciadamente la manera cómo se fué formando la tierra, hasta llegar á quedar en las condiciones previstas por la Providencia Divina para que el hombre la habitara: respecto á las demás partes del Universo, le basta con inculcar á su pueblo el dogma de la creación, diciendo que Dios crió los cielos. *In principio creavit Deus coelum; el cielo*, según la Vulgata; *los cielos*, en el original hebraico, ó la materia luminosa, con más propiedad.

¿Qué serie de fenómenos comprende, pues, el primer período de la formación del mundo, y en especial de la tierra? — Este primer período de formación cosmogónica y especialmente geogénica comprende: la descripción del estado caótico de la tierra y del mundo; la comunicación del movimiento á la materia, de suyo esencialmente inerte, y el apareamiento de la luz. — Tales son los fenómenos que abraza el primer día genesíaco.

En el sistema de la formación del mundo, según Laplace, habríamos llegado á la época en que principió la incandescencia del globo terrestre, cuando nuestro planeta, del estado de masa fluída comenzaba á pasar al de masa líquida, para enfriarse luego paulatinamente y constituir un esferoide aplanoado hacia los polos, entumecido en el Ecuador y

compuesto exteriormente de dos partes, la una sólida y la otra líquida, en proporción desigual (1).

Entre tanto, en la vasta extensión del Universo, la materia sacada por Dios de la nada se hallaba disponiéndose para constituir mundos innumerables y sistemas planetarios todavía más innumerables. ¿Quién puede reducir á cuenta ni guarismo los astros, que vagan en los espacios celestes? Ese como polvo sutil, que brilla allá en el fondo oscuro de los cielos ¿es una materia cósmica que está recién en el período de su inflamación, ó es un grupo de estrellas, que juntan en uno sus rayos luminosos, merced á la asombrosa distancia en que se encuentran de la tierra? . . . .

¿Qué son esas que la Ciencia llama *fuerzas centrífuga y centripeta*? ¿Quién las ha dado á la materia? ¿En qué consisten esos resortes secretos y misteriosos de la admirable armonía de los mundos? ¿De dónde nace esa fuerza de cohesión, que mantiene unidos y juntos los átomos en los cuerpos, enlazando, con vínculos invisibles, átomo con átomo, partícula con partícula, elemento con elemento? En la naturaleza hay arcanos innumerables, que el limitado ingenio humano no podrá penetrar jamás.

Sin embargo, la descastada ciencia materialista pretende explicar todos los secretos de la naturaleza por medio de dos palabras mágicas, á las cuales no ha definido bien hasta ahora: esas dos palabras son la de *Fuerza* y la de *Ma'eria*. Pero ¿qué es fuerza? — ¿Qué es Materia? . . . .

Fuerza es la energía de la naturaleza. Y ¿en

---

(1) FIGUIER. — La Tierra antes del diluvio. — CONTE-JEAN. — Curso de Geología. (Ambas obras en francés).

qué consiste esa energía? — Materia es todo lo sensible, todo lo que se ve, todo lo que se palpa. Fuerza, aquello que está oculto en la materia y la conserva y la transforma y es la causa de los fenómenos naturales. ¿Qué sería la Materia sin la Fuerza, sino un todo inerte y sin vida? — Según esto, se confunde la vida con la fuerza: la fuerza es ese no sé qué de inmaterial y de activo, que hay en los cuerpos, hasta en los más toscos. Tantas explicaciones manifiestan que los materialistas no pueden comprender ellos mismos lo que es la Fuerza.

La Fuerza, ¿es criada? ¿De dónde la recibe la Materia? ¿Está en los cuerpos? ¿Se la dan ellos á sí mismos? Si es criada, luego hay un Criador. Si los cuerpos se la dan á sí mismos, luego la fuerza es engendrada por la materia. Mas ¿cómo la materia engendra la fuerza? ¿Sin la fuerza? Luego la materia na ha menester de la fuerza. ¿Con la fuerza? — Luego ya existía la fuerza. ¡Cuánta contradicción! . . . . Confesemos que el Universo está para la inteligencia humana lleno de misterios. Si tantos misterios hay en la naturaleza, ¿no los habrá en Dios? . . . . La religión principia por la fe: ¿y por dónde comienzan las ciencias, sino por un acto de fe, creyendo invenciblemente en lo que la razón humana no alcanza á comprender?

## II

Continuaremos nuestro estudio del Génesis, procurando interpretar el texto sagrado en su sentido estrictamente literal.

En la naturaleza entera y, por consiguiente, en la Tierra, desde el momento en que fué criada la

materia, han existido todos y los mismos agentes físicos que se observan ahora; solamente han ido modificándose con el tiempo, ya de una manera, ya de otra, su eficacia ó fuerza operativa. — Nuestro globo terráqueo, en su sustancia, es hoy el mismo que era cuando Moisés nos lo describía como tenue y sin solidez, *inanis et vacua*. Lo único que ha variado es el modo de obrar de los agentes físicos. Desprendido del globo planetario el anillo, del cual se formó luego la Luna; se separó también, probablemente, alguna otra porción, la que se transformó en aquellos cuerpos, que, con el nombre de estrellas volantes, aerolitos y bólidos, andan diseminados por el espacio sublunar y de cuando en cuando vuelven á la tierra traídos á ella mediante la atracción que ejerce sobre ellos. Con la separación de estos anillos, el globo principal disminuyó; y, aumentando la densidad, creció también la rapidez del movimiento de rotación: el aumento en la celeridad de la rotación produjo la incandescencia, lenta y gradual de toda la masa planetaria. Estudiemos este fenómeno.

En los átomos primordiales, que son los elementos constitutivos de la materia, ha puesto la Sabiduría Infinita todas aquellas cualidades, virtudes ó tendencias, que son necesarias para la formación definitiva del Universo, según la idea ó plan del Criador. — Estos átomos primitivos no sólo en el globo terrestre, sino en todos los cuerpos que pertenecen al sistema solar planetario, en virtud de esas cualidades, (que llamaremos actividad física), formaron cuerpos simples, y estos cuerpos simples, á su vez, fueron dando origen á los cuerpos inorgánicos compuestos. Hubo, pues, en nuestro globo te-

---

restre, y en todos los demás de nuestro sistema planetario, una poderosa actividad química, que componía y descomponía los átomos primitivos, dando existencia á cuerpos de condiciones físicas muy variadas.

Los primeros, que, sin duda, se formaron fueron los *cuerpos simples*, y, entre éstos, aquellos que lo sean rigurosamente, es decir aquellos, para cuya descomposición efectiva no hay potencia natural, porque la ciencia humana no llegará jamás á tocar los átomos primitivos: la mano del Criador los juntó y esa mano omnipotente es también la única que podrá separarlos. La incandescencia de nuestro globo terráqueo principió indudablemente por su núcleo central, y desde el núcleo central se fué propagando y difundiendo hacia la parte superior del cuerpo planetario. A medida que aumentaba la incandescencia del centro hacia la superficie, se verificaban también varios fenómenos químicos, y el globo era presa de la acción de poderosos agentes físicos, que influían sobre él, en diversos sentidos. ¿Qué agentes eran esos? ¿Cuál era su acción sobre nuestro planeta? — Veámoslo.

El Sol, es decir, el núcleo central de todo el sistema, había disminuído de volumen, y comenzaba á encenderse: Mercurio y Venus existían ya, é iban condensándose y circulando en sus órbitas: ardían también todos los demás planetas, pasando por las transformaciones sucesivas de su formación y acabamiento: la Luna era un globo ígneo, en asombrosa actividad: los satélites numerosos de los demás planetas sufrían las mudanzas de estado, á que la ley de la constitución planetaria ha sometido á todos los astros de nuestro sistema. Ejercían, pues,

sobre nuestro globo, á un tiempo, su influencia física todos y cada uno de estos cuerpos: sufría también la Tierra, á la vez, la influencia del medio ambiente en el espacio, por donde giraba en su revolución al rededor del Sol, todavía en embrión. El centro ígneo de la Tierra obraba sobre la parte gaseosa, que estaba en contacto inmediato con él, y la iba paulatinamente transformando en líquido, de modo que hubo un periodo, en el cual el centro del planeta era líquido é ígneo á la vez; el fuego central estaba cubierto por una envoltura acuoso - líquida en un grado muy subido de calor, y sobre esta agua había otra envoltura gaseosa, que rodeaba al planeta, ocultando el agua por todas partes. — Esta cubierta gaseosa se había formado parte con los primitivos gases, que no se habían transformado; parte con los que desde la superficie de las aguas en ebullición ascendían en forma de humo ó vapores densísimos: en la superficie de las aguas estos vapores tenían un grado de calor, y más arriba otro menor. Aquello era un hervor incesante: los vapores acuosos se descomponían, y descendían nuevamente sobre las aguas en lluvias calientes; acciones químicas se verificaban sin cesar, y, como resultado de ellas sobre las aguas iba formándose una capa dilatada de gases, que, al cabo, debía quedar reducida á la atmósfera, que al presente rodea á la tierra.

La acción de la Luna, que causa actualmente las mareas atmosféricas y las mareas del Océano, debió ser mucho más violenta que ahora en aquel período cosmogónico y geológico; pues, estando encendido el cuerpo del satélite, los gases de la atmósfera, en las capas superiores de élla, estarían

volatilizados, y el circuito atmosférico sería mucho más amplio que lo que es ahora.

Con la disminución de rapidez en el movimiento de rotación fué rebajando también proporcionalmente la temperatura; y, á consecuencia de esto, aun dentro del mismo núcleo líquido é ígneo, los agentes químicos pudieron formar cuerpos sólidos, y comenzaron las rocas á asomar como prominencias ó islas numerosas por sobre la superficie de las aguas, dando, de este modo, comienzo á la formación de los futuros continentes.

Nuestro planeta era, pues, en aquella época geológica un vasto globo líquido, en el cual aparecían algunas partes sólidas: en el centro, el núcleo era líquido é ígneo: todo el globo en contorno estaba rodeado ó sumergido en una cubierta gaseosa muy amplia, que formaba la atmósfera de la Tierra. El elemento líquido estaba separado del elemento sólido y la atmósfera circundaba al esferoide planetario. Esto es, precisamente, lo que nos dice que sucedió el Historiador sagrado: oigamos su relato.

### III

*Dijo también Dios: Sea hecho el firmamento en medio de las aguas: y divida aguas de aguas.*

*Y hizo Dios el firmamento, y dividió las aguas que estaban debajo del firmamento, de aquellas que estaban sobre el firmamento. Y fué hecho así.*

*Y llamó Dios al firmamento, Cielo: y fué la tarde y la mañana el día segundo (1).*

---

(1) Dixit quoque Deus: Fiat firmamentum in medio aquarum: et dividat aquas ab aquis.

Et fecit Deus firmamentum, divisitque aquas quæ erant:



Por el *firmamento* de la Vulgata podemos entender, en un sentido literal estricto, la atmósfera extendida por todos lados al rededor de la Tierra; y, en un sentido más general, todo el espacio sublunar, en todas direcciones. — Una cosa hay oscura y de difícil explicación: ¿Qué debe entenderse por esas *aguas*, que están sobre el firmamento? ¿Qué aguas son esas? ¿Cuál es el estado físico en que se conservan esparcidas en los espacios celestes, fuera de la atmósfera que rodea á la Tierra? — Pueden ser esas aguas las mismas nubes suspendidas en lo más alto de la atmósfera: pueden significar también las aguas, en un estado de diafanidad y de sutileza tan grande, que lleguen á ser imperceptibles á la vista, y que así llenen los espacios celestes. Acaso, no sería temerario opinar que, por esas aguas superiores pudiera entenderse el *éter imponderable*, difundido en el espacio; pues ese cuerpo no es imposible que se halle mezclado con algunas particulillas húmedas y acuosas.

En el lenguaje de Moisés no debemos reprender el que, hablando de la atmósfera, la describiera como una extensión dilatada y dispuesta en un sentido horizontal sobre la Tierra, pues Moisés empleaba el lenguaje común y ordinario del pueblo, y el pueblo no juzga de las partes del mundo sensible sino según la impresión inmediata que los objetos naturales hacen en sus sentidos. Un observador cualquiera hace de su propia persona el punto cén-

---

sub firmamento, ab iis quæ erant super firmamentum. Et factum est ita.

Vocavitque Deus firmamentum, Cœlum: et factum est vespere et mane, dies secundus.—GÉNESIS, capítulo primero versículos 6º, 7º y 8º

tríco, no sólo de sus observaciones, sino de todo el mundo, y, por eso, siempre la atmósfera y los astros están para el observador arriba, en lo alto; y el firmamento se le presenta como un plano extendido sobre su cabeza. A la simple vista las nubes, los astros y la Luna aparecen como si estuviesen adheridos á una superficie plana, lisa, igual y muy fija y firme en el espacio: esa es la impresión inmediata que en nuestra vista causa la contemplación de los espacios celestes.

El segundo período de la formación del mundo ó el segundo día genesíaco no comprende, pues, más que un solo hecho, á saber la constitución de la atmósfera terrestre. La aparición de los continentes pertenece al tercer período ó al día tercero del Génesis.

La temperatura del globo había bajado notablemente, la parte sólida había ido creciendo, y, sobre las rocas formadas por la acción del fuego, se depositaban sedimentos más ó menos extensos de rocas debidas á la acción de las aguas. El globo estaba, pues, dividido en dos partes: una formada por los continentes, y otra, incomparablemente mayor, ocupada por las aguas: además una costra sólida comenzaba á encerrar dentro de élla el núcleo líquido ígneo. — Un fenómeno notabilísimo se presentaba también: la superficie de los continentes y de las islas no estaba desnuda; la cubría la vegetación, que principiaba á aparecer en la tierra. Era aquel, en verdad, el momento de la aparición de la *vida* en nuestro planeta (1).

(1) Debemos distinguir bien, lo repetiremos aquí una vez más, los datos científicos verdaderos y las hipótesis ó suposi-



La aparición de la vida vegetativa la describo el Génesis como un hecho posterior á la formación de los continentes y á la separación entre el agua y la tierra firme. Tal es el día tercero de la gran semana de la creación. Leamos el texto sagrado.

*Dijo también Dios: Juntense las aguas, que están debajo del cielo, en un lugar, y descúbrase la seca. Y fué hecho así.*

*Y llamó Dios á la seca, Tierra, y á las congregaciones de las aguas llamó Mares. Y vió Dios que era bueno.*

---

ciones verosímiles. ¿Qué hechos han sido demostrados como ciertos? ¿Qué cosas se suponen como meramente posibles?

En Geología se tienen como hechos verdaderos, demostrados de un modo científico, los siguientes: *Primero.* Cuando la especie humana apareció sobre la tierra, hacía ya muy largo tiempo á que la tierra estaba poblada de seres vivientes. *Segundo.* La superficie sólida del globo no es homogénea: está compuesta de capas de naturaleza distinta. *Tercero.* Entre las capas que componen la corteza terrestre, hay algunas de naturaleza cristalina, cuya formación no puede menos de atribuirse á la acción del fuego. *Cuarto.* Estas capas ó rocas son las más profundas y sirven de base á las demás. *Quinto.* En estas rocas cristalinas no se encuentra señal ninguna de vida. *Sexto.* Dedúcese, como consecuencia legítima, que el estado primitivo de nuestro planeta fué ígneo ó incandescente. — Fuera de estos seis hechos, todo lo demás relativo á la formación de la Tierra sale del terreno de la verdad demostrada, para entrar en la región de las meras probabilidades. Esa tierra encendida ¿saldría así incandescente inmediatamente de las manos del Criador? ¿Había pasado, acaso, por otros estados? ¿Qué estados serían esos?, &, &. He ahí las meras hipótesis. — Véase á LAPPARENT. Tratado de Geología. (Segunda Parte. Libro 4º Sección 2ª Teorías geogénicas). En francés. STOPPANI. Geología estratigráfica. (Volumen segundo del gran Curso de Geología del justamente célebre profesor italiano).

*Y dijo: Produzca la tierra hierba verde, y que haga simiente, y árbol de fruta que dé fruto, según su género, cuya simiente esté en el mismo sobre la tierra. Y fué hecho así.*

*Y produjo la tierra hierba verde y que hace simiente según su género, y árbol que da fruto, y que cada uno tiene simiente según su especie. Y vió Dios que era bueno.*

*Y fué la tarde y la mañana, el día tercero (1).*

Para la aparición de la vida vegetativa, Dios comunica una virtud especial, que pudiéramos llamar *productiva* á la tierra: sin esa virtud, la tierra hubiera permanecido eternamente desnuda de toda vegetación. En la materia criada no había potencia natural para producir ni un tallo de hierba. — Hace notar, además, el Historiador sagrado, que las plantas y los árboles recibieron del mismo Criador la fecundidad reproductiva, por medio de la virtud de producir semillas, con que dar vida á nuevos individuos de su misma especie. Actos inmediatos de la Omnipotencia divina.

(1) Dixitque Deus: Congregentur aquæ, quæ sub cælo sũnt, in locum unum: et appareat arida. Et factum est ita.

Et vocavit Deus aridam, Terram, congregacionesque aquarum appellavit Maria. Et vidit Deus quod esset bonum. Et ait: Germinet terra herbam virentem, et facientem semen, et lignum pomiferum faciens fructum juxta genus suum, cujus semen in semetipso sit super terram. Et factum est ita.

Et protulit terra herbam virentem, et facientem semen juxta genus suum, lignumque faciens fructum, et habens unumquodque sementem secundum speciem suam. Et vidit Deus quod esset bonum.

Et factum est vespere et mane, dies tertius. — GÉNESIS, capítulo primero, versículos 9º, 10º, 11º, 12º y 13º

---

La tierra gozaba de una temperatura muy abrigada, así por la eficacia del calor central, como porque la atmósfera, cargada de nubes y de vapores densos, no podía menos de producir un ambiente, húmedo, caliente y bochornoso. ¿Qué plantas podrían haber vivido entonces? ¿En semejantes condiciones, sería posible la vegetación? — La vegetación no sólo fué posible, sino que existió: las plantas y los árboles que hubo en aquel período geológico fueron precisamente aquellos, que no han menester ni de luz ni de claridad ni de aires despejados, sino de un ambiente húmedo, caluroso y oscuro. La vida vegetativa comenzó, pues, en la tierra, antes que el Sol ejerciera sobre ella la influencia que ahora ejerce: la Biblia, por lo mismo, está de acuerdo con los datos, que acerca de este punto han comprobado las Ciencias de observación. Hubo sobre la tierra, dice la Paleontología botánica, una vegetación exuberante y asombrosa, en un período geológico, en que las condiciones atmosféricas, (climatológicas y meteorológicas), de nuestro planeta no pudieron menos de ser muy distintas respecto de las actuales. Ese período geológico es, cabalmente, el día tercero de la creación, cuando el Sol, según el Génesis, no brillaba todavía en el firmamento.

Moisés designa todo el reino vegetal con sólo dos expresiones: *hierbas y árboles*, pero esas dos palabras eran suficientes para el objeto que el Legislador hebreo se había propuesto (1). — Ese objeto

---

(1) Dos hechos están actualmente probados por las ciencias de observación. Por el estudio detenido de los fósiles

era inculcar á su pueblo el dogma de la creación, haciéndole conocer que todo cuanto existe ha salido de las manos de Dios. Por otra parte, ahora, en el lenguaje ordinario ¿no es verdad que quien dice hierbas y árboles designa todo el reino vegetal?

vegetales, ha descubierto la Paleontología botánica que, en los terrenos de formación primaria no existen más que restos de vegetales acotiledones: la flora de aquella época geológica se componía, pues, solamente de vegetales, para cuya vida, crecimiento, desarrollo y reproducción son necesarias, humedad, oscuridad y una temperatura muy caliente. — Asimismo, los inmensos depósitos de hulla que se encuentran en los terrenos de formación carbonífera, no sólo en las zonas templadas sino hasta en las polares, manifiestan que hubo una época, en la cual en todo el globo reinó una temperatura uniforme y muy elevada, con una atmósfera húmeda y brumosa. Estos hechos no se pueden explicar satisfactoriamente, sino admitiendo que la influencia de la luz y del calor del Sol era muy distinta de la actual. El disco solar debió tener entonces dimensiones mucho mayores que las que tiene al presente; lo cual, entre otras causas, hacía imposible en la época geológica primaria la variación y la sucesión de las estaciones. — LYELL. — *Principios de Geología*. — (Libro primero, capítulos, 9º, 10º y 11º) Nos referimos á la traducción francesa, hecha por Ginestou, sobre la décima edición inglesa. — PRIEM. — *La Tierra antes de la aparición del hombre*. Períodos geológicos, Faunas y Floras fósiles. (La Flora y el clima del período carbonífero).—En francés. — Este naturalista, admitiendo el hecho de la uniformidad climatérica del globo terrestre en la época carbonífera, discute las causas posibles de aquel fenómeno, enumera las principales y busca la solución del problema (que él llama justamente complejo), en la evolución transformista y en la lucha por la existencia. — Para conocer la estructura de las plantas carboníferas, puede consultarse la *Paleontología botánica fosil* de SCHIMPER. — (Tomo 3º de la traducción francesa). También este naturalista como los dos anteriores es partidario de la teoría evolucionista.

## IV

Llegamos al cuarto día de la creación, el cual coincide con el período más importante de la formación no sólo geológica sino cosmogónica de nuestro sistema planetario. — Aquí, la Ciencia y la Revelación se dan la mano y fraternizan en la verdad, admirablemente.

Siguiendo la misma hipótesis de Laplace en la *Exposición del sistema del mundo*, el globo terráqueo fué apagándose poco á poco, su temperatura disminuyó progresivamente, y en la superficie exterior la costra sólida, compuesta de capas de terrenos de sedimento, aumentaba en grosor y en extensión: el Océano y los continentes ocupaban lugares propios, y la separación entre las aguas y el elemento seco era cada vez más marcada: en la atmósfera se sucedían cambios notables, y, de un modo lento pero progresivo, crecía la diafanidad y la limpidez de élla. La Luna había terminado su período de incandescencia: su globo, apagado, girando sobre sí mismo, y dando sus vueltas periódicas al rededor de la tierra, mostraba constantemente al Sol su disco volcánico, como pidiendo al astro rey que lo iluminara con su luz. Todos los demás planetas y satélites de nuestro sistema estaban también apagados: su período de incandescencia se había concluído.

Entre tanto, el núcleo central del sistema había condensado la materia cósmica y su incandescencia estaba en un punto asombroso: fijo el Sol en el centro del sistema planetario, y rodeado del cortejo de planetas y lunas, en que preside como soberano,

derramaba sobre todos ellos, con uniformidad, torrentes de luz y de calor. Un observador que hubiera podido contemplar desde la tierra el espectáculo que presentaba entonces la creación, habría visto la bóveda celeste tacionada de estrellas, y la Luna, alumbrada por el Sol, brillando como el astro mayor del firmamento, en medio de la tranquila oscuridad de la noche. La atmósfera de la tierra, antes tan densa y tan brumosa, no permitía ver ni la salida ni la puesta del Sol; y este astro hermoso se levantaba y se ocultaba como envuelto en una nube espesa, que le quitaba su esplendor. Esa nube era la materia cósmica, que en el Sol no había alcanzado todavía aquel enorme grado de incandescencia, con que, en el cuarto período de la formación cosmogónica, y el cuarto día genesiaco, brilló después. La gran hoguera central de calor y de luz había llegado, por fin, á su mayor potencia: el sistema del mundo estaba casi concluído.

La sucesión regular de los días de doce horas en el Ecuador, estaba ya definitivamente constituida: la sucesión de las estaciones lo estaba también. La Tierra, la Luna, los planetas y el mismo Sol eran ya en aquella época cosmogónica y en aquel período geológico casi lo mismo que son al presente: lo que á esos tiempos de la creación los diferencia de los actuales en la Tierra es, precisamente, el grado de la temperatura del globo y las condiciones climatológicas para la existencia, desarrollo y conservación de la vida animal. — El cuarto período de la formación del mundo es, por esto, el más admirable: el cuarto día genesiaco, que tanto hacía reir á Voltaire y á los impíos del siglo pasado, es el que mayor admiración causa á los sabios del presente. ¡Quién



lo hubiera dicho ahora cien años, cuando tantas burlas se hacían de Moisés y de la Biblia!

Oigamos cómo refiere el gran Caudillo del pueblo de Dios la historia de la formación del mundo, el cuarto día de la Creación.

*Dijo también Dios: Sean hechas lumbreras en el firmamento del cielo, y separen el día y la noche, y sean para señales, y tiempos, y días y años.*

*Para que luzcan en el firmamento del cielo y alumbren la tierra. Y fué hecho así.*

*E hizo Dios dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor, para que presidiese al día: y la lumbrera menor, para que presidiese á la noche: y las estrellas.*

*Y púsolas en el firmamento del cielo, para que luciesen sobre la tierra.*

*Y para que presidiesen al día y á la noche, y separasen la luz y las tinieblas. Y vió Dios que era bueno.*

*Y fué la tarde y la mañana, el día cuarto (1).*

(1) *Dixit autem Deus: Fiant luminaria in firmamento cœli, et dividant diem ac noctem, et sint in signa et tempora, et dies et annos:*

*Ut luceant in firmamento cœli, et illuminent terram. Et factum est ita.*

*Fecitque Deus duo luminaria magna: luminare majus ut præesset diei: et luminare minus, ut præesset nocti: et stellas.*

*Et posuit eas in firmamento cœli, ut lucerent super terram,*

*Et præessent diei ac nocti, et dividerent lucem ac tenebras. Et vidit Deus quod esset bonum.*

*Et factum est vespere et mane, dies quartus.—GÉNESIS, capítulo primero, versículos 14º, 15º, 16º, 17º, 18º y 19º*

---

Sobre este pasaje de Moisés y, en general, sobre todo el relato de la creación del mundo y del hombre, tal como lo leemos en el Génesis, haremos una observación, que no puede menos de ser importante. — La observación es la siguiente.

El estilo de esta narración no es aquel estilo histórico sencillo, que acostumbra Moisés en casi todos los demás libros de su Pentateuco y aún en este mismo del Génesis: es un estilo muy poético, en el cual no es difícil encontrar los caracteres de un lirismo suave y majestuoso, por el cual sospechamos que en todo el relato de la creación no es el mismo Moisés quien habla por sí, sino Adán, el padre universal del linaje humano, la fuente de la tradición divina sobre la historia de la creación revelada por Dios al primer hombre. El relato genealógico no puede menos de ser un himno religioso, un cántico, un salmo sagrado, que, transmitido de boca en boca, se había conservado en las familias de los Patriarcas hebreos. ¿Quién pudo ser el autor de ese cántico sagrado, de ese himno religioso sino Adán, el primer hombre, el padre del linaje humano? ¿Quién pudo saber los secretos de la historia de la creación del mundo, sino Adán, que habló familiarmente con Dios mismo en el Paraíso? . . . . En los primeros días de la vida del hombre, cuando todavía no se conocía á Dios sino por la obra de la creación, ¿qué otra cosa podría cantar el hombre en alabanza de Dios, *sino la historia de la creación?* En ese salmo primitivo, el hombre se expresa con cierta admiración reflexiva: parece que hubiera estado presenciando la creación del mundo y el nacimiento y formación de todas las cosas. Le hace hablar á Dios: le oye, dando el precepto de la exis-

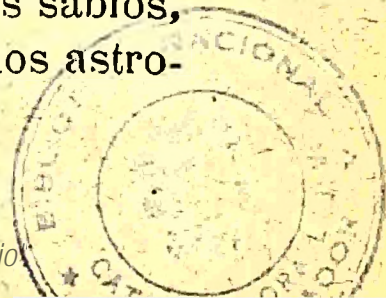
tencia á lo criado ; ve cómo, á la voz de Dios, principian á existir las criaturas ; y luego ese modo de terminar la estrofa (si podemos decir así), con aquel estribillo sublime : *Y vió Dios que era bueno . . . .* Este estilo, este lenguaje ¿ no parece como de un salmo, en que se *cantara* más bien que se *narrara* la historia de la creación del mundo ? Por ahora, no insistiremos más sobre este particular.

Siempre observando en su lenguaje el autor del Génesis la manera de hablar ordinaria del común de los hombres, en el trato cotidiano de la vida, habla del Sol y de la Luna, llamándolos lumbreras del firmamento, y diciendo de ellos que son las más grandes y las mayores. ¿ Condenaremos esta expresión como errónea ? De ninguna manera ! Esa expresión en un tratado de Astronomía sería inexacta ; pero en un libro religioso y popular no lo es, porque, á la simple vista, el Sol y la Luna son los astros más grandes del firmamento.

Recomienda después el narrador inspirado el destino de los astros con relación al linaje humano, advirtiéndole que el Sol alumbra durante el día ; que la Luna y las estrellas, brillando de noche, disminuyen la oscuridad de las tinieblas ; que el Sol, la Luna y los demás astros sirven para medir los tiempos, dividiéndolos, mediante las revoluciones de ellos, en días, años y siglos. ¡ Cuánta abundancia de expresiones hermosas y significativas no contiene este pasaje ! ¡ Esa frase : Dijo Dios : Sean hechas lumbreras en el firmamento del cielo, cuán sencilla es y cuán rica en significación y en sentido científico ! Notad que el Sol, la Luna y las estrellas no se dice que hayan sido criados por Dios de la nada el día cuarto, sino hechos, lo cual implica ne-

cesariamente que ya existía la materia de que fueron formados : no dijo Dios : haya Sol, sino hágase el Sol, es decir fórmese, de modo que sea el centro del sistema planetario ; llegue ya á su completo brillo y esplendor. Lo mismo respecto de la Luna y de las estrellas. ¿No es verdad que cuanto más se medita la Escritura Santa más admirable se la encuentra ?

Finalmente, con el nombre general de estrellas designa el Génesis tanto á las estrellas propiamente tales, como á los planetas, á los satélites y á los cometas, porque el pueblo los llama á todos esos astros así con ese mismo nombre general de estrellas. El sabio los distingue y clasifica ; el pueblo los apellida á todos indistintamente con el término común de estrellas. Si de este modo de hablar de la Biblia pudiera hacerse un argumento contra élla, sería preciso que condenáramos hasta á los mismos astrónomos del siglo presente, de este siglo décimo nono, porque hasta los más sabios astrónomos, en el trato común y ordinario de la vida, se expresan con el mismo lenguaje que el pueblo sencillo, cuando habla del cielo y de los astros. El hombre no yerra, cuando toma como verdadero lo que conoce por medio del criterio de los sentidos, en todo lo que á la jurisdicción de este criterio perteneciere. ¿Es cierto que la Luna sea más grande que las estrellas ? Es cierto, con certidumbre relativa, si nos atenemos únicamente al testimonio de la vista : viene después la observación, y el criterio de la razón corrige el dato suministrado por la vista. De aquí, la diversidad de lenguajes : el del común de los hombres, en el trato ordinario de la vida ; y el de los sabios, en los libros didácticos, en los observatorios astro-



---

nómicos y en las academias científicas. ¿Cuál de estos dos lenguajes debió emplear Moisés en el Génesis? ¿Le censuraremos, porque no se expresó como Galileo y como Newton? . . . . La palabra de Moisés tuvo por objeto el hombre moral, el cual es uno mismo, y siempre idéntico en todos tiempos: los sabios usan el lenguaje de la ciencia, y la ciencia cambia de lenguaje, porque la ciencia adelanta y progresa.



## CAPITULO SEXTO

## CREACIÓN DE LOS ANIMALES

Grados diversos en la perfección de la vida.—El quinto día genesiáco.— Creación de los animales acuáticos. — Creación de las aves. — El sexto día genesiáco. — La Geología y la Paleontología zoológica. — Verdades demostradas. — Enseñanza religiosa del Génesis. — Creación de los animales terrestres. — La vida. — Observaciones acerca de la vida.

## I



EN la historia de la manifestación de la vida sobre el globo terrestre, el autor del Génesis establece una escala de gradación ascendente en cuanto á la perfección y excelencia de los seres vivientes, y hace notar que esa misma progresión se guardó por Dios cuando los crió : la vida no apareció sobre la Tierra en sólo un día de la creación : en cada día hubo una nueva clase de vivientes ; y así la manifestación de la vida, habiendo comenzado por la hierba de los prados, terminó con el hombre, criado á imagen y semejanza de Dios (1).

---

(1) Decimos que la manifestación de la vida comenzó en el globo terrestre por la hierba de los prados, y para decirlo nos fundamos en el texto hebreo de la Biblia, cuyas palabras tienen una significación digna de ser conocida. Comparado el texto hebreo con la traducción de la Vulgata, se nota que los términos hebraicos son más expresivos, que los de la versión latina, en el versículo undécimo del capítulo primero del Génesis : traduciendo directamente del hebreo ese versículo, diría así : — *Dijo Elohim : Que la tierra se cubra de hierba verde, de plantas que produzcan semilla, de árboles frutales que*

En el reino vegetal la vida se halla en su grado menos perfecto : nace el árbol, crece, se reproduce, se envejece y muere ; y nace, crece y muere adherido al mismo sitio y ocupando siempre el mismo punto del espacio. Las plantas ni sienten ni se mueven.

El animal goza de un grado de vida más elevado : nace, crece, se reproduce, se envejece y muere. Está dotado de movimiento y de sensibilidad : no es sólo una máquina, que anda y que siente, no : hay en el bruto un principio de vida, que la Escritura llama *Animam viventem*, Alma que vive.

La manifestación de la vida animal ¿ cómo principió en el globo ? ¿ Cuándo principió ? — Dió principio ó, mejor dicho, recibió su principio dentro de las aguas, y después que la vida vegetativa había aparecido y estaba desarrollada ya en nuestro planeta. — El Génesis enumera tres clases de animales : los que viven en el agua, los que viven en el aire y los que viven en la tierra. Entre éstos, cuenta los que se arrastran ó reptan sobre la superficie de ella, los jumentos ó especies de animales domésticos, las bestias terrestres y, en fin, toda clase de

---

*den fruto sobre la tierra según su especie y en los cuales se encuentre su simiente.* — Con tres voces hebreas se designa en este versículo todo el reino vegetal. **דֶּשֶׁה** (*descheh*), hierba menuda, germen ; el césped ó grama de que se cubren los prados después de la lluvia. *Βοράνην Χόρτου*, hierba de pasto, según la traducción de los Setenta : pudiera, pues, esta palabra designar las plantas criptógamas. — **עֵשֶׂב** (*hescheb*), hierba que sirve para alimento del hombre, es decir las plantas leguminosas, los cereales también ó las fanerógamas. — **עֵץ פֵּרִי** (*hets peri*), árbol de fruto, árbol que produce semilla, mediante la cual fructifica y se reproduce.

animales, sean los que fueren; pues los designa con la expresión general de *toda ánima viviente, según su especie*.

Los peces son llamados en la Vulgata *reptiles, que se mueven en las aguas*, y el texto sagrado, haciendo mención especial de los grandes animales marinos, los distingue de los peces y de los demás animales acuáticos, pues dice que las aguas produjeron otras especies de animales, que viven y se mueven en ellas.

Según esto, el fin religioso del Génesis queda perfectamente cumplido. Este fin no era otro, sino el de grabar en el ánimo de los hebreos el dogma de la creación: tres regiones presenta el globo terrestre al observador: el agua, la tierra y el aire, y en todas ellas hay animales. El historiador refiere que todos esos animales fueron criados por Dios, é indica la manera cómo fueron criados: Dios no tuvo á bien sacarlos inmediatamente de la nada: comunicó á las aguas la virtud productiva é hizo que de ellas saliesen los peces, los animales marinos y todas las clases de animales acuáticos y, además, las aves de todas especies. Los animales que viven sobre la tierra fueron producidos por élla, á la voz omnipotente del Criador.—Entre los animales hace una distinción sencillísima y obvia, á saber: cuadrúpedos de toda especie, animales domésticos, según sus especies, y reptiles ó animales, que andan arrastrándose por la tierra ó muy pegados á ella; y, para que no hubiera animalillo alguno acerca del cual la superstición idolátrica de los hebreos pudiera caer, tal vez, en el error de pensar que no había sido criado por Dios, añade el autor del relato del Génesis la expresión general, **TODO LO QUE TIENE VIDA Y ES ANIMADO**



SEA CUALQUIERA SU ESPECIE. *Omnem animam in genere suo.* ¿Qué podría quedar exceptuado?—Nada: ni el gusanillo que murmulla entre la hierba, ni el infusorio, que nada y se agita en una gota de agua!

El Génesis fija, de un modo claro y terminante, la época de la creación de los animales: dice que los peces, los cetáceos, todos los animales acuáticos y las aves fueron criados el *dia quinto*; y que todos los animales terrestres, lo fueron el *dia sexto*. Todo animal acuático y todas las especies de aves salieron del agua: todo animal terrestre fué sacado de la tierra. Las aguas y la tierra recibieron de Dios la virtud productiva, de la que, por su propia esencia, carecían naturalmente.

Según esto, los animales más antiguos son los que viven en las aguas: aparecen después las aves, y, por último, vienen los animales terrestres. — Estos son datos precisos é indudables en el Génesis: ¿qué dicen las Ciencias naturales acerca de esto?

## II

Dos Ciencias naturales, ambas de observación, á saber la Geología y la Paleontología zoológica, pudieran oponer sus descubrimientos á la narración bíblica, para contradecirla y refutarla; pero ambas no sólo no se oponen al Génesis, sino que están de acuerdo con él, “en todo lo que las dos ciencias han llegado á *demostrar como verdadero*”. En efecto, la Geología estudia los fenómenos que se refieren á la formación del globo terrestre: examina la corteza sólida ó cubierta térrea, y deduce del examen de ella la manera cómo pudo haber sido formada. La corteza terrestre no es un cuerpo sólido homo-

géneo, sino un cuerpo sólido, compuesto de otros cuerpos, también compuestos y diversos entre sí por su naturaleza. Estos cuerpos se encuentran colocados unos encima de otros, formando capas parciales ó yacimientos de espesor variado que se llaman, en general, *rocas*, aunque sean bancos de arena, de potencia considerable. Examinadas las rocas, y sometidos al análisis químico los elementos de que están compuestas, se deduce la manera cómo han sido formadas, y se computa la edad relativa de cada una: conocida la formación y calculada la edad de cada roca, conjetura el geólogo las transformaciones que ha ido recibiendo sucesivamente la corteza sólida del globo terrestre.

En las capas más antiguas reconoce la acción del fuego, y en ellas no se descubre rastro alguno de vida, ni vegetativa ni animal. — Los restos de animales se empiezan á encontrar en las rocas de sedimento, cuya formación ha sido un resultado de la acción de las aguas: aquí viene la Paleontología zoológica en auxilio de la Geología, y determina á qué especie de animal pertenecen los restos descubiertos; y, mediante las leyes fijas é invariables de la armonía física que reina en la naturaleza, deduce, con certidumbre, el género de vida que debió tener el animal, cuyos restos se han encontrado. Sábese de esta manera si vivió en las aguas, ó en el aire: si las aguas fueron las salobres del Océano, ó las dulces de los lagos y ríos de la tierra.

Todo en la naturaleza se halla constituido y enlazado, mediante una ley de armonía sapientísima: no hay sér alguno que se encuentre aislado, y cada parte de cada sér tiene relación de dependencia necesaria no sólo con el resto de la planta ó del

animal, sino con toda la naturaleza que le rodea, y manifiesta, de un modo inequívoco, cuales han sido las condiciones de la vida, en que ha crecido y se ha desarrollado. Por esto, los fósiles ó los restos orgánicos animales y vegetales, que se descubren en las diversas capas de terreno que componen la corteza sólida del globo, sirven como de un sello, para determinar la manera de formación y la edad de cada yacimiento. Entre los datos ciertos de la Geología y de la Paleontología zoológica y las verdades enunciadas por el Génesis en punto á la creación de los animales, ¿ se encuentra alguna contradicción ? ¿ Qué es lo que han logrado *demostrar* las Ciencias ? ¿ Qué es lo que enseña el Génesis ?

Las Ciencias han demostrado que la vida vegetativa y la vida animal eran imposibles en los primeros períodos geológicos de la formación del globo ; y el Génesis enseña que la vida principió no el primero sino el tercero día de la creación : las Ciencias han descubierto, que la manifestación de la vida dió comienzo por el reino vegetal ; y el Génesis nos ha revelado, que los vegetales fueron criados antes que los animales : las Ciencias han probado, que la vida animal se manifestó en la región de las aguas, antes que en ninguna región del globo ; y lo mismo dice el Génesis : la Paleontología zoológica ha encontrado en los terrenos de sedimento, debidos á la acción de las aguas, restos fósiles y huellas de aves, antes que de cuadrúpedos y otros animales terrestres ; y el Génesis refiere que las aves fueron criadas primero que los cuadrúpedos, y añade que fueron sacadas de las aguas : en las rocas de formación terciaria y cuaternaria, que son las últimas y, por consiguiente, las más modernas, es donde se

presentan fósiles de animales terrestres; y el Génesis cuenta que los animales terrestres fueron criados el día sexto, que fué el penúltimo de la gran semana genesíaca. — En vez de contradicción encontramos, pues, mutuo acuerdo y armonía (1).

El autor de la narración del Génesis distingue dos períodos en la serie de la creación de los animales: el día quinto y el día sexto, con su tarde

(1) No creemos necesario explicar aquí lo que se entiende en Geología por era, por período, por formación, &c, &c: bastará recordar que las rocas que componen la corteza sólida del globo están divididas en dos clases: rocas cristalinas; rocas sedimentarias.

Rocas cristalinas: son las más antiguas (granitos, gneiss, schistos, conglomerados): se llaman *azoicas*, ó sin animales. En ellas no se ha encontrado fósil alguno ni vegetal ni animal: la vida en esa época geológica era naturalmente imposible.

Rocas sedimentarias: éstas se subdividen, según la serie cronológica de su formación, en los siguientes períodos ó terrenos:

Primarios, que comprenden las subdivisiones conocidas con los nombres de permiano, carbonífero, devoniano, siluriano y cambriano: las enunciaremos en un orden inverso al de su formación. El terreno primario más antiguo es el cambriano, y allí es donde se encuentran los primeros fósiles vegetales y también animales, por lo cual los terrenos primarios han recibido, en general, la denominación de *paleozoicos* ó de los animales antiguos.

Secundarios: según el orden de su mayor antigüedad, comprenden el trias, el jurásico y los cretáceos.

Terciarios: constan de los llamados eoceno, mioceno y plioceno.

Cuaternarios, ó modernos, entre los cuales se distinguen los depósitos glaciares y los depósitos diluviales. Contemporáneos, que no son sino la continuación geológica de los cuaternarios.

y su mañana respectiva, con su comienzo y su conclusión. He aquí el texto sagrado.

*Dijo también Dios: Produzcan las aguas reptil de ánima viviente, y ave que vuela sobre la tierra debajo del firmamento del cielo.*

*Y crió Dios las grandes ballenas y toda ánima que vive y se mueve que produjeron las aguas, según sus especies, y toda ave que vuela, según su género. Y vió Dios que era bueno.*

*Y los bendijo diciendo: Creced y multiplicaos y henchid las aguas de la mar: y las aves multipliquense sobre la tierra.*

*Y fué la tarde y la mañana el día quinto (1).*

Tal es la narración de lo que fué formado y recibió vida el día quinto de la creación. Las aves aparecen después que los animales acuáticos habían poblado ya y llenado las aguas de los mares.—Continuemos.

*Dijo también Dios: Produzca la tierra ánima viviente en su género, bestias, y reptiles, y animales de la tierra, según sus especies. Y fué hecho así.*

*E hizo Dios los animales de la tierra, según*

(1) Dixit etiam Deus: Poducant aquæ reptile animæ viventis, et volatile super terram sub firmamento cœli.

Creavitque Deus cete grandia, et omnem animam viventem atque motavilem, quam produxerant aquæ in species suas, et omne volatile secundum genus suum. Et vidit Deus quod esset bonum.

Benedixitque eis, dicens: Crescite et multiplicamini, et replete aquas maris: avesque multiplicentur super terram.

Et factum est vespere et mane, dies quintus.—GÉNESIS. Capítulo primero, versículos 20º, 21º, 22º y 23º.

*sus especies, y las bestias, y todo reptil de la tierra en su género. Y vió Dios que era bueno (1).*

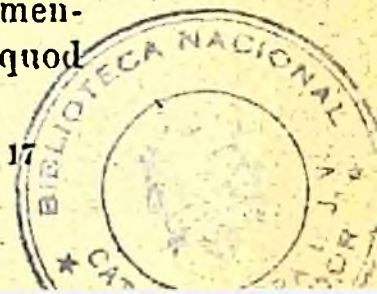
El día sexto de la creación no concluyó sino con la creación del hombre: de élla hablaremos después con la atención que la importancia del asunto reclama.

En la creación de los animales interviene de dos modos la omnipotente voluntad del Criador: interviene, dando virtud productiva á las aguas y á la tierra: interviene, dotando á las criaturas irracionales de un principio de actividad inmanente, al cual la Escritura llama *ánima viviente*. Pudo Dios sacar inmediatamente de la nada el elemento material y sensible de que se formó el cuerpo de los animales; pero no lo hizo así, sino que fué producido de las aguas y de la tierra, según la voluntad del Criador: esa *ánima viviente* ¿será, tal vez, un ser inmaterial, como lo manifiesta, entre otras, la misma facultad de sentir? Indudablemente, hay en los animales una forma sustancial, que no es un sér meramente corpóreo. ¿Qué sér es este? ¿Cuál es su naturaleza? He ahí un nuevo misterio, que permanecerá incomprendible á la mente humana!

La vida apareció por grados en el globo terrestre: primero el vegetal, después el animal, luego el hombre, tipo y coronamiento de la vida, aquí en nuestro planeta.—En el reino vegetal asomaron pri-

(1) Dixit quoque Deus: Producat terra animam viventem in genere suo, jumenta et reptilia, et bestias terræ secundum species suas. Factumque est ita.

Et fecit Deus bestias terræ juxta species suas, et jumenta et omne reptile terræ in genere suo. Et vidit Deus quod esset bonum.



---

mero las plantas menos perfectas, y, sucesivamente, las de mayor perfección; lo mismo aconteció en el reino animal.

Mas ¿qué es vida? ¿En qué consiste la esencia de la vida? — La vida es el resultado del movimiento, cuando en el ser dotado de vida hay un principio interno de acciones inmanentes. El vegetal comienza su existencia por una célula tan diminuta, que el más poderoso microscopio apenas puede descubrirla; pero ese cuerpecillo imperceptible ya está dotado de movimiento, y vive, á su manera: se multiplica á sí mismo, ahora echando de dentro hacia fuera el núcleo de otra célula, que va creciendo y se multiplica, á su vez; ahora, desdoblándose y brotando nuevas células. ¿Qué hay en una célula? — Un átomo de materia; pero un átomo que ha recibido movimiento y no está inerte: ese átomo de materia cambia de forma, y, mediante cambios incesantes, llega á su completo desarrollo, y es ¿qué? ¿El cedro del Líbano! . . . . Del mismo modo inicia su vida el animal (1).

Hay, pues, movimiento, el cual es el tránsito de un estado á otro: el punto, en que se encuentra la célula, al comenzar la vida, es el punto de partida del movimiento, el que ya no cesará jamás, porque, cuando el sér haya llegado á su perfección, dejará caer de sí una célula, pero una célula viva, una célula que comenzará con actividad el fenómeno del vivir. Ese movimiento en su origen vino de la voluntad del Criador; mas, después procede del que tiene cada célula, cuya acción va á terminar, como

---

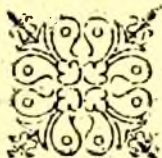
(1) CAPUS. — Del óvulo en las plantas y en los animales. (Capítulos 1º y 2º) — En francés.

---

se ha visto, fuera del mismo sér. La vida es, por tanto, un movimiento, y allí donde cese todo movimiento, allí termina la vida: la muerte perfecta sería una perpetua quietud, el estacionamiento eterno en el mismo estado, sin poder pasar á otro jamás. Ya lo ha dicho la Escritura, con la comparación del árbol, que, derribado por el hacha, yace tendido en el mismo punto donde cayó, y no muda nunca de sitio, sino que se está allí permanentemente (1).

---

(1) LIBERATORE. — Del hombre. (El compuesto humano. Capítulos acerca de la vida en general, de la vida vegetativa y de la vida animal). Volumen primero, capítulos 2º, 3º y 4º — En italiano. Las cuestiones relativas á la esencia y á la naturaleza y á los grados de la vida pertenecen propiamente á la Metafísica y no á las Ciencias naturales.



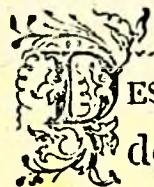


## CAPITULO SEPTIMO

## CUESTIONES BIBLICAS IMPORTANTES

Significado de la palabra *Día* en la narración de la formación del mundo. — Fundamentos para opinar que la palabra *Día* significa un largo período de tiempo. — Significado de las voces *Tarde* y *Mañana*. Una conjetura acerca del relato de la creación. — Antigüedad del mundo. — Cómputos cronológicos. — Las especies de los animales según la Zoología y según la Biblia. — Una observación importante.

## I



DESPUÉS de haber explicado el sentido literal del relato de la creación, conviene que estudiemos algunas cuestiones relativas á la interpretación de ese mismo sentido.

La primera es acerca del significado de la palabra *Día*, empleada por el autor del Génesis.

¿Cuál es el significado de la palabra *Día* en este lugar del Génesis? ¿Significa el espacio de veinticuatro horas, que tarda la Tierra en su rotación sobre sí misma? ¿Significará un período indefinido de tiempo? ¿Con qué objeto se hizo esa distribución en seis períodos de días? — He ahí algunas de las cuestiones, que están estimulando el ingenio de los Expositores del Génesis desde hace muchos siglos; aunque en nuestros tiempos, se han vuelto mucho más interesantes á consecuencia de los adelantos indisputables de las Ciencias físicas.

Nosotros opinamos que la expresión *Día*, en el relato de la creación, significa un período de tiempo indefinido, el cual la mente humana no puede ni cal-

cular ni determinar. — En el relato del Génesis debemos distinguir dos puntos sustanciales: el primero es la Creación propiamente tal; y el segundo, la Formación del Universo. — Respecto del primer punto, Moisés se limita á decir, que el Cielo y la Tierra fueron criados por Dios, es decir, sacados de la nada, en el principio de los tiempos: por Cielo y Tierra, como ya lo hemos dicho en otra parte, se entiende el Universo entero con todo cuanto hay en él, con todo cuanto existe y goza de vida: todo lo visible y lo invisible, según la expresión del Símbolo Constantinopolitano. *Visibilium omnium et invisibilium.*

En cuanto al segundo punto, Moisés narra la historia de la formación del mundo, contrayéndose, de preferencia, á describir la de la Tierra, la del globo donde habitamos.

Dios Nuestro Señor pudo sacar de la nada el Universo entero en el estado de perfección, de hermosura y de acabamiento en que lo admiramos al presente, ó en otro más excelente; pero su infinita sabiduría no tuvo á bien hacerlo así: antes le plugo disponer que el mundo fuera poco á poco adquiriendo la forma, disposición y belleza que ahora tiene.

Para esto, lo que inmediatamente hizo salir de la nada fué la materia sensible, de que después se formó el Universo; y la crió en un estado sencillísimo, en los elementos esenciales que constituyen los cuerpos. A esta materia le impuso leyes, mediante las cuales, encadenándose unas causas con otras y siguiéndose unos efectos de otros, llegara el Universo al estado de perfección que el Divino Artífice de lo criado se propuso concederle. Estas leyes son ciertas cualidades de que fueron dotados

los elementos esenciales, que constituyen la materia de que está formado el mundo. — Así, pues; si la expresión *Día* hubiera de significar en el relato genesíaco lo mismo que ahora se entiende por esa palabra, en el lenguaje ordinario y común, sería imposible una interpretación razonable de los textos sagrados, en que se describe la formación paulatina de la Tierra, en los tres días primeros.

En efecto, en esos tres días primeros no hubo Sol, porque este astro fué hecho el día cuarto. ¿Y qué es un día? ¿Cómo se constituye un día? ¿Cómo se lo mide y cuenta? — Un día natural es todo el transcurso de tiempo que hay, desde que el Sol nace en el Oriente, gira por el cielo, se oculta en el Occidente y vuelve á levantarse en el Oriente. — Día artificial, es el tiempo que pasa entre la salida y la puesta del Sol. ¿De cuál de estos días habla el Génesis? Claro es que de ninguno: no del natural, porque no estaba hecho el Sol; no del artificial, porque no había entonces ni Sol en el firmamento ni hombres en la tierra. ¿Qué días fueron, pues, los tres primeros? Fueron, indudablemente, espacios de tiempo muy dilatados: lo mismo debieron ser el cuarto, el quinto y el sexto día. El séptimo en el cual Dios descansó, según la frase significativa de la Escritura Santa, ¿sería un día natural? ¿Sería un día artificial? Si fué solamente un día natural ¿el descanso divino habrá terminado ya ó continuara todavía? — Todo bien considerado, los días genesíacos no pudieron, pues, menos de ser grandes lapsos de tiempo, cuya duración equivaldría al transcurso de muchos siglos.

Los agentes físicos, que actualmente funcionan en la naturaleza, son los mismos que han funciona-

do desde el principio de la creación, recibiendo su energía y su eficacia de la voluntad omnipotente de Dios: las leyes naturales, que Dios estableció para la conservación y régimen del Universo, no suelen dar lugar á fenómenos de transformación repentina; antes, por el contrario, producen sus efectos de una manera lenta y gradual. Luego, era necesario que las causas segundas produjeran lentamente los cambios trascendentales, que se verificaron para llegar á la constitución definitiva, que admiramos ahora en el Universo (1).

Si los agentes naturales han sido siempre los mismos, si la naturaleza de las causas segundas no fué el primer día de la creación distinta de la que tienen al presente, claro es que los efectos, por ellas producidos, no fueron instantáneos. Ahora, en ninguna parte del mundo el agua, por ejemplo, causa cambios repentinos que modifiquen totalmente la

---

(1) Fácil es conocer que nosotros en Geología somos partidarios más bien de las teorías de Lyell, que de las opiniones de Cuvier y de Elías de Beaumont: admitimos la existencia de los mismos agentes naturales en todas las épocas geológicas, pero sostenemos que éstos no han obrado siempre con la misma intensidad: la fuerza de los agentes naturales ha sido la misma, pero la intensidad de ella no ha podido menos de variar en las diversas épocas geológicas: ha habido cataclismos más ó menos formidables, pero éstos no han acabado violentamente con las diversas faunas y floras antiguas, como pensaba el insigne Cuvier; ni la formación de las montañas se ha de atribuir, como opinaba Elías de Beaumont, al empuje repentino y brusco del núcleo líquido ígneo contra las capas de la corteza terrestre. Una marcada solución de continuidad no se encuentra en la fauna zoológica fósil, sino más bien una lenta y gradual transición de un grado á otro más perfecto en la escala de la vida animal.

superficie terrestre, en una muy considerable extensión. El fuego interno, que arde todavía, á no dudarlo, en las entrañas del globo terrestre levanta los continentes, obrando con una acción lenta sobre las rocas de que está compuesta la corteza sólida de nuestro planeta: ¿cuánto tiempo no sería necesario, para que el fuego formara el granito? ¿Qué siglos no pasarían, mientras en los grandes lagos primitivos se verificaba la lenta disolución y la paulatina acumulación de los materiales que iban formando los yacimientos extensos de los terrenos acuosos sedimentarios? Cada capa de terreno exige siglos y siglos para su formación: una vez formada la corteza superior, la acción del fuego no cesaba, antes impelía hacia fuera enormes masas de granito, y, rompiendo toda la serie geológica de rocas acumuladas, formaba dilatadas, y á veces encumbradísimas cordilleras de montañas, en cuyas cimas se amontonaba la nieve, dando origen á ríos caudalosos, que se desgalgaban con ímpetu, ahondando los valles, ó se detenían entre las montañas formando lagos de agua dulce, que se comunicaban con el Océano, mezclando sus aguas con las del mar ó permaneciendo estancados, hasta que un terremoto, rompiendo los diques de ellos, los trastornaba sobre las tierras, causando cambios naturales poderosos y mudanzas asombrosas. ¿Estos fenómenos, no requieren tiempo y muy largo tiempo? — Indudablemente!

Se ha hecho un cálculo matemático muy exacto acerca de la velocidad de la luz, y, mediante ella, ha sido posible medir los espacios celestes: ahora bien; hay estrellas cuya luz no ha podido llegar hasta la tierra sino gastando muchos siglos en re-

---

correr la asombrosa distancia que separa de nuestro planeta á esos astros brillantes. Esta luz, ó tardó largos siglos en difundirse por el espacio, ó se difundió instantáneamente por todos los ámbitos del Universo: lo primero es natural; lo segundo no lo sería, y no debemos admitir derogaciones en las leyes de la naturaleza, sino cuando de esas derogaciones resultare aumento para la gloria divina. Los atributos divinos resplandecen más en aquella inconmensurable duración de tiempo, ante la cual se rinde desfallecida hasta la misma imaginación del hombre. Dos cosas hay que pasman por su grandeza: el espacio celeste, por donde ruedan los mundos; y el tiempo, que ha pasado en la formación del Universo. ¿Podrá alguien negar la inmensa grandeza de los cielos? ¿Será posible ponerla en duda siquiera?

En los yacimientos de los terrenos correspondientes á las épocas terciaria y cuaternaria, se encuentran fósiles de cuadrúpedos, cuyas especies han desaparecido ya de entre los vivientes. Esos enormes paquidermos necesitaron tiempo para vivir, crecer y propagar sus especies: debieron transcurrir siglos para que esas especies se extinguieran, pues sería no sólo absurdo, sino hasta ridículo, sostener que todos esos animales aparecieron sobre la tierra, para vivir en ella solamente unas pocas horas, y luego perecer, lo cual no está conforme con la sabiduría y bondad del Criador.

En las mandíbulas de algunos de esos gigantes prosbosídeos aparecen huellas patentes de vejez, en los encorvados colmillos y en los dientes gastados ya y casi planos, sin tubérculos ni esmalte. ¿Vivirían, acaso, esos animales tan sólo unas cuan-

tas horas y nada más? Criados en la tarde del día quinto ¿perecerían en la mañana del día sexto? . . . . Los fósiles se encuentran acumulados en gruesos bancos, y están confusos y revueltos los de unos animales con los de otros, indicando que grandes corrientes los arrastraron hasta depositarlos en los terrenos, donde ahora los encuentra la Ciencia (1). ¿Cómo se formaron esos lagos, en cuyas aguas anduvieron flotando los cadáveres de aquellos colosos de la fauna cuaternaria? ¿Qué de siglos pasaron pa-

---

(1) Son tan abundantes los fósiles de la fauna cuaternaria, que las islas llamadas *de los huesos* en el mar Glacial están formadas por una acumulación de arena, de hielo y de restos fósiles de mammut. — *La Nueva Siberia y la isla de Lachou no son en su mayor parte, dice Figuiet, más que una aglomeración de arena, hielo y dientes de elefante. En cada tempestad el mar arroja sobre la playa nuevas cantidades de defensas de Mammut.* — FIGUIET. — (La Tierra antes del diluvio. — Epoca cuaternaria). — En una quebrada del territorio de Punín en la gran meseta de Riobamba, entre otros fósiles muy curiosos, se nos mostró la mandíbula de un cuadrumano, la cual se creía que era mandíbula de hombre: á nosotros nos pareció mandíbula inferior de una especie de *Ateles* de grandes dimensiones. Este mono debió haber vivido en aquella comarca, allá en los últimos tiempos de la época terciaria y principios de la cuaternaria: veinticuatro horas, ¿bastarían para transformar en inmenso lago de agua dulce la meseta de Riobamba, para acumular la capa sedimentaria de algunos metros de espesor y para dar salida á las aguas del lago, dejando en seco otra vez toda aquella región? . . . . De aquí de las faldas del Imbabura recogió Humboldt el fósil de mastodonte, estudiado y descrito por Cuvier en su gran obra titulada *Investigaciones sobre los huesos fósiles.* ¿Podría vivir ahora el mastodonte en estas comarcas? Los cambios trascendentales verificados en ellas, ¿acontecerían de la tarde á la mañana en un día natural de sólo veinticuatro horas? . . . .

ra que se fueran acumulando sobre aquellos fósiles esas capas de sedimento? ¿Todo esto sucedería solamente en unas veinticuatro horas? . . . . O neguemos, pues, los indudables descubrimientos de la Paleontología, ó admitamos la opinión de los que interpretan la palabra Día, dándole un sentido figurado, como un período indefinido de tiempo. Esos dilatados yacimientos de hulla ¿se formarían también de la tarde á la mañana, en veinticuatro horas cabales? ¿Qué es la hulla ó carbón de piedra, sino un bosque quemado y oprimido después por una capa de rocas de sedimento? El crecer de esos árboles, el formar un bosque cerrado de algunas leguas de extensión, el incendiarse ¿no requería un siglo tras otro siglo? Las rocas que los cubren ¿se levantarían como por encanto?

En el territorio ecuatoriano tenemos algunas de las cumbres más elevadas del globo, la famosa cordillera de los Andes, que consta de dos cadenas de montañas paralelas, separadas por una dilatada meseta ó valle, que se dirige de Norte á Sur. En este sistema de montañas se observa que el granito y las demás rocas cristalinas se hallan en la cima de cerros elevadísimos, y que los terrenos de sedimento, dislocados, forman el cuerpo del cerro: capas de lava volcánica cubren inmensa extensión de terreno y sobre esas capas yacen otras de arcilla, y sobre la arcilla, la arena menuda que se asienta y acumula en el fondo de lagos de agua dulce tranquilos. Estos montes ¿se formarían en un instante? Las capas de lava contienen cantos rodados, en cuya superficie pulimentada está patente la acción lenta y prolongada de las aguas: las capas de lava suponen volcanes poderosos, y las arenas exigen lagos;



todo lo cual no pudo ser obra de unas pocas horas, sino de muchos siglos. Esos lagos, cuyo circuito debió ocupar bastantes leguas, suponen, á su vez, en los cerros una elevación mayor que la que tienen ahora, y una cantidad muy crecida de nieve, cuyo derretimiento daba pábulo al lago, comprimido entre las montañas. El aspecto del suelo ecuatorial no era muy otro del que es ahora, y las condiciones atmosféricas no eran tampoco las mismas: ¿será posible que cambios tan notables se hayan verificado en un solo día natural? Tanto fenómeno geológico, que requiere naturalmente muchos siglos para su realización, ¿se habrá verificado en pocas horas? Si esto hubiese sucedido así, el mismo Criador habría producido entonces los efectos que ahora son producidos por las causas segundas; y, ¿qué razón digna de Dios habría para semejante arreglo, (dirémoslo así), de la naturaleza? Las causas segundas ¿podían producir esos efectos? Si podían producirlos, luego la intervención directa é inmediata del Criador no fué necesaria. Si, acaso, no podían producirlos, preguntaremos: ¿Quién les había quitado su eficacia? . . . . La palabra Día, por lo mismo, en el relato del Génesis sobre la formación del mundo, no puede significar un día natural, sino un período muy largo de tiempo. Esta interpretación no ha sido condenada por la Iglesia católica, y puede sostenerse como la más conforme con el sentido literal de la Escritura, tanto más, cuanto una de las reglas de interpretación bíblica es, dar á las palabras del texto sagrado el sentido más conforme con la sana razón y la lógica: si de tomar las palabras en su significación estrictamente literal como ellas suenan, resulta una proposición absurda, debe dár-

seles otra interpretación. En un libro divino ¿ podrá haber absurdos? En un Libro, que contiene la palabra de Dios ¿ se ha de hallar cosa alguna ridícula? . . . .

## II

Procuremos ahora interpretar los términos de *Tarde y Mañana*, que emplea en su narración el autor del Génesis. Ante todo, ¿ por qué dijo *Y fué tarde y fué mañana*, y no fué mañana y fué tarde? ¿ Por qué nombró primero la tarde que la mañana? No todos los pueblos de la tierra han tenido la misma manera de contar las horas del día, y en cada nación ha prevalecido una costumbre propia: los hebreos solían comenzar el día *por la tarde*, así que se ponía el Sol: la tarde era, pues, para ellos el comienzo del día, así como la mañana era el término: decir por tanto, que en estos días genesíacos había habido tarde y mañana era lo mismo que expresar que habían sido completos.

Parece, pues, que podemos interpretar esas dos expresiones, dándoles el significado de *Principio* de una época y *Conclusión* de ella. — Comenzó una época ó un lapso de tiempo, y llegó á su término, para que le siguiera otra: hubo sucesión regular en los períodos de formación del Universo: reinó el orden, y no la confusión; y el mundo fué desarrollándose con majestuosa calma, enlazándose naturalmente las causas con sus efectos, sin trastorno ni desorden alguno. Tal es la significación de esas dos palabras: *Mañana y Tarde*.

Insistiremos aquí en una observación, que expusimos ya antes en otro lugar. — El relato que se

encuentra al principio del Génesis acerca de la creación y formación del mundo, es, á no dudarlo, una obra escrita en estilo poético, y no en estilo histórico: contiene en el fondo una verdad histórica, un hecho pasado; es exacta en la relación del suceso y de sus pormenores, pero su estilo es poético, cual convenia á un cántico religioso, á un himno histórico, á una oda sagrada. En élla no hay ficción ninguna, y se encuentran solamente unas cuantas expresiones figuradas, cuyo sentido literal es muy fácil descubrir, por el contexto de toda la composición. ¿ Por ventura, Dios habla rigurosamente, como hablamos nosotros? La sabiduría Infinita ¿ se pondría á contemplar las obras del Poder Divino, para luego ver que eran buenas? . . . . Expresiones todas muy bellas; pero, en rigor, no usadas ni áun por la misma Biblia en su admirable sencillez histórica.

Hay todavía sobre este mismo punto algo más notable que considerar. — Como ya lo hemos hecho notar antes en más de una ocasión, el objeto principal, dirémoslo mejor, el fin único de la Biblia era religioso: instruir al pueblo en los dogmas revelados, aleccionarlo y formarlo religiosamente, según la ley dada por el mismo Dios en el Sinaí. — En esa ley, en la ley llamada escrita, no todo era nuevo; antes había muchas cosas; que formaban el conjunto de la Religión natural, con dogmas revelados por Dios y con prácticas enseñadas también por el mismo Dios al primer hombre y á los Patriarcas. Entre esas prácticas una era la de la santificación de un día en cada semana, y la institución misma de la semana, compuesta de seis días de trabajo y de uno de descanso religioso: esta tradicional institu-

ción, que hacía parte del culto del verdadero Dios en la ley natural, fué renovada en la ley escrita, con su misma forma y carácter. ¿Qué debemos ver, por lo mismo, en el Génesis, sino la institución de la semana? ¿Qué, sino la determinación del día consagrado al culto de Dios y al descanso obligatorio?

Todos los hechos narrados en el relato gene-siaco de la creación y formación del Universo son verdaderos: el orden, con que sucedieron, es exacto: no hay fenómeno alguno que haya acontecido de otra manera; pero, con ser esto así, pudo muy bien el narrador inspirado distribuir su narración en siete puntos ó secciones, y decir, al fin de cada una: Cuando esta transformación de la materia criada se hubo verificado, entonces quedó concluída una faz del Universo, y fué élla la primera que presentó el mundo: primer día.

Después de ese hecho, aconteció este otro, y fué como la segunda faz ó aspecto del mundo: segundo día.

Y así hasta el sexto hecho ó sexto día; con lo cual, con esa lección sublime del trabajo del Creador en la formación del mundo, se le inculcaba al hombre la soberana ley del trabajo, y con aquel descanso del Eterno se santificaba el descanso de la criatura humana. ¿Fueron seis, en verdad, las obras de Dios? ¡Ah! El mundo es uno sólo, y las obras de Dios son innumerables; pero pueden ser distribuídas muy bien en seis grupos cabales, muy perfectos y completos; y, al distribuírlos así, obedeció el primer hombre á una inspiración inmediata de Dios, quien quiso de ese modo instituir la semana.

¿Qué es el reposo del Criador? ¿Ese reposo se ha de entender en su sentido material, así como suena la palabra? — De ninguna manera! El reposo del Criador, ¿qué es? — Es una expresión figurada, empleada con un fin religioso y puesta ahí para significar que el mundo no había recibido ya ni un nuevo toque más ni una ligera pincelada siquiera de la mano adorable del Artífice Divino.

Aventuraremos, pues, aquí, aunque no sin temor de equivocarnos, nuestra opinión acerca del modo cómo conviene interpretar la narración, que de la creación y formación del mundo hace Moisés en el capítulo primero del libro del Génesis.

Comenzamos por distinguir el hecho mismo de la creación y formación del mundo, de la narración de ese hecho, proponiendo dos cuestiones, enteramente distintas. — ¿Cómo fué criado el mundo? ¿Cómo se formó el mundo, hasta llegar al estado que tenía cuando fué criado el primer hombre? He ahí la primera cuestión.

¿Cómo ha referido Moisés la historia de la creación y formación del mundo? — He ahí la segunda cuestión.

Estudiemos la primera cuestión. — Dios, por un acto espontáneo de su libre voluntad, sacó de la nada la materia de que había de formarse el mundo: criando la materia, Dios Nuestro Señor dió origen al tiempo y constituyó el espacio real. — La materia fué criada en un estado de sencillez y de simplicidad, que casi no se puede ni imaginar: á esta materia inicial y rudimentaria le impuso leyes la Sabiduría Divina, para que, obedeciendo á ellas, fuera lenta, paulatina y ordenadamente transformándose y pasando de un aspecto á otro. El movimiento fué

comunicado á la materia inmediatamente por Dios mismo.

En virtud de las leyes impuestas á la materia inicial por la Sabiduría Infinita, la materia ha ido transformándose y reproduciendo, ó, mejor diremos, realizando en el tiempo los designios que tuvo el Criador al sacarla de la nada. En la mente de Dios existe el plan de la creación: las ideas de Dios se realizan en el tiempo. Quiero que el Universo sea, dice Dios: y el Universo es; y es tal, como Dios lo ha ideado desde toda eternidad. — Inútil sería advertir aquí cuán inadecuado es el lenguaje humano para expresar los misterios inefables de la Esencia Divina.

Esa materia, sacada por Dios de la nada, ha ido transformándose poco á poco, hasta constituir el Universo, tal cual ahora existe. — En cuanto á la tierra; la porción determinada de la materia inicial, que sirvió para formar nuestro globo terrestre, el planeta donde habitamos, ha ido pasando sucesivamente de un estado á otro, hasta llegar á adquirir la forma, el estado y aspecto que ahora tiene: como nuestro planeta no es el único cuerpo que constituye el Universo; antes bien, como hace parte de la creación material y está ligado con todos los demás cuerpos que componen el Universo, los fenómenos físicos que se verifican en la tierra son el resultado de las leyes generales con que es regido el Universo, en el cual ningún cuerpo está aislado, sino que todos dependen unos de otros.

En esta lenta y progresiva transformación de la tierra han transcurrido siglos y siglos, sin que le sea posible á la mente humana ni medir la duración ni calcular el número de ellos.

En la creación del mundo hay dos actos criadores: aquel primero, por el cual la materia fué sacada de la nada; y el segundo, mediante el cual la Omnipotencia divina hizo comenzar á aparecer la vida sobre nuestro planeta.

Pasemos á la segunda cuestión.

Como el hecho de la creación y formación del mundo fué anterior á la aparición del hombre sobre la tierra, es claro que el hombre no ha podido saber sino por revelación divina la manera cómo fué formándose y constituyéndose el mundo. Dios mismo reveló, pues, á Adán, el primer hombre, el modo cómo se fué formando el mundo. Mas ¿cuál sería el camino, por donde Dios hizo conocer al primer hombre la manera cómo fué formado el mundo? . . . . Dios tuvo para eso medios innumerables: ¿cuál de esos medios innumerables eligió la Sabiduría Infinita? — Opinamos que fué elegido el medio de la visión imaginativa. — Sumida en éxtasis sobrenatural el alma de Adán, contempló nuestro primer padre la creación y formación del mundo, que le fueron reveladas, mediante visiones imaginativas. Vió . . . . ¿qué vió? . . . . ¿Qué contempló? . . . . Vió la nada, oscura, muda, tranquila, pavorosa: del seno de ese como abismo tenebroso brotó la materia primordial, que lo hinchó y llenó todo: la materia inicial era sutil, tenue, impalpable, sin color, sin forma alguna; en quietud profunda: luego, de repente, comenzó á moverse y como á rasgarse en pedazos ó girones, que seguían moviéndose en torbellino. *El Espíritu de Dios iba y venía sobre las aguas.* — Todo continuaba en la oscuridad, cuando Adán oyó la voz del Criador, que mandaba que brillara la luz; y, al punto, la luz brilló.

---

Tal fué el primer cuadro de la revelación imaginativa.

La claridad difundida en el espacio hizo contemplar á Adán la división entre la luz y las tinieblas: vió, como delante de sí, un grupo de materia informe: una parte se levantaba y separaba, alzándose hacia arriba; y, dilatándose y esparciéndose en lo alto, constituía la bóveda celeste: la otra parte, cual si fuese más densa, más pesada, se asentaba abajo, quedando así divididas las dos partes por un espacio marcado entre ellas ó firmamento. Este fué el segundo cuadro de la visión imaginativa: el cielo aparecía constituido, es decir, la atmósfera y los espacios sublunares.

En la tierra vió luego Adán verificarse la distribución de lugar entre las aguas y el elemento seco: contempló agruparse las aguas y congregarse en un punto ó sitio determinado: el Océano apareció á su vista: los continentes estaban separados. Era el tercer cuadro de la visión imaginativa: sobre la faz árida de los continentes estaba viendo Adán brotar las plantas: la tierra se hermozeaba con la vegetación: la vida aparecía sobre nuestro planeta.

La visión se iba presentando cada vez más clara, más distinta: Adán contempla un espectáculo nuevo: ve al Sol aparecer en el Oriente: el mundo ha recibido una transformación espléndida: las tinieblas alternan con la luz; se deja ver la Luna, y las estrellas brillan en el firmamento. El cuadro, que en cuarto lugar contempla Adán en su visión imaginativa, es magnífico: el mundo se le presenta, clara y distintamente, como lo ha contemplado con sus ojos corporales.

Luego ve cómo se puebla de animales: prime-



ro bullen las aguas en peces, en reptiles y en monstruos marinos de diversas especies; las aves hien den el aire y surcan volando la atmósfera: luego las bestias de la tierra discurren por los campos.— Son los cuadros quinto y sexto de la visión ó revelación imaginativa.

Vuelto Adán de su éxtasis sobrenatural, y conservando el recuerdo de lo que había contemplado, llena el alma de santa admiración y palpitándole el pecho con religioso entusiasmo, canta la historia de la creación y formación del mundo, recordando uno por uno los cuadros ó escenas, que sucesivamente había contemplado: de ahí esas expresiones magníficas, de ahí ese movimiento dramático en la narración, de ahí esas locuciones figuradas, para expresar con viveza el ejercicio de los atributos divinos en la obra de la creación y formación del mundo. Dios habla, Dios contempla sus obras, Dios se regocija en ellas, Dios descansa! . . . .

No es, pues, Moisés el primer autor de la historia de la creación y formación del mundo: esa página pertenece al padre del linaje humano; y fué indudablemente con toda religiosidad conservada por la tradición en las familias de los Patriarcas, progenitores del pueblo escogido. Contiene un hecho histórico y es de una verdad rigurosa en la sustancia: la serie de las transformaciones, que precedieron á la aparición del hombre sobre la tierra, se verificaron en el orden con que están referidas en el Génesis.

Sin embargo, sería hasta absurdo buscar en la narración bíblica una conformidad exacta con todos los más minuciosos pormenores descubiertos por las ciencias naturales: la Biblia no tiene un

propósito científico : su fin es puramente religioso, y basta que haya conformidad en las líneas ó rasgos principales, aunque no la haya en las circunstancias secundarias. — La revelación sobrenatural está patente en aquella circunstancia de haber puesto la formación de los astros después de la creación del reino vegetal; pues, ó el autor de la narración genesíaca supo aquel hecho por revelación sobrenatural, ó poseyó una ciencia de mera observación, tan adelantada como la de los sabios del siglo décimo nono, cosa imposible humanamente. Opinamos, pues, que las palabras *Día*, *Mañana* y *Tarde* son figuradas, y no se han de entender en una significación estrictamente literal : en toda la narración predomina el estilo poético, y en el lenguaje abundan las expresiones metafóricas. — Si el hebreo no fué la lengua primitiva, es indudable que el relato de la creación, vertido al hebreo, conservó el sello y carácter de su primitivo idioma original.

### III

Otra cuestión no diremos importante, sino ingeniosa ha suscitado la Zoología moderna, y no podemos dejar de estudiarla en este lugar. — En el Génesis se enseña una verdad dogmática sobre la existencia de los animales, á saber : que todo cuanto animal existe actualmente ó ha existido en cualquiera otro tiempo, ha sido criado por Dios : esta es la enseñanza clara y terminante del Legislador de los hebreos en el Génesis. — Además el mismo Legislador enseña otras dos verdades, íntimamente enlazadas con la primera, y son — que en los animales hay especies distintas, desde su mismo origen

ó creación, y que esas especies fueron obra del Criador. No sacó, pues, de la nada el Señor una sola especie de animales; ni las especies que ahora existen son modificaciones de esa única especie primitiva y original. — El hombre puede llevar á cabo, por medio de arbitrios y de industrias, trabajando con ahinco y constancia, modificaciones considerables en los animales, sobre todo en los domésticos: puede formar razas y perpetuarlas, bajo su vigilancia; pero de aquí no es lícito deducir, que la naturaleza tenga poder para transformar las especies.

Sin embargo, conviene notar muy mucho que no se ha de confundir jamás á la Biblia con los libros científicos, por excelentes que sean: tampoco se ha de atrever nadie á buscar en la Escritura un sistema de Zoología ni de ninguna otra ciencia humana. Así, la palabra *especie*, cuando se refiere á los animales se ha de entender en el sentido que dan á esa palabra todos los hombres, guiados por el criterio del sentido común; y no la que le atribuyen los naturalistas, según el diverso punto de vista desde donde cada uno de ellos considera el reino animal. ¿No discernen todos los hombres las diferencias que hay en los animales? ¿Quién no distingue una paloma de una águila? Un toro, de un caballo? Un mosquito, de una serpiente? . . . . Son, pues, de especies diferentes todos aquellos animales, que en su estado perfecto, poseen cualidades naturales permanentes, por las cuales el sentido común distingue un animal de otro. — El sentido común es en este asunto el criterio de verdad, mediante el cual unas especies se discernen de otras.

También enseña la Escritura que por voluntad

---

del Criador la tierra recibió la virtud de producir animales, según sus géneros, ó, lo que es lo mismo, toda clase de animales terrestres. Lo que decimos de la tierra se ha de entender también del agua. — Mediante esta virtud productiva, que la tierra recibió el quinto y sexto día de la creación, la Providencia ha poblado de animales todos los puntos del globo, haciendo que, en cada lugar y bajo cada clima, vivieran aquellas especies de animales, cuya constitución fisiológica estuviese adaptada á las condiciones de vida de cada sitio, y de cada clima, en cada una de las mudanzas geológicas sufridas por nuestro planeta. Fué, pues, aquella virtud productiva no una eficacia ciega, dirémoslo así, sino una fecundidad inteligente, por la que la tierra no produjo nunca una especie fuera del lugar apropiado para sus condiciones de vida. — De esta manera se explica cómo en cada isla, en cada continente, en cada zona hay ciertos y determinados animales y no otros, constituyendo así un grupo característico, llamado Fauna (1). ¿Será posible confundir la

---

(1) Hay diversidad de pareceres entre los naturalistas respecto del número de Faunas del globo, y esta diversidad proviene del mayor ó menor número de comarcas, en que cada uno considera dividida y subdividida cada región zoológica. — Algunos, como Wallace, admiten seis grandes regiones zoológicas; y otros, como Priem, reconocen hasta ocho, á saber: Paleártica, Neártica, Oriental, Etiópica, Neotropical, Australiana, Polar ártica y Polar antártica.

La Fauna neotropical comprende no sólo toda la América Meridional, sino también Méjico, las Antillas y la América Central. — En esta región zoológica se pudiera hacer una sub-región de sólo el Archipiélago de Colón ó, antes, de los Galápagos; pues, según Baur, cada isla posee especies ó si quiera variedades peculiares de animales. — Las aves están

Fauna de América con la Fauna del Asia? La de Oceanía con la de Europa?

Los naturalistas han inventado sistemas ingeniosos para estudiar el reino animal y el reino vegetal, distribuyendo cada reino en géneros, especies y familias; pero, bien observada la naturaleza, es necesario reconocer que, por sagaces que sean las clasificaciones científicas, es imposible marcar con precisión el límite que separa á un reino de otro; pues en las especies de escala inferior la planta y el animal casi no se distinguen: hay seres, que así pueden ser clasificados en el reino animal, como en el vegetal. ¿En qué está la diferencia del animal y de la planta? — La ciencia no alcanza á señalarlo con precisión en los seres que ocupan el último grado inferior en la escala zoológica y en la botánica: tan cierto es que, en la naturaleza hay secretos indiscifrables para las ciencias.

Así como, con el telescopio, la vista se ha hundido en los abismos del espacio, y allí ha sorprendido á la materia transformando el polvo cósmico en nebulosas y las nebulosas en mundos planetarios; así también mediante el microscopio, ha logrado el hombre levantar el velo de la naturaleza y presenciar estupefacto los primeros síntomas de la vida en la célula, que será un día un sér perfec-

---

representadas por Paséridos, de los cuales hay dos géneros el *Nesomimus* y el *Certhidia*: pues bien, este género *Certhidia* tiene tres especies, la *Certhidia olivacea*, que habita en las islas centrales; la *Certhidia fusca*, propia de las islas del norte, y la *Certhidia cinerascens*, exclusiva de la isla llamada Hood. — Los *Amblyrryncus*, únicos saurios de costumbres acuáticas, son también exclusivos del mismo Archipiélago.

to en el reino animal ó en el vegetal ; pero ese principio maravilloso de actividad inmanente, ¿ de dónde le viene al animal ? ¿ De dónde lo recibe el vegetal ? ¿ Lo tendrá en sí mismo ? ¿ Se le habrá comunicado de fuera ? — Ese principio proviene de la fecundidad de que el Criador hizo un perpetuo don á la naturaleza, cuando comunicó á los animales el poder de conservar su especie, reproduciéndose en series inagotables sobre la tierra. — La vida, pues, y el movimiento no se pueden ni explicar ni concebir sin la voluntad omnipotente del Criador ; y esta verdad, que la sana Filosofía demuestra plenamente, el Génesis la confirma con el admirable relato de la creación y formación del mundo.

#### IV

La última cuestión que debemos tratar aquí es la relativa á la antigüedad del mundo.

¿ Qué enseña la Biblia respecto á la antigüedad del mundo ? ¿ Cuántos siglos de duración le señala ? ¿ Cuántos millares de años asegura que tiene de edad el mundo ? — La Biblia acerca de la antigüedad del mundo no dice nada, ni enseña nada. ¿ No enseña nada sobre esta cuestión ? — Sí : la Biblia no enseña nada, no dice una palabra en punto á la cuestión de la antigüedad del mundo !! . . . .

Las objeciones que se hacen contra la Escritura Santa se fundan muchas veces en un motivo imaginario, en una razón que no existe, pues se atribuye á la Biblia una cosa que, ó no se encuentra en la Biblia, ó, si se encuentra en ella, tiene un sentido muy distinto de aquel que se le da gratuitamente al Escritor Sagrado. Así ha sucedido con la cuestión

sobre la antigüedad del mundo : en la Biblia no se halla nada relativo á este punto, y se ha confundido el cómputo cronológico acerca de la antigüedad del linaje humano, con lo relativo á la antigüedad del mundo : cosas enteramente distintas. — En efecto, una es la duración del mundo, y otra la antigüedad del linaje humano, que descende de Adán.

‘Todavía hay sobre este punto una verdad mucho más notable. ¿Cuál será esa verdad? — Esa verdad es que ni aún en punto á la antigüedad del linaje humano, ha dicho cosa alguna definitiva la Biblia : nada hay, por lo mismo, qué censurar en la Biblia bajo este respecto. Si la Biblia hubiese señalado de una manera fija al mundo ó al linaje humano un número determinado de años, y las Ciencias naturales hubiesen demostrado que el mundo contaba de antigüedad un número de años distinto del que le daba la Biblia, entonces habría habido discordancia entre las enseñanzas de la Biblia y los datos positivos de la Ciencia. Pero lo cierto es, que ni la Biblia ni las Ciencias naturales han definido este punto, y la Iglesia católica lo ha dejado á la libre opinión de los doctos.

Queda, pues, á las Ciencias naturales toda libertad para calcular cuál sea ó cuál pueda ser la probable antigüedad del mundo : por muchos que sean los millares de años que le quieran conceder al mundo, todos cabrán dentro de la holgada libertad de que les es lícito gozar á los doctos, bajo ese respecto en la Iglesia católica. ¿Cuál es el punto dogmático relativamente á la antigüedad del mundo? — Ninguno. ¿Cuál es la enseñanza ortodoxa doctrinal acerca de ese punto?—Ninguna. Lo único que debe confesar todo católico, como una verdad

---

de fe, es que el mundo fué por Dios sacado de la nada.

Pero ¿ cuánto tiempo ha transcurrido desde el instante en que el mundo fué sacado de la nada hasta ahora ? — Eso es imposible saber : las Ciencias podrán conjeturarlo.

Resolvamos aquí una objeción. — La Iglesia Romana en su Martirologio, el día 25 de Diciembre, dice expresamente, que desde la Creación del mundo hasta el año en que nació Nuestro Señor Jesucristo transcurrieron cinco mil ciento noventa y nueve años : luego en el catolicismo hay sobre la antigüedad del mundo una doctrina fija y terminante.

Esta objeción es fuerte en apariencia, pero en el fondo no tiene fuerza ninguna. — En efecto, la sagrada Liturgia es una autoridad infalible en puntos relacionados con el dogma y con la moral de la Religión ; pero, en lo que atañe á cuestiones puramente científicas, la Iglesia Romana suele adoptar en su Liturgia las opiniones que son más generalmente admitidas por los sabios. — Aquel cálculo del Martirologio no significa, pues, otra cosa sino que, cuando se redactó aquella lección, seguían los sabios de más nota la Cronología griega de la Versión de los Setenta, y no el cómputo hebraico de la Sinagoga sobre la edad del mundo : en cuanto á mera Cronología, nada ha definido la Iglesia católica, y son muchas las opiniones sostenidas por los doctos, sin que á ninguna de ellas la haya declarado doctrinal la Iglesia, proscribiendo á las demás.

La Ciencia ¿ podrá determinar, con precisión la edad del mundo ? — No : no lo puede. ¿ Cómo puede, pues, haber discordancia sobre un punto, que ni la Biblia ni la Ciencia han determinado ? — Opi-



~~~~~

namos que el mundo cuenta de existencia millones de años : en esa abrumadora suma de siglos sobre siglos, ¿ no resplandece la majestad adorable del Eterno ? Tan miserables somos, que hasta esa como débil vislumbre de la eternidad nos aterra y nos conturba.

Nuestro Sol, este astro espléndido y maravilloso, esa inmensa hoguera de luz y de calor que tanto nos admira, es una de las estrellas del cielo, y no de las mayores : una estrella de segunda magnitud, y nada más ! En los cielos hay estrellas de diversas magnitudes, y el número de las estrellas que se alcanza á percibir con la simple vista, y el de las que se descubren con el telescopio es asombroso : ¿ quién puede contarlas ? ¿ Qué millones de estrellas no habrá en esas nebulosas compuestas, al parecer, de un polvo menudo luminoso, pero polvo, cuyos átomos son otros tantos soles de diversas magnitudes ? y esos soles serán, acaso, centros de mundos ó sistemas planetarios, y habrá en torno de ellos planetas, y, en derredor de los planetas, lunas ó satélites. ¿ Cuántos serán esos soles ? ¿ Quién contará el número de esos planetas ? ¿ Quién sabrá decir cuán grande es el cortejo de esos satélites ? Y esos soles y esos planetas y esos satélites y esas nebulosas se mueven, giran y vuelan por los cielos en vertiginosa rapidez : ninguno está quieto, ninguno yace en reposo : medid la extensión del espacio, por donde se verifican esos movimientos !!!

.. Dos cosas hay en el Universo mundo, admirables sobre toda ponderación : la extensión del espacio, y la duración del tiempo. Lo que se oculta á las miradas del hombre, no se esconde á su inteli-

gencia ; y, por ella, el hombre es la obra más admirable del Criador.

Haremos una declaración, que es muy necesaria. — Entre las hipótesis acerca de la formación del mundo hemos preferido la de Laplace, con las modificaciones hechas en ella por Faye, porque es la que tiene más fundamentos científicos, que le comunican un grado considerable de verosimilitud : lo más selecto, lo más fundado de la Ciencia era lo único que podíamos comparar con la Biblia sin faltar á la reverencia que debemos al Libro Sagrado. Contra ponerle teorías sin fundamento científico habría sido un sacrilegio. Ahora bien ; lo mejor fundado de las Ciencias, en vez de contradecir al relato del Génesis, sirve para interpretarlo con claridad, y sin ninguna violencia. ¿ Dónde está, pues, la tan ponderada contradicción entre la Biblia y la Ciencia ? — Esa contradicción no sólo no existe, sino que es absolutamente imposible.

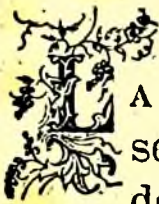


CAPITULO OCTAVO

CREACIÓN DEL HOMBRE

Verdades relativas al hombre enseñadas por el Génesis. — La unidad de la especie humana. — Pruebas de esa unidad. — Antigüedad del hombre sobre la tierra. — Las edades prehistóricas. — El relato del Génesis acerca de la creación del hombre. — Ministerio de la Ciencia. — La Revelación.

I



LA narración de las obras, que Dios hizo el día sexto, concluye con la historia de la creación del hombre. — Los animales terrestres y el hombre fueron criados, según el Génesis, el mismo día, ó en el mismo período de la formación del mundo, el cual había llegado ya á aquel grado de desarrollo físico, en que podía ser adecuado para la vida y conservación de la especie humana.

Respecto del hombre, la Biblia nos enseña : Primero : — Que es un sér compuesto de dos sustancias, la una material y la otra espiritual. — La material es el cuerpo, y la espiritual es el alma.

Segundo : — Que el cuerpo fué formado por Dios, antes que el alma fuese criada : aquel fué hecho del barro de la tierra ; esta fué sacada de la nada.

Tercero : — Dios crió un solo hombre y una sola mujer : ambos fueron criados perfectos ó en condiciones de edad adulta.

Cuarto : Dios ha hecho que de este solo hombre y de esta sola mujer, como de una fuente de vi-

da, nazcan y se propaguen todos los individuos, que en todo tiempo y lugar han constituido y constituirán el linaje humano.

Otras muchas verdades enseña la Escritura acerca del fin sobrenatural del hombre, de la condición en que fué criado, del estado de inocencia, de su caída original, del castigo que por ella mereció y de la promesa del Redentor, que había de salvar al linaje humano; pero todas estas verdades tienen poca, ó, acaso, ninguna conexión con las Ciencias naturales, cuyo medio de investigación es la experiencia práctica del mundo físico.—Los cuatro puntos enumerados arriba son, pues, los únicos, en que la Biblia y las Ciencias naturales se ponen frente á frente.

De estos cuatro puntos el más importante es el relativo á la unidad de la especie humana.

En el linaje humano hay variedades ó razas, pero no especies distintas: la especie es una sola. Esta verdad es de tanta importancia en el orden religioso, que sobre élla descansa uno de los dogmas fundamentales del Cristianismo, el del pecado original. Si todos los hombres no fueran hijos de un solo hombre, ¿cómo habrían pecado todos, pecando el primer hombre, cabeza y padre del linaje humano? — Negar, por tanto, esta verdad sería negar todo el dogma revelado.

Las diferencias que existen entre las razas humanas son meramente accidentales, y no esenciales: consisten en modificaciones en el color de la piel y en los contornos, que forman el dibujo, por decirlo así, del cuerpo humano. La piel, negra, blanca, ó amarilla: la cabeza más ó menos esférica: la cara más ó menos ovalada: en el rostro, la nariz de una



forma más ó menos chata, los pómulos salientes ó asentados; el ángulo facial más ó menos agudo: el cabello sedoso ó liso; fino, tieso y de un color ú otro: he aquí las particularidades, que varían y modifican la especie humana. — Pero, estudiemos el cuerpo del hombre; estudiemos, sobre todo, su alma, ¿y qué descubriremos? ¿Encontraremos modificaciones sustanciales?

¿En el cuerpo? — Perfecto, completo é idéntico en todas las razas: ni un miembro, ni una arteria, ni una fibra más: todo lo mismo. El mismo sistema nervioso, el mismo sistema digestivo: los mismos elementos componentes en la sangre; la misma economía fisiológica. — Igual identidad en la ley de la vida: generación, gestación, crecimiento, vejez, muerte: todo idéntico. La naturaleza corpórea es, por lo mismo, una prueba indudable de la unidad de la especie humana.

Todavía lo es más la naturaleza espiritual. — Las mismas facultades del alma, las mismas pasiones, los mismos apetitos: idéntico el desenvolvimiento intelectual. Las mismas inclinaciones, y las mismas tendencias: la identidad psicológica es asombrosa en todas las razas.

Los individuos de las unas pueden engendrar seres idénticos á sus padres, uniéndose con individuos de las otras; y los hijos que de estas uniones resultan son igualmente fecundos. — El testimonio de la experiencia es irrefutable.

¿Qué deponen, pues, las Ciencias naturales respecto de la unidad de la especie humana? — La Anatomía, la Fisiología, la Patología y la Psicología descubren y demuestran esa unidad. ¿Qué sería de la Medicina, si esa ciencia no estuviera ba-

sada en el reconocimiento implícito de la unidad de la especie humana ?

Las modificaciones provienen de la influencia del clima, de los alimentos, del género de vida y de las condiciones geográficas del sitio en que mora el hombre. Estas influencias son más activas y poderosas en la niñez, y además se transmiten de una generación á otra, hasta constituir rasgos característicos é indelebles. — Cada raza ha tenido una localidad especial, donde ha habitado : hay, pues, un solar para cada raza. — Ahora bien : estas razas no pudieron menos de principiar por una familia ó cuando más por unas cuantas familias, de las cuales se irían propagando con el transcurso del tiempo : ¿ conocemos cuáles serían las condiciones primeras del suelo y del aire y de la vida á que hubieron de someterse las familias, conforme se alejaban del centro del Asia, emigrando á otros lugares ? — La raza negra es la más notable por las diferencias que presenta, comparada con la blanca, la cual es el tipo primitivo de la especie humana : el hogar de la raza negra está en el Africa, y no en todo el continente africano, sino en la zona tórrida solamente. ¿Cuál era la condición climatológica de esa parte del Africa cuando aportó á ella la primera familia humana ? ¿Qué comodidades tuvo para la vida ? — Digamos mejor ¿qué molestias é incomodidades no le rodearían ? Un largo viaje de inmigración, por climas distintos, influyó, sin duda, poderosamente en las familias ¿y no estarían sujetas á enfermedades ? ¿Y en naturalezas enfermas, no influyen más eficazmente los agentes físicos ? — Si pudiéramos determinar en qué tiempo comenzó á poblarse cada comarca y cuál era la

condición geológica, atmosférica y biológica de ella, sería fácil explicar cómo sucedieron las modificaciones, con que, al presente, se distinguen unas de otras las razas humanas. Faltan, pues, ahora á la Ciencia datos para resolver este problema: vemos los efectos y conjeturamos las causas: he ahí todo nuestro saber.

Si en el linaje humano se encuentran razas diferentes; si la especie humana no es más que una, se sigue lógicamente uno de estos dos extremos: ó Dios no ha criado más que una sola especie humana, ó ha criado varias, tan idénticas unas á otras, que parecen solamente una. ¿Cuál de estos dos extremos será el verdadero? Esto no puede saberlo sino el mismo Criador: ¿y qué ha revelado el Criador, sino que la especie humana es una sola?

Entre las razas humanas solamente la raza blanca tiene historia, porque ella es la más inteligente, la más culta, la más civilizada; las otras no tienen sino tradiciones. — Una de esas tradiciones, comunes á todas las razas, es la de la caída original y la pérdida culpable de un estado primitivo de inocencia y de felicidad, que cada nación lo imagina á su modo. En esta tradición ¿no encontraremos una prueba de la unidad de la especie humana?

La estructura íntima del lenguaje humano es otra de esas pruebas, y, por cierto, una de las más admirables. — En la variedad asombrosa de idiomas se encuentra identidad completa en la estructura del lenguaje, porque así las lenguas cultas como las salvajes, tanto las analíticas como las sintéticas, constan de los mismos elementos esenciales, y en la expresión del pensamiento obedecen á una ley única, fundada en la esencia del alma humana.

Mas ¿qué dificultad física se podría oponer con fundamento al hecho bíblico del origen único de la especie humana? — El monogenismo bíblico, ó el hecho de que todo el linaje humano desciende de una sola pareja, no tiene en contra suya más que hipótesis insostenibles. — Una imposibilidad física sería la única razón que podría oponerse á la Biblia; pero esa imposibilidad sería gratuita: ¿de dónde provendría? ¿Provendría del mismo linaje humano? ¿Provendría de la tierra? En vano buscaríamos de dónde provendría esa dificultad, porque no hay de donde provenga.

Los poligenistas, ó los que opinan que han sido varios los orígenes del linaje humano, aducen en su apoyo la diversidad de la especie humana, cosa que se opone á los datos uniformes de las Ciencias físicas; también alegan la imposibilidad de explicar de qué modo han podido poblarse los continentes, que se hallan separados unos de otros. Pero ¿de que no se pueda explicar una cosa, se deduce que no se haya verificado? Si ahora no se puede explicar un hecho histórico, ¿se seguirá de ahí que, en adelante, no pueda ser explicado satisfactoriamente?

El Génesis refiere un hecho, necesariamente conexionado con la cuestión de la unidad de la especie humana; ese hecho es el haberse poblado la tierra con los descendientes de tres familias, la de Sem, la de Cam y la de Jafet, hijos de Noé, el segundo progenitor del linaje humano. De tres familias, en tantos centenares de años, ¿no habrá podido poblarse toda la redondez de la tierra? Véase con cuánta rapidez se han poblado, en poco tiempo, por la raza blanca la América y la Oceanía, y cal-

cúlese cuán posible no sería el que todo el mundo fuese poblado por los descendientes de las tres familias noemíticas. Reconocida la posibilidad, confesemos la realidad del hecho narrado en el Génesis, contra el cual ninguna Ciencia tiene argumentos sólidos que oponer.

II .

Pero ¿ cuánta es la antigüedad del hombre sobre la tierra, para que de los descendientes de sólo tres familias haya podido poblarse toda ? He aquí otra cuestión, que, al presente, ocupa de preferencia á los naturalistas y antropólogos.

Hemos dicho que la cronología bíblica no es asunto dogmático, y que la Iglesia católica nada ha definido acerca de élla ; sin embargo, tratándose de la antigüedad del linaje humano, y reconocida la unidad de la especie humana, es necesario tener presentes los datos, que, respecto de la duración de la vida de los Patriarcas, nos ofrece el Génesis, para resolver, con acierto, la cuestión de la antigüedad del hombre sobre la tierra. — Fluctúa, pues, la antigüedad del hombre entre cuatro mil y seis mil años, según los dos cómputos cronológicos, el hebraico de la Sinagoga, y el griego de los Setenta ; y á nadie le es lícito negar ni poner en duda la realidad de esos cómputos, porque se han hecho con los datos, que fija la misma Biblia. Prescindiendo de la divinidad de ésta, bastaría su autoridad puramente histórica para contener la imaginación y no acumular edades sobre edades, á fin de dar al hombre una antigüedad de millones de siglos. Cuando el Génesis dice, por ejemplo, que

Adán vivió novecientos treinta años, ¿ no es verdad que fija de un modo terminante una fecha determinada? ¿ Será lícito dudar de la exactitud de ese dato cronológico, puntualizado por la Biblia? Tampoco podemos dudar de la exactitud de las edades asignadas á todos los demás Patriarcas anteriores al Diluvio, sin cometer una falta de respeto y de acatamiento á la veracidad del Libro Sagrado.

No obstante, como no hay mucha precisión en fijar la época del nacimiento de los hijos de los Patriarcas, y como la Biblia acostumbra en toda narración de tiempo expresar siempre un número redondo de años, es claro que no puede calcularse con exactitud matemática el tiempo que cuenta de existencia sobre la tierra el linaje humano.

Para mayor esclarecimiento de lo que acabamos de decir, añadiremos que, en la serie cronológica de los Patriarcas antediluvianos y en la enumeración de los progenitores de Abraham se han omitido algunos personajes, cuyas edades, por lo mismo, no se han tomado en cuenta para el cómputo cronológico de los años anteriores al Diluvio, y de los que transcurrieron desde aquel suceso hasta la vocación del Padre de los creyentes. Lo mismo se observa en la genealogía, que del Redentor traza San Mateo en su Evangelio: omite el Santo Evangelista algunos individuos, siguiendo la costumbre de la Escritura. Siendo esto así: ¿ cómo podrá haber un cómputo preciso de años en la Biblia? ¿ Dónde está la cronología bíblica dogmática? En la Biblia no se suman los años; se sigue solamente el orden de los sucesos y de los personajes más notables, por esto el cómputo cronológico fluctúa entre dos extremos, el de cuatro mil y el de seis mil años.

¿Sería, talvez, aventurado el admitir ocho mil años de antigüedad para el hombre, desde Adán hasta Jesucristo? Algunos expositores modernos se inclinan á aceptar ese número de años como muy probable.

Muy necesaria es en este lugar una aclaración. Hay tres cuestiones distintas acerca de la antigüedad del mundo y del hombre: Primera: ¿cuánto tiempo transcurrió desde que Dios crió la materia informe, hasta que fué puesto el hombre sobre la tierra? — Segunda: ¿cuánto tiempo ha transcurrido desde que el hombre fué criado por Dios hasta ahora? — Tercera: la formación del Universo y la creación del hombre son cosas distintas: ¿podrá confundirse la antigüedad de la una con la antigüedad de la otra? — Casi todos los antiguos expositores católicos han confundido la antigüedad del mundo con la antigüedad del hombre; pero ahora los modernos, con mejor acuerdo, distinguen la una antigüedad de la otra, y es lo que todo apologista católico debe hacer, para desembarazarse de las objeciones de los naturalistas, que se apoyan en esa confusión (1).

(1) Nos es preciso, tratándose de la antigüedad del hombre, responder á una objeción, que, hace algunos años, se nos hizo, con bastante acrimonia, cuando publicamos el Tomo primero de nuestra HISTORIA GENERAL DEL ECUADOR: entonces se escribió: "que habíamos errado, diciendo que la Paleontología humana era ciencia que no podía ser calificada como ciencia", porque la Paleontología humana existía y era reconocida como ciencia por los sabios. — Tal fué la objeción: se citaron no pocos nombres de naturalistas, para probar cuán errados estábamos nosotros.

Quien dice Paleontología humana reconoce la existencia

Debemos distinguir también la cuestión de la antigüedad del hombre en Europa, en Africa y en América, de la cuestión de la antigüedad del hombre en general. — Si la cuna del linaje humano estuvo en el centro del Asia, las otras partes del mundo no pudieron menos de ser pobladas poco á poco; y de las señales de antigüedad que se encuentren en alguna comarca de Europa, de Africa ó de América no se han de deducir consecuencias generales y demasiado absolutas.

Pero ¿no merecerán la atención del sabio los testimonios que del *hombre - fósil* se han encontrado en diversas partes del mundo? — Sobre esta otra cuestión es indispensable decir aquí nuestro

de fósiles humanos, porque la Paleontología humana no puede ser sino la Ciencia, que trata de los fósiles humanos: pero, ¿existen verdaderos fósiles humanos?... Esa es la cuestión, y mientras no se demuestre científicamente la existencia de fósiles humanos, no habrá Paleontología humana; pues, faltando el objeto material de una ciencia, esa ciencia es imposible.

Comenzaremos primero por ponernos de acuerdo, (en cuanto nos fuere posible), con nuestros contrarios respecto al significado de la palabra fósil.

Esta palabra ha sido definida de diversos modos; y son tantas las definiciones que de ella nos han dado los geólogos y los paleontólogos, que de la muchedumbre de definiciones no ha podido menos de resultar confusión en la ciencia. — Para que un objeto sea calificado como verdadero fósil, es indispensable que yazga en un terreno geológico más antiguo que el moderno, y que pertenezca á un individuo, cuya especie haya desaparecido ya de sobre la tierra: si faltaren estas condiciones, no será fósil. Pero podemos, con todo, prescindir de la segunda, para examinar la cuestión del hombre - fósil.

La corteza sólida del globo terrestre se compone de diversas capas de terreno, tanto más antiguas cuanto se hallen

modo de pensar, explicándolo con la sencillez y brevedad que el asunto requiere.

Ante todo, conviene fijar las ideas generales, que son el fundamento esencial de esta disputa. — ¿Qué es fósil? ¿Qué es lo que constituye un verdadero fósil? ¿A qué clase de seres se debe clasificar propiamente como fósiles? En los geólogos y en los paleontólogos se hallan varias definiciones de los fósiles, y se advierte que los mismos naturalistas no están de acuerdo sobre el significado preciso que esa palabra debe tener en la Ciencia: es un término técnico, y, por lo mismo, debe ser definido con exactitud lógica.

más próximas al centro del planeta: al contar los terrenos desde el centro á la superficie, están por orden de antigüedad primero los *terciarios*, después los *cuaternarios*, y luego los *modernos*. — En el terreno terciario no se ha encontrado hasta ahora fósil alguno humano: los pretendidos fósiles humanos del terreno terciario han sido rechazados por los sabios; y, si algunos naturalistas se mostraron al principio favorables al descubrimiento del hombre terciario, más tarde, con más detenido examen del asunto, acabaron por desconocerlo.

Viene el terreno cuaternario; pero ¿qué dicen acerca de este terreno los más eminentes geólogos modernos? ¿Qué dicen? Casi todos aseguran, unánimemente, que es muy difícil reconocer semejante terreno, y deslindarlo del moderno: se confunde, pues, el terreno cuaternario con el moderno, y puede decirse que el terreno moderno es uno solo, porque el cuaternario y el moderno pertenecen á la misma época geológica. Ahora bien: en la época terciaria no hay huellas seguras del hombre: si no existen, pues, fósiles humanos, a existirá la Paleontología humana?

Los descubrimientos de restos humanos en las capas más antiguas de la época cuaternaria ¿bastarán para dar como un hecho demostrado la existencia del hombre - fósil? Si el estudio de esos restos constituye la Paleontología huma-

Fósil es, pues, todo resto orgánico de vegetal ó de animal, que se encuentre en un terreno geológico antiguo, y que pertenezca á una especie que no tenga al presente representantes vivos ni en la Flora ni en la Fauna actual del globo. — Decimos resto orgánico, sin limitar el significado de la palabra resto solamente á las porciones del cuerpo del animal y de la planta; antes, por el contrario, sostenemos que son fósiles las huellas ó impresiones que los animales y los vegetales han dejado en las rocas, aunque sus cuerpos se hayan deshecho completamente.

na, bien podemos admitir esa nueva ciencia, que, en último análisis, no es sino la pura Anatomía, ó, mejor dicho, la Osteología descriptiva, aplicada á los restos humanos. Descúbrese huesos humanos en un terreno de formación cuaternaria; se examinan, se describen, se comparan con los huesos del hombre de nuestros días, ¿no es esto una aplicación de la Osteología? ¿Merecerá constituir esto una ciencia aparte, y con un nombre tan pretensioso como el de *Paleontología humana*?

Cuanto acabamos de decir respecto de los terrenos cuaternarios, se apoya en la autoridad de geólogos tan notables como Hébert, Contejean, Agassiz, Elías de Beaumont, Lartet y Gervais. — Si consideramos, pues, las cosas estrictamente, claro es que no existe el hombre-fósil, y, por consiguiente, ni la Paleontología humana.

Aun los naturalistas más inclinados al transformismo, como Verneau, no han dado como cierta y demostrada, sino solamente como *probable* la existencia del hombre terciario, es decir del hombre - fósil. Sobre un hecho meramente probable ¿se podrá fundar una ciencia verdadera? Ameghino sostuvo en América la existencia del hombre terciario en las pampas argentinas; pero le contradijo Burmeister, probando que los terrenos de las pampas no eran terciarios sino cuaternarios.

El resto debe ser orgánico ; abraza, por lo mismo, ambos reinos el vegetal y el animal.

Sobre el terreno cuaternario se encuentra inmediatamente el terreno de formación moderna, que es el que constituye el suelo en que vivimos. Admitir como fósil todo resto orgánico sepultado en cualquiera terreno, sería confundir y no esclarecer el estudio de la naturaleza ; y las Ciencias han de buscar siempre la claridad y la precisión y la exactitud, pues de lo contrario el conocimiento científico no adelantaría y las Ciencias serían palabrería confusa.

En unas partes se encuentran todos los terrenos geológicos, en otras faltan algunos, y es muy difí-

¿ Existe el verdadero hombre - fósil ? ¿ Se han descubierto fósiles humanos en terrenos terciarios ? ¿ Qué respuestas dará la ciencia á estas preguntas ? Si todavía no se han encontrado fósiles humanos ; cómo existirá ya la ciencia de los fósiles humanos ?

Cierto es que Mr. Hamy escribió un tratado intitulado *Paleontología humana*, y lo puso como apéndice á la extensa obra de Lyell sobre la antigüedad del hombre, cuando el trabajo del celebrado geólogo inglés fué vulgarizado en Francia ; pero la autoridad de un escritor no puede cambiar la naturaleza de las cosas. Las opiniones de Mr. Hamy han sido refutadas en la misma Francia, oponiéndole á sus hipótesis las aseveraciones de otros sabios, cuya ciencia y competencia nadie puede poner en duda. — Por más empeño que haya en prescindir de la Metafísica en las ciencias naturales, los verdaderos sabios no se atreverán nunca á prescindir de élla, porque la verdadera ciencia, la ciencia digna del nombre de ciencia, es una sola, y se apoya en la Lógica y en la Metafísica. — La existencia del hombre - fósil, dice Verneau, según el estado actual de la ciencia, es solamente probable : sobre un hecho que es tan sólo probable ¿ se podrá fundar una ciencia y una ciencia de observación ?

cil determinar con precisión el límite que separa á unos de otros. Sucede también que los terrenos se hallan trastornados, ya por los mismos agentes físicos, ya por la mano del hombre; y lo primero que ha de verificar el geólogo es la inspección concienzuda del terreno, para reconocer su situación y cerciorarse de que el yacimiento se mantiene en su estado natural.

Ahora bien: ¿qué debemos pensar acerca del hombre - fósil? — Respondemos, que el hombre - fósil no existe; y que, por lo mismo, la *Paleontología humana* es una ciencia imposible por falta de objeto material. — No se han encontrado restos humanos fósiles, porque los restos que se pretende clasificar como fósiles de hombre son restos de individuos pertenecientes al linaje humano, que todavía vive y palpita sobre la tierra: además esos restos se encuentran en yacimientos que corresponden al fin de la época cuaternaria y á los comienzos de la moderna: finalmente, varios de esos restos es preciso reconocer que pertenecen á edades históricas, y que así no pueden ser tenidos como fósiles.

En Francia se pretendió haber descubierto el hombre terciario, es decir el verdadero fósil de la especie humana; pero, examinados con toda imparcialidad los pedernales de Thenay, fueron deshechados, y se tuvo como un engaño la pretendida prueba del hombre terciario. — Los sabios verdaderos miraron desde un principio, con desconfianza, el ponderado hallazgo; después, con desdén, y por último como indigno de la Ciencia.

Los cráneos encontrados en California: ¿estaban en el punto donde se decía que habían sido des-

cubiertos? ¿Constó con *certidumbre* científica que el cráneo se encontró allí? ¿Con qué precauciones científicas se practicó la excavación del pozo? ¿No sería posible en varios de esos tan cacareados hallazgos, descubrir una superchería de que hubiese sido víctima el amor á la ciencia, no siempre cauto ni prudente? Es, por cierto, cosa digna de ponderación, que se haya dado tanta importancia á descubrimientos, que en el fondo no la tenían tan grande. La ciencia no debe apoyarse nunca en simples conjeturas, ni se han de sacar precipitadas consecuencias de hechos no bien comprobados. Los pedernales de Thenay son una prueba de lo que decimos.

Un hueso tallado de un animal de la época cuaternaria ¿será una prueba suficiente para fabricar sobre él todo el edificio de una antigüedad de miles de siglos? Esos huesos, en los que se enseñan rayas y señales que parecen hechas artificialmente por la mano del hombre ¿probarán que éste fué contemporáneo de los animales á quienes pertenecieron esos huesos? ¿No pudieron ser hallados casualmente? ¿No pudo el hombre desenterrarlos adrede? Aún ahora se fabrican dijes con el esmalte de los dientes del mastodonte: ¿diremos, por eso, que los mastodontes viven todavía?

Los instrumentos y otros utensilios de piedra pueden encontrarse hundidos en el suelo á mucha profundidad; pero de ahí no se ha de deducir que el instrumento fué depositado en el terreno sobre el cual fuere descubierto; pues las piedras, á consecuencia de su peso natural, van sumergiéndose poco á poco en el terreno, mayormente si éste es pantanoso; y, al cabo de un corto número de años, ha-

brán llegado á muchos metros de profundidad. — Asimismo, si el hombre fué en alguna región contemporáneo del mastodonte, por ejemplo, quiere decir que esa raza de animales, cuyos fósiles caracterizan la época cuaternaria, estuvo representada en algunas comarcas por individuos que vivieron en la época moderna. La extinción de los animales cuaternarios no fué instantánea, sino lenta; y así pudieron quedar todavía en los tiempos modernos algunos individuos de las especies extinguidas: ¿cuántos siglos duró cada época geológica? Es imposible calcular. Además la transición de una época á otra no era brusca, sino insensible, sucediéndose unos á otros los fenómenos geológicos de un modo regular y paulatino.

III

El materialismo sistemático ha forjado una Antropología imaginaria. En efecto, el hombre, según ese sistema, no es otra cosa sino el resultado necesario de las fuerzas de la naturaleza, que trabajan sin cesar en una evolución progresiva de seres, cada vez más perfectos. De este modo no es difícil encontrar fósiles del hombre en la época terciaria, y, si se quiere, antes; y esos fósiles tienen que darnos un hombre menos perfecto que el presente, á fin de que no venga á tierra el sistema de la evolución natural. La especie más antigua del género zoológico humano sería la negra, y antes de ésta habría otra, intermedia entre el negro y los monos antropomorfos, la cual no puede menos de ser el pretendido hombre — fósil. — Pero ¿en qué hechos, en qué experiencias, en qué descubrimientos

se funda este sistema? Fúndase este sistema en ciertos descubrimientos aislados, á los cuales se ha dado una explicación arbitraria. Era indispensable sostener la teoría de la evolución; y, para sostenerla, se ha echado mano de sofismas, cuya falta de lógica está manifiesta.

Consecuencia de la misma teoría de la evolución ha sido la *Proto - historia materialista*, con sus edades de la piedra, de los metales y de el hierro, y el estado primitivo de salvajismo del hombre y de la sociedad humana. Cuando al antropomorfo de los bosques le llegó la época de su transformación progresiva, hizo su entrada en la vida humana, principiando por ser salvaje: no conocía el fuego, ignoraba lo que fuese metal, y todos sus utensilios domésticos y todas sus armas eran piedras toscas: dió un paso hacia adelante en la senda de la civilización, y pulió la piedra, y empleó el hueso en sus armas é instrumentos.

Adelantando mucho, descubrió los metales, y con ellos y el fuego, cuyo uso conoció también, forjó armas de metal: llegó, por fin, á descubrir el hierro, y entonces se entró ya en plena civilización. ¿Este cuadro será verdadero? ¿No será una novela con aire de ciencia? Las edades prehistóricas no se han sucedido en ningún tiempo, ni en ninguna parte, con esa regularidad progresiva que han imaginado los materialistas: el salvaje, en vez de ser el hombre primitivo, es el hombre degradado que desde la altura de la civilización ha caído en el embrutecimiento; y así no sólo no asciende en la escala del progreso moral, sino que desprecia al hombre civilizado, y enferma y muere, cuando se lo quiere hacer pasar á un estado más civil y ordena-

do. — Las tres edades se encuentran juntas aún en pueblos muy avanzados en cultura, y no son estados necesarios, en que, de un modo inalterable, tenga de hacer alto la civilización de las naciones. Todo sistema demasiado estrecho es imaginario, y jamás se ha visto que lo haya realizado la naturaleza : ella es libre y variada, y su orden es regular, pero no monótono ; y, de ese orden admirable y de esa rica variedad, brota la belleza fascinadora de las obras de Dios.

Dejemos á un lado los delirios de la pretendida ciencia moderna, y leamos en el Génesis la hermosa narración de la creación del hombre.

Y dijo Dios : Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza. Y crió Dios al hombre á su imagen : á imagen de Dios lo crió : varón y hembra los crió.

Formó, pues, el Señor Dios al hombre del barro de la tierra y inspiró en su rostro soplo de vida, y fué hecho el hombre en ánima viviente (1). He ahí la creación del primer hombre ; veamos cómo se hizo la de la primera mujer.

Dijo también el Señor Dios : No es bueno que el hombre esté solo : hagámosle un auxiliar semejante á él.

Por tanto el Señor Dios hizo caer en Adán un profundo sueño y, habiéndose dormido Adán, tomó el Señor una de sus costillas, hinchó carne en su lugar, y de ella formó á la primera mujer (2).

(1) Et ait: Faciamus hominem ad imaginem, et similitudinem nostram. Et creavit hominem ad imaginem suam: ad imaginem Dei creavit illum: masculum et feminam creavit eos. — (Génesis, cap. primero; ver. 26º y 27º)

(2) Formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terræ, et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ, et factus

Ese profundo sueño de Adán no fué un dormir natural, sino un éxtasis, en el cual sumergido nuestro primer padre, vió la creación de Eva, la primera mujer: por esto, volviendo Adán de su arrobamiento, y contemplando á su lado á la mujer que Dios le presentaba para que fuese compañera suya, exclamó: Esta es carne de mi carne, hueso de mis huesos, y se llamará hembra, porque del hombre fué sacada.

Refiere también el historiador sagrado la institución del matrimonio hecha por Dios mismo, y la creación de la familia con la creación del primer hombre y de la primera mujer, de Adán y Eva, padres y progenitores del linaje humano. — El hombre fué constituido cabeza y señor de todo cuanto Dios en la tierra había criado: con la declaración de esta prerrogativa concluye el relato de la creación y formación del mundo. Ved ahí el excelso destino del hombre! ¿Cuál es el ministerio nobilísimo de las Ciencias? ¿Será negar la verdad? Desconocerla? Combatirla? La Ciencia y la Religión son rayos luminosos que brotan de la Verdad Eterna, ¿podrá haber lucha entre la luz y la luz? La Revelación no es sino una luz más intensa añadida á la luz de la razón, á la plácida y tranquila luz de la verdadera Ciencia: ¿será posible la contradicción? La contradicción no existe sino entre la luz y las tinieblas, entre la verdad y el error.

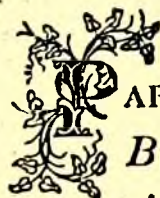
est homo in animam viventem. Dixit quoque Dominus Deus: Non est bonum esse hominem solum: faciamus ei adiutorium simile sibi. Immisit ergo Dominus Deus soporem in Adam: cumque abormisset, tulit unam de costis ejus, et replevit carnem pro ea. Et aedificavit Dominus Deus costam, quam tulerat de Adam in mulierem: et adduxit eam ad Adam. — (Génesis, cap. segundo; ver. 7, 18, 21 y 22).

CAPITULO NONO

DESTINO PROVIDENCIAL DE LA TIERRA

Fin de la creación material. — Cosmogonías paganas. — ¿Cuál es el destino providencial de la Tierra? — Fin del linaje humano. — Las Ciencias, ¿qué pueden contra la Revelación?

I



ARA concluir esta parte de nuestros *Estudios Biblicos*, haremos una pregunta: ¿la formación de la Tierra está ya concluída? ¿permanecerá siempre en el mismo estado, que tiene actualmente? Responderemos resueltamente que no permanecerá siempre así, sino que se cambiará y se mudará, y que ese cambio y esa mudanza sucederán al fin de los siglos, cuando las cosas presentes se hallen á punto de terminar.

Dios, desde toda eternidad, ha fijado un plazo de duración al linaje de Adán sobre la tierra; y, cuando ese tiempo toque á su límite, el linaje humano se acabará, perecerán todos los hombres, y el mundo cambiará de aspecto. Habrá, á no dudarlo, alguna causa física que produzca este cambio, y las leyes que rigen la naturaleza no serán derogadas: la forma actual de nuestro sistema planetario será otra, pero la materia criada no volverá á la nada. Esta transformación del mundo, según consta de la Escritura, se hará por medio del fuego. Empero, ¿cómo se verificará esta mudanza? Habrá señales en las estrellas, en el Sol y en la Luna: las leyes que conservan el mundo se descuilibrarán,

y en la tierra se agitarán furiosas las aguas del mar, y el aire y todo estará trastornado : aquel será como un espantoso paroxismo del mundo agonizante ! — Después, en el mundo renovado, pondrá, talvez, Dios criaturas nuevas, distintas del hombre : ¡ qué secretos los que guarda la eternidad ! Cuando nos ponemos á pensar en las obras de Dios, abrumados (según la expresión de San Pablo), por el peso de la gloria divina, sentimos que nuestra pequeñez se hunde de nuevo en la nada, de donde el poder de Dios nos sacó. Hay tanta sublimidad en las obras de Dios, que, cuando las consideramos atentamente, nuestra alma va entrando en uno como abismo, sin alcanzar á descubrir el fondo. ¿ Qué somos nosotros mismos ? Un punto entre dos abismos : el de la nada, de donde fuimos sacados, y el de la eternidad, hacia donde vamos caminando, sin parar ni un instante. Terminará el mundo actual recibiendo una transformación que dará al Universo un aspecto distinto del que tiene al presente ; pero la materia subsistirá, porque Dios no aniquila nada de cuanto ha criado. Nuestro mismo cuerpo no perecerá, pues su esencia material, transformada el día de la resurrección general, se unirá de nuevo al espíritu que lo animó en el mundo, y vivirán ambos con la vida de la eternidad.

II

Comparada la Cosmogonía de Moisés con las cosmogonías de los demás pueblos, resalta más la excelencia del relato bíblico sobre la creación y formación del Mundo. En las cosmogonías paganas se nota el absurdo de las ficciones de la imaginación

y la fantasía : cosas, que carecen de verosimilitud, son las que se han inventado para explicar el origen del mundo, y en todas se echa de ver la falta de orden y de armonía en el conjunto de la ficción cosmogónica. Sólo una cosa se advierte en todas las cosmogonías y es la idea acerca de un estado primitivo de la materia, en el cual se hallaban mezclados y confundidos los elementos de todo cuanto existe ahora en el Universo. El Caos primitivo, el período caótico se halla en toda cosmogonía: por esto, se ve que esta verdad y la de la formación progresiva del Universo fueron las únicas que de la tradición original se conservaron, en medio de las invenciones con que cada pueblo expresaba, según su manera propia y peculiar, lo que creía acerca del origen del Mundo.

¿Por qué solamente en la Cosmogonía de los Judíos se encuentra tanta sencillez, tanta grandeza y tanta verdad? - ¿Cómo un pueblo tan supersticioso acertó á concebir una teoría cosmogónica tan opuesta á toda superstición? ¿De dónde en la nación judaica esas ideas sublimes sobre la Creación? La filosofía helénica no pudo nunca elevarse á abstracciones tan delicadas, como las que en punto á la creación del mundo y á la unidad personal de Dios eran no sólo comunes, sino populares, entre los Hebreos: los más profundos pensadores griegos no lograron descubrir lo que el vulgo conocía y entendía respecto del mundo, del hombre y de Dios en la nación hebrea. Platón hizo á la materia tan eterna como Dios, cuando enseñó que el mundo había sido hecho por Dios de una sustancia material, que no tuvo principio. Aristóteles no alcanzó á comprender de dónde provenía el origen

del movimiento, siendo la materia inerte por sí misma, y desbarró lamentablemente, cuando quiso explicar cómo había sido criado el mundo. Los sabios de la Grecia son la expresión del pensamiento pagano, y de lo que puede alcanzar el ingenio humano con el empleo de sus solas fuerzas naturales, sobre un dogma tan profundo como el de la Creación. Inundados en la luz del Cristianismo, no nos acordamos de las tinieblas, en que anduvo á ciegas la filosofía humana en los tiempos, que precedieron á la predicación del Evangelio.

La unidad de Dios, su adorable personalidad, su existencia por sí mismo en la eternidad, con toda independencia de las criaturas, la creación de éstas, haciéndolas salir de la nada con la sola voluntad del Criador por un acto libre de su omnipotencia, la contingencia de la materia, el principio del tiempo con la creación del mundo, la absoluta soberanía de Dios sobre todas las cosas, la creación del hombre, su destino sublime y, por fin, el origen del mal, he ahí las principales verdades enseñadas, clara y terminantemente en la Cosmogonía mosaica. Tanta exactitud y tanta elevación no eran obra del puro ingenio humano, sino de la revelación sobrenatural, que Dios se dignó hacer á los hombres.

El Universo material tiene un fin nobilísimo, que es la gloria accidental de Dios en el tiempo; y la existencia del linaje humano con todo cuanto á ella se refiere está subordinada al orden divino de la Encarnación, mediante el cual Dios es glorificado con una gloria extrínseca infinita. La creación de los hombres, su conservación en la tierra y el término, durante el cual ha de existir la descendencia de Adán en este planeta que se le ha dado por

morada temporal, son líneas ó rasgos del plan divino, cuyos secretos están reservados al Todopoderoso. Día vendrá, cuando esta tierra, donde habitamos sufrirá por el fuego una completa y total mudanza física: lo que pudiéramos llamar época geológica contemporánea finalizará, dando lugar á cambios trascendentales en la mansión del hombre: el número de los elegidos se llenará por fin, y la fuente de la vida humana quedará agotada para siempre. La morada del hombre habrá sido plegada, según la expresión de la Biblia, como la tienda de camino, que, para pasar una noche, el viajero aderezó en el desierto. El último día de los tiempos llegará, la vida terminará sobre la tierra; y, cuando en nuestro planeta desolado reine el absoluto silencio de la muerte, entonces se oirá la voz de Dios, llamando á juicio á los mortales. ¿Qué será de las Ciencias y dé su laborioso investigar? ¿Todo habrá terminado! Pasada la última hora del tiempo, principiará la eternidad, y, en la eternidad, reinará la verdad clara y sin sombras (1). El tiempo es para el hombre, la eternidad pertenece á Dios.

(1) Véase la Segunda Epístola del Apóstol San Pedro. (Capítulo tercero, versículos 5º, 11º y 13)º — Día llegará, dice, cuando todos los elementos serán disueltos por el fuego, y la tierra y todo cuanto hay en ella será abrasado por el fuego. — La moderna Ciencia de la Termo - dinámica está muy lejos de contradecir estas palabras de la Escritura; antes las confirma y las apoya. En la constitución física del Sol hay un motivo para conjeturar que se verificará, al cabo de siglos, un cambio completo y trascendental en todo nuestro sistema planetario: el astro central, á punto de apagarse, arrastrará hacia él con movimiento vertiginoso á todos

III

Este es el lugar más oportuno para decir dos palabras acerca de la tan ruidosa cuestión del movimiento de la Tierra.

Uno es el criterio de la ciencia, y otro el criterio de la vista: los hombres juzgan de las cosas sensibles, según el testimonio de los sentidos, los cuales transmiten fielmente las impresiones, que en ellos hacen los objetos materiales: después, la razón, examinando los fenómenos físicos, corrige y rectifica el testimonio de los sentidos. — ¿Qué es lo que nos dice la vista respecto del Sol? — La vista nos manifiesta que el Sol se mueve, y, viendo el movimiento del Sol y de los demás astros, nos hallamos convencidos de que la Tierra está quieta, y la consideramos como el centro del mundo. Este es el testimonio de los sentidos.

Empero, la observación de ciertos fenómenos físicos nos ha hecho caer en la cuenta de que el Sol permanece inmóvil, en el centro de nuestro sistema planetario, y que la Tierra es la que se mueve, guardando en su rotación la ley de una uniformidad matemática. Hay ciertos fenómenos naturales, cuya explicación sería de todo punto imposible, si la tierra estuviese quieta, y si el Sol se moviera en derredor de ella. La Biblia, como lo hemos dicho ya repetidas veces, se expresa con el lenguaje ordina-

los planetas y satélites, para absorberlos en una sola masa cósmica, la cual vendrá al fin á volatilizarse, tornando así la materia de que está compuesto nuestro sistema planetario al estado gaseoso, que tuvo al principio.

rio del común de los hombres, y no con el lenguaje científico de las Academias ó libros de Astronomía. Cuando nos dice, que Josué hizo parar al Sol, debemos entender, que Dios suspendió, de una manera milagrosa, las leyes del mundo planetario, en beneficio del pueblo escogido. La intervención sobrenatural de la Providencia en ese y en otros hechos semejantes narrados por la Biblia, es una verdad religiosa, que debe ser confesada por todos los que creemos en la autoridad divina de los Libros Santos.



CAPITULO DECIMO

EL DILUVIO

La narración del Diluvio en el Génesis. — Universalidad del Diluvio. — Dos clases de Universalidad. — Nuestra opinión. — Fundamentos en que la apoyamos. — Longevidad de los Patriarcas antediluvianos. — La serpiente. — Explicación de la manera cómo fué tentada Eva. — Conclusión.

I



EN el mismo Libro sagrado del Génesis, que hemos estado estudiando hasta ahora, hay otra cuestión que tiene grande importancia así histórica como científica : esa cuestión es la del Diluvio universal. Acerca de ella es necesario decir una palabra, para concluir los *Estudios*, que, de la Biblia, considerada desde un punto de vista puramente científico, hemos hecho, movidos del deseo de manifestar que no hay contradicción ninguna entre lo que enseña la Revelación y lo que han demostrado las Ciencias naturales.

El Diluvio es un hecho narrado en el Génesis con tantos pormenores, que dan á conocer cuán grabada se había conservado en la memoria de los descendientes de Noé aquella espantosa catástrofe. Se puntualizan el día en que principió ; los días que duró ; el tiempo que tardó en secarse la tierra, y, hasta el mes, y el día del mes, en que comenzó y en que concluyó : se expresa la hora en que entraron en el arca Noé y sus hijos con sus esposas ; y se enumeran tantas y tan menudas circunstancias, que es imposible dudar de la fidelidad de

la narración histórica. El Diluvio era, pues, un acontecimiento, cuyo recuerdo se guardaba con minuciosa escrupulosidad en la familia de los Patriarcas; y, sin duda, Moisés tuvo presentes no sólo la tradición oral, sino también documentos escritos acerca de este hecho. — En este punto el gran Historiador hebreo no refería hechos ignorados, sino acontecimientos muy conocidos por su pueblo.

Confesada la realidad del hecho y la exactitud de todos sus pormenores, preguntaremos: ¿El Diluvio fué un fenómeno puramente natural, producido por causas segundas naturales? — ¿El Diluvio fué universal?

Si el Diluvio fué un hecho natural, ¿puede la Ciencia decir cuáles fueron las causas naturales que lo produjeron?

Si el Diluvio fué universal, ¿cómo se debe entender esa universalidad?

El Diluvio tuvo por causa motiva, de parte de Dios un designio de justicia, una razón moral: los hombres se habían corrompido tanto y eran tan criminales delante de Dios, que Dios resolvió exterminar el linaje humano, ahogándolo en un diluvio de aguas, y exceptuó de esta sentencia solamente á Noé, á sus tres hijos Sem, Cham y Jafet, á la esposa de Noé, y á las mujeres de sus hijos. — Según las instrucciones dadas por el mismo Dios, Noé construyó el arca en que había de salvarse él con su familia; y, en efecto, en el arca se salvaron del naufragio general ocho personas, con las que de nuevo volvió á poblarse la tierra. El fin del Diluvio fué, pues, exterminar el linaje humano de sobre la faz de la tierra. Si el Diluvio fué universal, en el sentido lato de la palabra: es decir, si todo el glo-

bo terrestre quedó sumergido en las aguas, es claro que la familia humana se había extendido ya por toda la tierra: si el Diluvio fué universal, en el sentido moral y no en el físico, ó, lo que es lo mismo, si por universal no se entiende, sino que destruyó á todos los vivientes, no hay necesidad de admitir que todo el globo haya quedado cubierto por las aguas, y bastará sostener que la inundación se extendió á todos los puntos de la tierra, que, á la sazón, estaban habitados.

Dos clases de universalidad pudo haber tenido el Diluvio: la *geográfica* y la *antropológica*: la primera, si las aguas cubrieron enteramente todo el globo terráqueo, ahogándolo y sumergiéndolo en ellas: la segunda, si la inundación se extendió solamente á los puntos habitados entonces por el hombre, de tal modo que con el Diluvio perecieron todos los descendientes de Adán, menos Noé y su familia. La universalidad antropológica basta para explicar el sentido literal del Génesis, y con ella queda invulnerable el dogma católico. La universalidad geográfica exige una serie multiplicada de milagros, no necesarios en la universalidad antropológica.

Algunos exegetas modernos no admiten ni la universalidad antropológica, sosteniendo que la raza negra es anterior al Diluvio, y que no pereció con aquella inundación: reñida disputa hay entre los doctos acerca de este punto.—Nosotros hemos adoptado la opinión de la universalidad antropológica, y así proponemos las siguientes cuestiones.

El Diluvio mosaico ¿fué universal? — Sí: el Diluvio mosaico fué universal.

¿Cómo se ha de entender que fué universal? —

Se ha de entender que fué universal en cuanto perecieron todos los hombres, que entonces vivían sobre la tierra, exceptuándose tan sólo ocho personas, que fueron Noé y su esposa, los tres hijos de Noé y sus mujeres.

Entendida la universalidad del Diluvio mosaico en este sentido moral, surgen dos cuestiones: PRIMERA. — ¿Estaba poblada toda la tierra? Si lo estaba, el Diluvio cubrió necesariamente todo el globo terráqueo.

SEGUNDA. — ¿No estaba, á la sazón, poblada toda la tierra? Luego, el Diluvio inundó solamente aquella parte del globo, que entonces se hallaba poblada.

Nuestra opinión es favorable á esta segunda cuestión; pero, al adoptarla para interpretar el texto sagrado en este sentido, declaramos que de ningún modo condenamos ni reprobamos la primera opinión; antes, la consideramos como respetable, por tener en su apoyo la autoridad de muy graves Expositores.

II

Expondremos los motivos que favorecen la nuestra.

Parece que el globo terrestre no estaba poblado en todas sus cinco partes, en la época del Diluvio: habían transcurrido mil seiscientos cincuenta y seis años, desde la creación de Adán hasta el año en que principió el Diluvio, y este período de tiempo no es suficiente para que los hombres se hayan multiplicado tanto, que hubiesen llegado á poblar todas las partes del globo. La poligamia no estaba

permitida en la ley natural, y la corrupción de costumbres más bien perjudica, que favorece al aumento de población.

En la descripción que el escritor sagrado hace del Diluvio se enumeran tres circunstancias, como causas físicas del gran cataclismo: la lluvia incesante, por el espacio de cuarenta días y cuarenta noches; la apertura de las cataratas del cielo, y el rompimiento de las fuentes del gran abismo. — En el mismo libro del Génesis se notan otras dos circunstancias naturales, dignas de mucha advertencia, tratando de explicar el hecho del Diluvio: esas dos circunstancias son las siguientes. — Antes del Diluvio no había llovido sobre la tierra: después del Diluvio, la lluvia fué un fenómeno natural ordinario.

Antes del Diluvio, en vez de lluvias, la tierra era regada por una fuente, que, elevándose desde la superficie de ella, volvía á caer sobre el suelo y lo humedecía. ¿Qué clase de fuente era aquella? He aquí una cosa que es muy difícil explicar; sin embargo, de ahí se deduce una consecuencia importantísima, á saber: que las condiciones meteorológicas del planeta en que habitamos eran muy distintas de lo que fueron después; lo cual supone un estado geográfico también muy diverso. — Después del Diluvio las lluvias fueron naturales y ordinarias; y, por eso, Dios hizo del arco-iris la señal de los juramentos de su misericordia para con el linaje humano.

El arco-iris es un fenómeno natural; mas antes del Diluvio no llovía, luego ese fenómeno era entonces imposible. ¿Cuál era la configuración geográfica de los continentes? ¿Cuál el sistema de montañas? ¿La temperatura del globo era unifor-

me? ¿Había entonces, como hay ahora, la misma sucesión de estaciones?

Esa fuente, que ascendía de la superficie de la tierra, pudiera haber sido una neblina sutil, formada por la evaporación, y que condensada en rocío copioso empapaba la tierra y conservaba en ella la humedad necesaria para la germinación de las plantas; pero esto supone que la temperatura del suelo y la de las capas atmosféricas inferiores se mantenía constantemente la misma, y que por las regiones bajas de la atmósfera cruzaban corrientes de aire.—Estas corrientes de aire debieron también haber sido uniformes: las cordilleras de montañas pocas, y no muy elevadas. En fin, en todo el globo debió haber reinado la misma temperatura, que no pudo ser otra que la de las zonas templadas. ¿Cuál era entonces la extensión de los continentes? ¿Cuál su configuración? El Océano ¿ocuparía las mismas cuencas que ocupa ahora?

En la Geología hay un hecho físico, cuya realidad se ha comprobado hasta la evidencia, y es la acumulación de hielo en una extensión considerable del hemisferio boreal, en una época geológica próxima á los tiempos modernos. El *Periodo glacial* es indudable; pero las causas físicas de ese fenómeno son hasta ahora un misterio en la ciencia. Claro es, que la formación de la enorme cordillera de los Andes no pudo menos de haber influido mucho en la configuración de los continentes: Europa formaba un solo continente con Africa: el gran desierto en esa parte del mundo era un golfo: ¿cuándo quedó en seco? ¿Qué causas produjeron ese gran desnivel en las tierras? Alguno de estos grandes fenómenos geológicos ¿coincidió con el Diluvio?

Acaso, no es muy aventurada la opinión de los que explican el Diluvio, suponiendo que la posición de la tierra en la eclíptica era antes recta, y que el Diluvio fué causado por el cambio de posición de nuestro planeta respecto de la eclíptica: al ponerse oblicua la tierra, hubo un gran cataclismo.—Esas fuentes del gran abismo, que se rompieron, ¿sería un trastorno de las olas del Océano sobre el continente? Una invasión de las aguas del Mar sobre la tierra?

El desequilibrio del planeta en el plano de la eclíptica ¿se deberá á que la tierra no es igualmente pesada en ambos hemisferios? Esa desigualdad de peso ¿no será efecto de causas geológicas? ¿Será sólo de causas astronómicas? ¿Cuántos secretos en la misma Ciencia!

También hay otro hecho físico, comprobado por la Paleontología botánica, y es que en el polo norte descolló un tiempo la misma vegetación que ahora en la zona tórrida: hubo, pues, igual grado de temperatura en toda la redondez del globo: no había zonas distintas. ¿Por qué no las había, sino porque la posición del planeta en la eclíptica era recta y no oblicua?

¿Qué son esas cataratas del cielo, de las cuales dice Moisés que se abrieron? ¿Un cambio, brusco y poderoso en la temperatura del espacio, convirtió en agua una parte del vapor acuoso, que en forma de fluido sutilísimo se mantenía en la región superior de la atmósfera, merced á la uniformidad del calor? Si esto fué así ¿qué causas produjeron ese cambio?

No es, pues, difícil explicar el Diluvio universal mosaico, mediante causas puramente naturales,

siempre que la inundación causada por el Diluvio no haya cubierto toda la redondez del globo terrestre. Si la cubrió toda, encontramos muchas dificultades físicas, que no pueden ser resueltas sino acudiendo al milagro ó á una intervención de la Providencia, de un modo extraordinario y *sobrenatural*. — Si todas las cadenas de montañas existían ya entonces; si tenían la misma elevación que ahora tienen sobre el nivel del mar, claro es que el agua las cubrió, y que las dejó todas sumergidas bajo quince codos de profundidad: esto no pudo suceder, sino derogando las leyes generales que rigen el mundo, en el orden puramente natural: ¿qué fué de tan enorme volumen de agua? ¿Qué efectos causó aquella nueva inmersión del globo bajo las aguas? La humedad de la atmósfera con la evaporación ¿qué efectos produjo? ¿No es verdad que esta acumulación de aguas debió tardar mucho tiempo en disminuir, ya evaporándose, ya recogién dose al Océano? La evaporación debió conservar una enorme cantidad de agua en la atmósfera: en el Océano ¿cómo se acumuló, sin que se desbordara de nuevo esa cantidad de agua, doble de la que contienen los mares?

Dos extremos, igualmente peligrosos, debemos evitar en nuestra manera de explicar los hechos de la Biblia: el uno es el negar los milagros; y el otro, sostener que los hubo, cuando no había necesidad de milagros, para que se verificaran ciertos acontecimientos determinados. Reconozcamos y confesemos los milagros, allí donde la gloria de Dios los exige; allí, donde el texto bíblico manifiesta que los hubo: la historia del pueblo hebreo fué una serie de portentos, porque la Providencia quería que

su pueblo predestinado estuviera siempre dando testimonio de su dominio absoluto y soberano sobre todo lo criado : ¿ cómo no reconocer el milagro en la historia de Israel, ese pueblo amamantado, dirémoslo así, con portentos ? Pero no debemos declarar que fué milagro un hecho, que se puede explicar muy bien según las leyes ordinarias de la naturaleza.

El orden natural está subordinado al orden sobrenatural, y ambos órdenes tienen por fin último de ellos la gloria divina. Dios, con su infinita sabiduría, ha establecido tan armoniosamente la subordinación del orden natural físico al orden natural humano ó moral, que, sin necesidad de hacer milagros, castiga los pecados de los pueblos con grandes cataclismos naturales, haciendo que los efectos necesarios de las causas naturales coincidan, precisamente, con las acciones morales libres de los hombres. Un volcán hace una erupción ; una comarca se transforma físicamente con un terremoto : he ahí fenómenos puramente naturales : han sucedido como consecuencias naturales y necesarias de las mismas leyes ordinarias con que Dios rige la existencia del mundo material. Pero esos mismos hechos son, para la Providencia de Dios, castigos, con que hace expiar los pecados de las naciones : la preciencia divina conoce cuáles serán las acciones libres de los hombres ; y, de tal modo combina los sucesos del mundo físico con los del mundo moral, que acontece una catástrofe, precisamente, cuando se ha llenado la medida de los crímenes, que Dios había querido permitir ó tolerar.

El Diluvio mosaico puede, por lo mismo, ser explicado sin necesidad de recurrir á la multiplica-

ción de los milagros. — ¿ Todo el globo estuvo ya poblado ? Luego, todo el globo fué sumergido bajo las aguas del Diluvio. — Pero ¿ dónde están las pruebas no solamente para conjeturar, sino para demostrar que todas las partes del globo estaban ya pobladas cuando acaeció el Diluvio bíblico ?

Si aún no estaban pobladas todas las cinco partes del mundo, claro es que el Diluvio se extendió únicamente á las partes habitadas por los descendientes de Adán, porque el fin del Diluvio era castigar los pecados del linaje humano. ¿ Para qué inundar los puntos del globo todavía despoblados ?

La introducción de los animales en el arca favorece la opinión de la universalidad moral del Diluvio: en efecto, cada parte del mundo tiene su Fauna indígena, y la de Asia es distinta de la de América, así como la de Africa difiere de la de Europa: la de Oceanía es excepcional. En el arca fueron encerrados los animales de todas las cinco partes del mundo ó no lo fueron: si lo fueron, es indispensable la intervención *sobrenatural* de la Providencia, para llevarlos al arca, y para volverlos á poner en sus zonas naturales, así que pasó el Diluvio. Menos dificultades presenta la opinión de la no universalidad geográfica del Diluvio: con la universalidad moral, queda salvada la verdad de la narración bíblica.

La célebre época de la invasión del hielo en una parte considerable del hemisferio boreal ¿ no tendrá, acaso, alguna relación con las causas físicas del Diluvio mosaico ? Las condiciones geológicas de la Tierra ¿ fueron antes del Diluvio idénticas á las posteriores á aquella gran catástrofe ?

Las condiciones geográficas ¿serían las mismas? ¿Lo serían las meteorológicas? La formación del Arco - iris indica que eran distintas. Adoremos la augusta oscuridad de la Escritura Santa.

III

Con la cuestión del Diluvio está enlazada la relativa á la longevidad de los primeros Patriarcas.— En esa vida larga, que se prolongaba por muchos siglos, había un designio providencial para la conservación y propagación del linaje humano, y para que la tradición religiosa fuera transmitida pura y sin adulteración ninguna, pasando solamente por unos cuantos individuos. Mas ¿esa vida muchas veces centenaria, era natural? ¿Se conservó, tal vez, así por un milagro de Dios?

Creemos que fué natural, y la atribuimos á la alimentación de aquellos primeros hombres, que gozaban de los frutos más preciosos de la tierra, que por ellos principió á ser cultivada: las condiciones del clima y de la temperatura eran también en aquella primera época del linaje humano muy distintas de lo que son ahora, y muy favorables para prolongar la vida de los hombres. Parece que no aventuraremos una opinión exagerada, diciendo que, en cuanto al clima y á la temperatura y á las inclemencias del tiempo, los hombres anteriores al Diluvio gozaron de una primavera inalterable, que los conservaba sanos y vigorosos: la tierra era todavía uno como remedo del Paraíso.

Además no reconocieron los refinamientos de una civilización envejecida ni agitaron sus días en penosas faenas: su ocupación era la agricultura y

la ganadería. Después del Diluvio las condiciones para la vida cambiaron y fué determinado el límite hasta dónde había de llegar la existencia del hombre: Dios le señaló ciento veinte años, como el plazo más largo de su peregrinación en el mundo: la duración de la época de prueba fué acertada, y ya el hombre supo que no había de vivir ni dos siglos siquiera.

Estudiando el Libro del Génesis, no podemos prescindir de examinar otra cuestión muy importante. ¿La serpiente que tentó á Eva en el Paraíso habló realmente?

Nuestros primeros padres, criados inmediatamente por Dios, estuvieron enriquecidos con excelentes dones naturales; uno de ellos fué la ciencia de las cosas criadas. Así Eva conocía muy bien que un animal no podía hablar ni menos discurrir, porque era incapaz de eso. Cuando la serpiente le dirigió, pues, la palabra, Eva no se asustó ni se maravilló, ¿por qué? Porque conoció que quien le hablaba, por medio de aquel reptil, era Lucifer, el ángel caído, el príncipe de los demonios, cuya existencia, cuya prevaricación y cuyo castigo sabían Adán y Eva por revelación. — Satanás se sirvió de la serpiente para tentar á Eva; y Eva, al punto, advirtió con quien estaba hablando: su interlocutor no era un animal, sino el ángel caído. La primera mujer no lo dudó ni se engañó. En la serpiente reconoció á Satanás: cuando se excusó con la serpiente y sus engaños, se refirió no al reptil, sino al demonio.

En la sentencia, con que Dios castigó al demonio, las penas impuestas á la serpiente son misteriosas, y cada una de ellas simboliza uno de los

tormentos, con que era castigado el ángel de tinieblas. — *Andarás arrastrándote sobre tu pecho* ; qué significa esto ? Tus descos criminales nunca serán satisfechos : alcanzarás todo lo contrario de lo que intentares ! — *Comerás tierra*, es decir : tu satisfacción estará siempre puesta en hacer daño, en lo ruín, en lo bajo, en lo más indigno de tu excelsa naturaleza. Con ser esa naturaleza tuya tan superior á la humana, los hombres te vencerán, te humillarán, y tú te verás precisado á obedecerles : verás que la mujer te quebranta la cabeza, y tú no le podrás hacer ni el menor daño, aunque lo procurarás inútilmente. — Tal es el significado de la sentencia contra el demonio.

Cada una de las costumbres de la serpiente debía recordar una de las penas de Satanás. La serpiente, con su veneno mortífero, con su aspecto horripilante, con su instinto sorprendente, con sus condiciones naturales extraordinarias, debía ser en la creación un símbolo viviente, una imagen inacabable del ángel caído, y de sus inicuas tendencias. Lleva la muerte en su boca, como un recuerdo de que la palabra de Satanás comunicó la ponzoña del pecado, y, por el pecado, la muerte á Adán y á su descendencia.

En la maldición pronunciada contra el demonio se contenía, además, la promesa de la redención que había de consumar el Hombre — Dios : entre el Redentor y sus discípulos y entre Satanás y sus adoradores habría enemistades eternas, odio perpetuo. ¿ Qué hace una víbora, cuya cabeza se siente oprimida por la planta de un pie que la pisa ? ¿ Qué hace sino agitarse enfurecida, volverse de un lado á otro, intentando clavar en el talón del pie que la

aplasta su colmillo envenenado ? ; Bella imagen de lo que acontece en el orden divino de la Encarnación ! La Virgen María no dió la muerte al demonio, no : la cabeza de la serpiente está oprimida ; Satanás yace á las plantas de María, sujeto, preso, humillado, y en su cólera y en su desesperación se atormenta en vano, porque el pie immaculado que lo oprime es invulnerable. ¿ Qué es el pie ? El pie es el andar, es el vivir : el andar de la Virgen María, su vida santísima, es el tormento, la humillación de Satanás. El orgulloso arcángel se ve pisado por una hija de Eva : la obedece, la tiembla, se consume por hacerle daño y no encuentra cómo ! El pie virginal le aprieta la garganta, y la cabeza se ahoga quebrantada : ahogos de arcángel, agonías eternas ! Eva, siendo como era tan sabia, ¿ hubiera creído que una culebra hablaba ? Con claro convencimiento de lo que hacía, cedió á la sugestión del demonio, porque supo que era Satanás quien dialogaba con ella en el Paraíso, á la sombra del árbol prohibido. La Biblia abunda en enseñanzas profundas.

FIN

ADVERTENCIA



En estas notas tratamos algunas cuestiones. cuyo estudio no habría sido oportuno en el cuerpo de la obra. La Biblia no puede menos de dar origen á una muchedumbre de cuestiones científicas, para cuya solución no bastan las pocas páginas que preceden, y serían indispensables volúmenes enteros. Esos volúmenes los han escrito los sabios, y á las obras de ellos nos referimos en estas notas, citándolas con toda prolijidad.



NOTA PRIMERA

LA EXÉGESIS BÍBLICA

Interpretación del relato que de la creación del mundo hace Moisés en el Génesis. — Puntos oscuros de esta narración. — Dificultades para interpretarlos satisfactoriamente. — Los Padres de la Iglesia y sus escuelas hermenéuticas. — Escuela de Alejandría. — Escuelas de Siria. — El tratado de San Gregorio Nyseno sobre la obra de los seis días. — Grandes trabajos de San Agustín sobre el Génesis. — Santo Tomás de Aquino y sus reglas de interpretación. — Comentarios de Cornelio A - Lápide y de Calmet. — Tratados de Suárez y de Petavio. — El Padre Hurter y otros teólogos modernos.

I



NINGÚN libro de la Santa Escritura ha sido en estos últimos tiempos tan estudiado, tan analizado y tan combatido como el del Génesis: la trascendencia de los dogmas contenidos en el relato de la creación, ha sido la causa del ahinco con que los impíos han trabajado por destruir la autoridad divina de este libro, procurando probar que sus enseñanzas son contrarias á los descubrimientos de las Ciencias naturales: desmentida una vez por las Ciencias naturales la narración del Génesis, su autoridad divina habría quedado anulada, porque en la revelación sobrenatural era imposible que hubiera errores. Si la revelación venía de Dios, no podía ser desmentida por la Ciencia, siendo la naturaleza también obra de Dios.

En el relato que de la creación y formación del mundo hace Moisés en el primer capítulo del Génesis, hay puntos oscuros y de muy difícil interpretación: tales son, principalmente, la creación de la luz antes

que la del sol y demás astros del cielo, la existencia de aguas superiores en los espacios sublunares, la creación de las plantas antes del sol, y el significado de la palabra día, y de las expresiones mañana y tarde repetidas sistemáticamente en el relato genesíaco. ¿Qué significan estas palabras? ¿Cómo se explicarán de una manera satisfactoria esos puntos oscuros de la narración mosaica? Tales han sido las preguntas que no han cesado de hacerse los sabios desde el principio de la Iglesia hasta nuestros días: tales fueron las cuestiones, en cuyo estudio tanto divagaron los antiguos doctores é intérpretes judaicos de la Sinagoga, sin llegar á dar de ellas una explicación satisfactoria.

El objeto del Génesis es puramente religioso y no científico; cuando habla de puntos relacionados con las ciencias lo hace del modo común y ordinario, empleando el lenguaje sencillo del pueblo, el cual se expresa siempre, según el juicio, que, mediante el criterio externo de los sentidos, forma acerca de los fenómenos naturales. Los sentidos corporales son un criterio seguro de verdad, para juzgar respecto de las cosas sensibles que hacen impresión en ellos: los ojos ven que el sol aparece en el oriente, que va subiendo al cenit y que declina al occidente; que se pone y se oculta bajo el horizonte y, por eso, se dice que el sol es el que se mueve. Cada criterio de verdad juzga acerca de su objeto propio.

Para interpretar con acierto los puntos oscuros del Génesis, conviene aprovecharse del auxilio que prestan las Ciencias humanas, principalmente las experimentales y las de observación. Así lo han hecho en todo tiempo los escritores católicos, desde los Santos Padres hasta los teólogos y los intérpretes de nuestros días: desechar los auxilios de las Ciencias humanas equivaldría á privarse voluntariamente de una luz providencial, destinada por Dios mismo para esclarecer las profundidades santamente oscuras de su palabra adorable. A las Ciencias han acudido siempre los

doctores católicos, y menospreciar la luz de las Ciencias para interpretar los lugares oscuros del Génesis sería apartarse temerariamente de la regla de interpretación seguida en todo tiempo por los más doctos intérpretes católicos.

En la narración del Génesis hay puntos esencialmente unidos con el dogma católico y que constituyen la sustancia de la doctrina revelada: otros puntos de la misma narración mosaica están ligados con el dogma, pero no pertenecen esencialmente á la sustancia de él ni por consiguiente á la fe. — Los puntos relacionados de un modo indirecto con la fe revelada son todos aquellos, en que la narración mosaica está enlazada también con las Ciencias naturales, y puede ser ilustrada por ellas.

Que todas cuantas cosas existen fueron sacadas de la nada por Dios, con la sola eficacia de su querer omnipotente, he ahí una verdad, que en el relato genesíaco de la creación pertenece esencialmente y de un modo directo á la sustancia de la fe. Que el sol haya sido hecho el cuarto día, después que la luz fué criada: qué clase de días fueron los tres primeros, cuando no existía todavía el sol, he ahí puntos oscuros, relacionados de un modo indirecto con la sustancia de la revelación, y para cuya inteligencia los intérpretes acuden á las Ciencias naturales, pidiéndoles auxilio.

La autoridad de los Santos Padres en estas materias no puede considerarse como regla de fe: la enseñanza de los Padres, como órgano de la tradición, es infalible solamente en aquellos puntos relativos al dogma revelado y á la moral evangélica; pero, en asuntos relacionados con las Ciencias naturales, la interpretación de los Padres tiene la autoridad que á cada uno de ellos le hubiere granjeado su propio ingenio natural y sus mayores ó menores conocimientos en las Ciencias humanas, según el adelanto que éstas hayan tenido en la época en que escribió cada Santo Padre. Así es que, en la Iglesia católica no hay propiamente

una sola interpretación tradicional del relato mosaico de la creación; y, (lo que es todavía más digno de ponderación) ni siquiera hay unanimidad entre los Padres en la manera de explicar los puntos oscuros de la cosmogonía del Génesis. Unos los interpretan de un modo, y otros de otro modo enteramente distinto, y esta diversidad de interpretación ha dado origen á las varias escuelas de hermenéutica en que se consideran divididos los Padres, principalmente los de la Iglesia Oriental.

Los Padres griegos, que florecieron en la célebre escuela de Alejandría, como Orígenes, adoptaron el sistema alegórico para interpretar el relato mosaico de la creación: según ellos, todas las palabras del sagrado texto eran figuradas y ninguna se debía entender en sentido natural. — La narración no tenía un fondo de verdad histórica, y toda ella era una pura alegoría, que debía interpretarse en un sentido espiritual.

Este sistema ni esclarece los puntos oscuros ni resuelve las dificultades de la narración mosaica: deja á un lado las objeciones y no las desata. Tiene, además, el inconveniente de violentar el texto bíblico, quitándole el sentido literal y atribuyéndole una significación enteramente figurada. — Nació este sistema indudablemente de la influencia doctrinal de Filón; pues este célebre judío, natural de Alejandría y contemporáneo del Redentor, para conciliar las opiniones filosóficas de Platón con las doctrinas mosaicas, sostuvo que las palabras de la Escritura debían entenderse en un sentido alegórico, y no en un sentido natural.

El sistema hermenéutico del alegorismo no satisfizo á los escritores griegos de la escuela de Capadocia, quienes inventaron un sistema enteramente opuesto, enseñando que las palabras del Génesis se debían entender en un sentido natural. — El principal sostenedor del sistema literal fué San Efrén, diácono de la iglesia de Edesa, que escribió en siriaco un comentario sobre el relato de la creación. San Efrén opinaba

que las palabras del Libro sagrado debían entenderse en un sentido estrictamente literal; así es que, para el Santo, el mundo había sido criado en seis días naturales, de veinticuatro horas cada uno, en todo idénticos á los actuales, con su tarde y su mañana, como los de ahora. Este sistema es opuesto al de Orígenes: ambos son inadecuados para explicar las dificultades del texto sagrado.

San Basilio Magno, el insigne Obispo de Cesarea de Capadocia, se manifestó partidario también del sentido literal en las homilías, que compuso sobre la Obra de los seis días. Estas homilías de San Basilio sobre el Hexamerón son discursos populares, pronunciados por el Santo Obispo para instruir á su pueblo y explicarle, de un modo sencillo y ameno, el relato mosaico de la creación. Aunque adherido San Basilio al sentido literal, con todo no lo interpreta servilmente: tiene un criterio más amplio que el de San Efrén, se hace cargo de las dificultades, procura resolverlas y como que presente ó adivina, dirémoslo así, que el significado de la palabra día sería otro distinto del literal. Notables son la erudición y los muchos conocimientos que en ciencias naturales poseía San Basilio: no ignoraba este Santo Padre nada de cuanto enseñaban los sabios de su época sobre la Física, la Astronomía y la Historia natural; pero sus errores en esas materias son también los errores de aquellos tiempos, cuando en vez de observar la naturaleza se suplían los datos de la experiencia, inventando con la imaginación explicaciones de los fenómenos naturales.

San Gregorio de Nysa, hermano de San Basilio, compuso una breve explicación del relato mosaico de la creación, y esta obra es una de las más admirables que nos ha trasmitido la antigüedad eclesiástica acerca del Hexamerón. San Gregorio defiende el sentido literal, pero haciendo al mismo tiempo observaciones sorprendentes sobre el significado que pudiera darse á las palabras oscuras del sagrado texto: enseña la crea-

ción de la materia inicial, opina sobre la identidad de la sustancia material, distingue la creación propiamente dicha, de la formación del mundo, y admite el desarrollo progresivo de la tierra. — Su manera de explicar la naturaleza de la luz, es muy notable, por su originalidad: la materia primordial en su estado caótico contenía centellitas ó particulillas ígneas, las cuales, según opina San Gregorio, estaban ocultas en la materia, como las que se hallan escondidas en el pedernal y brotan al golpe del eslabón: estas centellas brotaron de la materia rudimentaria y se elevaron al cielo superior, á la región del fuego, la cual, con el ascender de esas partículas, quedó constituída, en el primer día de la creación. En el día cuarto los astros fueron formados por la agregación ó agrupamiento de esas partículas. Tal es la explicación de San Gregorio.

Los Padres Orientales creían en la existencia de los cuatro elementos, según las teorías aristotélicas sobre la constitución física del mundo: su sistema astronómico era el de Tolomeo: conocían las ciencias físicas, á medida de lo que éstas habían avanzado en la época en que los Padres florecieron, y sus errores eran también los de su época. Los Padres griegos, principalmente San Basilio y San Gregorio de Nysa, eran varones ilustradísimos en toda clase de disciplinas humanas, y no ignoraban nada de cuanto los sabios enseñaban en su tiempo.

De las dos escuelas griegas pasemos á las escuelas latinas: los orientales estuvieron divididos en dos escuelas, según el sistema que habían adoptado para interpretar la cosmogonía de Moisés: en Occidente no hubo escuela ninguna de interpretación preferida y sostenida por los Padres. — San Ambrosio explicó la obra de los seis días siguiendo á San Basilio, cuyas homilías sobre el Hexamerón tenía indudablemente á la vista el Santo Arzobispo de Milán, cuando pronunciaba las suyas: hay pasajes en que San Ambrosio no sólo sigue, sino que traduce á San Basilio. No recti-

fica los errores que en Física tiene San Basilio; antes los sigue, como no podía menos de suceder naturalmente.

Ya en San Gregorio de Nysa se encuentra un sistema de interpretación menos estrecho, menos aprisionado en las reglas del riguroso literalismo: el criterio hermenéutico de San Gregorio de Nysa no es tan ceñido al significado literal de la Escritura, que no admita la necesidad de buscar para las palabras oscuras una explicación distinta de la estrictamente literal. Su sistema no es literal sino más bien ecléctico, como el que adoptó poco después San Agustín.

II

Entre los Padres de la Iglesia ninguno ha estudiado tan de propósito el relato mosaico de la creación, ninguno lo ha comentado tan detenidamente, como San Agustín. Pareció que las oscuridades misteriosas de la cosmogonía genesiaca tentaban la mente de San Agustín y la atraían con fuerza invencible: fijaba en ellas el Santo las miradas de su agudísimo ingenio, y una vez y otra vez volvía á considerarlas, sin que, después de tanto meditar, se tranquilizara, creyendo haber descubierto el verdadero sentido de las palabras de Moisés. Hay en las *Confesiones* un pasaje, en que está patente el ansia que sentía San Agustín por entender los puntos oscuros de la narración de Moisés en el Génesis.

Tres tratados especiales sobre el Génesis compuso San Agustín: uno, que dejó incompleto; otro, en que defendió el Génesis contra los errores de los maniqueos, y otro, que es un comentario literal de aquel libro. *De Genesi, liber imperfectus; de Genesi, contra Maniqueos; y de Genesi ad litteram.* Este último tratado es la obra más extensa, que existe entre los comentarios que sobre el Génesis nos han dejado los

Padres de la Iglesia : obra admirable sobre toda ponderación.

San Agustín no admite el sistema de la exposición alegórica; antes lo deshecha, sosteniendo que el relato mosaico es histórico, y que debe ser interpretado, entendiendo en un sentido literal las palabras del historiador sagrado: no obstante, advierte que hay expresiones que no pueden tener una significación literal rigurosa, y que, sin duda, tienen otro significado, oscuro, recóndito é imposible de ser explicado. — Una de esas expresiones de significado misterioso es la palabra *Día*.

El incomparable Obispo de Hipona dice terminantemente, que en el relato genesíaco de la creación y formación del mundo la palabra día no puede menos de tener un significado distinto del literal, por el que esa palabra significa el espacio de veinticuatro horas, que se mide por la salida y la puesta del sol: ¿qué significado será ese? San Agustín duda, discurre varios significados, los presenta al examen de sus lectores con una reserva ejemplar, pero no sostiene ninguno decididamente: opina que los días genesíacos no son días naturales de veinticuatro horas; mas no se atreve á asegurar definitivamente qué clase de días serían aquellos. ¿Pensó, tal vez, el Santo que los días genesíacos eran épocas indeterminadas de tiempo? Si esos lapsos de tiempo se han de entender en el mismo sentido, en que entienden los *días - épocas* los modernos intérpretes concordistas del Génesis, juzgamos que San Agustín no tuvo ese concepto de los días genesíacos. En efecto, San Agustín opinaba que la creación del mundo había sido simultánea, y que en un solo y mismo instante de tiempo habían salido de la nada todas las cosas.

Sin embargo, esta explicación no le satisfacía completamente al Santo, y, buscando soluciones para las dificultades que encontraba en la interpretación de los puntos oscuros de la cosmogonía bíblica, alcanzó á pre-



venir algunos de los descubrimientos más famosos de las Ciencias contemporáneas. San Agustín pensó que la materia de que fueron formados los cuerpos celestes y el globo terráqueo era una misma; opinó, pues, en favor de la homogeneidad de la materia criada: enseñó que la materia se hallaba en un estado de sutileza y diafanidad inconcebible, en el momento en que por Dios fué sacada de la nada; y muy clara y terminantemente sostuvo también que el mundo físico estaba regido por leyes fijas y constantes, las cuales eran las causas de los fenómenos naturales. Según San Agustín, estas leyes eran ciertas condiciones depositadas por Dios en la esencia misma de la materia, desde el instante en que ésta fué criada.

Para San Agustín, los días del Génesis no debían entenderse en un sentido literal, sino en un sentido figurado: asimismo en un sentido figurado debían entenderse las palabras mañana y tarde; y hasta en cuanto al número de los días genesíacos, llegó el Santo á opinar que el número de siete era más bien misterioso que real, porque la materia, una vez sacada de la nada por Dios, había ido desarrollándose y transformándose sucesivamente en el tiempo, sin que hubiese habido pausas ni intervalos ningunos entre una transformación y otra. Opinaba, pues, el Obispo de Hipona ya en el siglo cuarto del cristianismo, como han opinado los sabios de nuestros tiempos: los sabios del siglo décimo nono han discurrido la teoría de la evolución, á consecuencia de los descubrimientos llevados á cabo por la Geología, la Paleontología y la Astronomía: en San Agustín hubo intuiciones científicas sorprendentes, debidas únicamente á la fuerza poderosa de su inteligencia. ¿No es de San Agustín la comparación de la semilla, en la que se hallan contenidas las hojas, las ramas, las raíces y las flores del árbol? ¿No se valió de esta comparación el Santo Doctor, para explicar cómo en los elementos de la materia primordial había estado contenido el Universo, con todo cuanto en él

existe actualmente ? ¿ No es de San Agustín la idea de que, por el firmamento que separó las aguas superiores de las inferiores el segundo día de la gran semana genesiaca, se puede entender la atmósfera, ó, como dice el Santo, el aire, por donde vuelan las aves ?

Si las Ciencias naturales hubieran estado en la época en que vivió San Agustín tan adelantadas como se hallan ahora, ¿ qué comentario tan admirable del sentido literal del Génesis no nos habría dado el gran Obispo de Hipona ? Reconociendo que en el Génesis había expresiones oscuras y pasajes de muy difícil inteligencia, recomendó la cautela y la prudencia en la interpretación de ellos. De San Agustín es aquella máxima discretísima que ha venido á constituir la regla fundamental de la Apologética católica, á saber : que en los puntos en que la Biblia se halla relacionada con las Ciencias naturales, hemos de acudir á éstas en demanda de auxilios para entenderlos, y que nunca hemos de apoyar en las palabras de la Escritura nuestras ideas acerca de los fenómenos del mundo físico, para no exponer á la burla de los sabios la revelación divina. Puede suceder, según advierte San Agustín, que un pagano posea conocimientos científicos verdaderos en las Ciencias naturales, y que un cristiano carezca de ellos : si el cristiano, disputando con el pagano, apoya sus errores científicos en textos mal entendidos de la Escritura ¿ no dará ocasión á que el infiel desprecie la Escritura, creyendo que todo cuanto ésta enseña es absurdo ? Jamás hemos de atribuir á la Escritura nuestras propias opiniones individuales ; porque, si éstas fueren erróneas, errada aparecería también á los ojos de los infieles la Escritura. Tal es la sabia máxima de San Agustín.

III

Entre los Doctores sagrados ninguno ha ejercido, después de San Agustín, una influencia más decisiva

ni más poderosa, que Santo Tomás de Aquino, llamado con justicia el Doctor Angélico.—Santo Tomás bien puede considerarse en exégesis católica como un discípulo de San Agustín, cuyas interpretaciones adopta y cuyo sistema hermenéutico recomienda. En la Suma Teológica expone las maneras diversas como ha sido interpretado cada uno de los versículos de la narración del Génesis, y hace notar en qué difiere la interpretación de San Agustín de las interpretaciones de los otros Padres, y en qué están acordes las distintas interpretaciones: nada es tan admirable como la reserva de Santo Tomás en punto á sostener exclusivamente una opinión con preferencia á otra; y sorprende su discreción en exponer las interpretaciones ajenas de modo que el lector pueda escoger la que le pareciere más aceptable. No obstante, siempre se trasluce, á pesar de la mesura del Doctor Angélico cuanto más apreciaba las opiniones de San Agustín, que las de otros expositores.

Curiosa es la opinión de Santo Tomás acerca de la naturaleza de la luz, la cual, según el Santo, no era un cuerpo aparte, distinto de los otros cuerpos, sino una cualidad inherente á los cuerpos luminosos, y derivada de la sustancia de ellos. — ¿No se podría asegurar también que, con una de esas intuiciones tan propias del genio suyo, opinaba Santo Tomás que la distinción entre los días del Génesis no era una distinción real, sino una distinción figurada? Si los seis días de la creación serán un solo día, ó si serán días realmente distintos? pregunta el Santo, y expone la opinión de San Agustín, sin contradecirla resueltamente; antes admitiéndola como probable, y aún enseñando que la duración de aquellos días se había de medir, según las cosas iluminadas por la luz, y no según la medida del tiempo diurno natural. — A Santo Tomás como á San Agustín, lo único que les faltó fué el conocimiento de las Ciencias naturales, con cuyo auxilio los expositores modernos han logrado aumen-

tar más y más los grados de probabilidad de las opiniones de ambos Santos, en quienes fué intuición científica lo que para los otros ha sido conocimiento experimental.

En el siglo décimo sexto cuando florecieron tanto los estudios teológicos principalmente en España, la exégesis bíblica casi no hizo progresos notables en la interpretación del sentido literal del relato mosaico de la creación y formación del mundo; antes, podemos decir que se miraron con cierta desconfianza las opiniones que había emitido San Agustín en punto á la naturaleza de los días genesíacos. Parece que el Protestantismo con su criterio de la libre interpretación privada de la Santa Escritura fué parte para que los expositores católicos en la explicación de la cosmogonía mosaica se adhirieran de preferencia al sistema de la interpretación rigurosamente literal, temiendo caer en el error de los reformados, si daban á las palabras de la Escritura un sentido distinto del que éstas tenían, entendiéndolas á la letra. Hubo, pues, una tendencia á interpretar el relato genesíaco de un modo servilmente literal: los días fueron seis, ni más ni menos, de veinticuatro horas y enteramente iguales á los días naturales, cuya duración se mide por el movimiento del Sol. — Así, acaso, se puede explicar de una manera plausible, por qué sabios de tanto mérito como Natal Alejandro, todavía en el siglo décimo séptimo, se manifestaban decididos por la significación rigurosamente literal del término día, en el relato del Génesis. — Natal Alejandro sostiene que, solamente por la reverencia que se le debe á San Agustín, no se puede tachar de errónea la opinión de los que pretendían que los días del Génesis no habían sido días naturales como los nuestros, es decir, días de veinticuatro horas. El sentir de Natal Alejandro era la doctrina corriente, y la que se juzgaba más ortodoxa en aquella época.

Así, tan adherido al sistema de la interpretación rigurosamente literal se había manifestado ya antes

otro teólogo, el eximio Suárez, quien defiende la opinión de que los seis días del Génesis fueron días naturales. La luz, dice, fué criada el primer día, y desde àquel día primero ya la luz fué separada de las tinieblas: los tres primeros días no fueron, pues, más que la alternativa sucesión entre la luz y las tinieblas. Concediéndole al eximio teólogo que los primeros días del Génesis se hayan constituido de la alternativa sucesión entre la luz y las tinieblas, todavía surge la duda acerca de la duración del tiempo en que había claridad, y del tiempo en que reinaba la oscuridad. — La claridad ¿duraba solamente doce horas? ¿Cómo se computaban esas horas, cuando todavía no había ni Sol ni Luna ni estrellas? La claridad de la luz ¿era igualmente intensa en todos los momentos de su duración? ¿A dónde y cómo se recogía la luz para dar lugar á las tinieblas? Las tinieblas no son sino la ausencia de la luz.

El Padre Suárez es un gran metafísico, y se distingue como tal, cuando estudia y resuelve las cuestiones abstractas de la filosofía meramente especulativa; pero, en su tratado sobre la Obra de los seis días cuando discurre acerca de los puntos de la cosmogonía mosaica relacionados con las Ciencias físicas, queda inferior á sí mismo: semejante desnivel científico, dirémoslo así, en una misma inteligencia se debe á las erradas teorías y á las nociones equivocadas, que en las Ciencias naturales dominaban en aquella época.

El método de estudio, el criterio científico era inadecuado: en las Ciencias de observación predominaba exclusivamente el sistema de las especulaciones abstractas para resolver puntos, cuyo conocimiento dependía de la experiencia. El Padre Suárez aceptaba en física y en astronomía la autoridad de Aristóteles, y, según las opiniones de este filósofo sobre el cielo y la naturaleza del primer móvil, interpretaba los puntos oscuros de la narración mosaica. — La gran reverencia que justamente se ha tributado á San Agus-

tín impidió que los teólogos de los siglos décimo sexto y décimo séptimo censuraran como erróneo el sistema de la interpretación alegórica, por el cual se daba á los días del Génesis una significación figurada.

Otro teólogo no menos célebre que el Padre Suárez, á saber el Padre Dionisio Petavio, también sostuvo y patrocinó el sistema de la interpretación servilmente literal. Sorprende que varones tan sabios, como el Padre Petavio, no hayan considerado más despacio las opiniones de San Agustín: cierto es que el Santo en su *Defensa del Génesis contra los Maniqueos* adoptó el sistema de la interpretación alegórica, siguiendo las huellas de Orígenes y de Clemente de Alejandría; pero, allí mismo, en ese libro, emitió opiniones nuevas sobre el significado literal de las palabras del Génesis; opiniones personales, que no retractó después, y que antes bien sostuvo y desenvolvió ya en su *Exposición literal incompleta*, ya en sus libros del tratado del sentido literal del Génesis. San Agustín no ha tenido, pues, una sola opinión sobre los días del Génesis: opinó que el mundo Universo había sido criado en un solo instante, y que la distinción de los seis días era alegórica; pero no se contentó él mismo con esa explicación, discurrió otras y presentó reflexiones admirables, verdaderas intuiciones científicas, las que no debieron haber pasado desapercibidas para los teólogos de los siglos décimo sexto y décimo séptimo. Hablando de la creación de las aves el día quinto, ¿no conjetura el Santo que ese día debe ser entendido en un sentido figurado, distinto del natural, porque no se puede averiguar cómo fueron criadas las aves: si ya perfectas y crecidas, ó solamente en los huevos, de los cuales debían nacer y propagarse? Si de las aguas fueron sacados primero los huevos: ¿fueron éstos fecundizados en un instante? El desarrollo de los gérmenes ¿se verificó según las leyes ordinarias de la naturaleza? Hemos de admitir milagros no necesarios en la formación del Universo? Todas estas cues-

tiones se propone á sí mismo San Agustín, lo cual manifiesta claramente que no adoptaba como opinión definitiva suya la de Orígenes acerca del alegorismo de la Escritura. ¿ Por qué condenar, pues, entonces la opinión de la significación alegórica del Génesis, dando á entender que esa ha sido la única opinión de San Agustín ? Esto sea dicho sin mengua del respeto que se merecen los teólogos de los dos últimos siglos ; aunque es claro que nuestra reverencia á San Agustín no puede menos de ser mayor que la que tenemos á cualquiera otro sabio, por famoso que sea.

Más exacto fué, al exponer la opinión de San Agustín, el erudito Padre A - Lápide en su Comentario del Libro del Génesis, pues hizo notar que el Santo no había afirmado nada, sino que había dudado y propuesto cuestiones acerca de la manera de entender el significado de los días de la creación.

El Padre Calmet, en su prolijo comentario literal del Génesis, trata ligeramente la cuestión del significado de la palabra día : expone las diversas interpretaciones admitidas en la Iglesia y concluye declarando que este punto es un arcano, cuyo conocimiento está reservado á la sabiduría divina.

Los más insignes teólogos y los más doctos expositores católicos de los tres últimos siglos han abrazado, pues, el sistema de la interpretación rigurosamente literal, inducidos por las enseñanzas, que en punto á las Ciencias naturales se tenían como verdaderas en la época en que cada uno de ellos vivía ; pero todos confesaban la obscuridad de la narración mosaica, reconocían las dificultades para interpretarla satisfactoriamente y proponían sus opiniones como conceptos privados, más ó menos probables, y no como doctrina de la Iglesia católica.

A medida que progresaban las Ciencias, han ido arrancándole sus secretos á la naturaleza ; y, con la luz que el más exacto conocimiento de la naturaleza ha proporcionado á los doctores católicos, han logrado

éstos explicar mejor los puntos oscuros y difíciles de la cosmogonía mosaica. En general, los teólogos católicos hasta fines del siglo pasado sostenían el estricto significado literal de la palabra *día*: los del siglo presente se inclinan casi unánimemente á la interpretación figurada, y opinan que la expresión *día* debe entenderse por un intervalo de tiempo indeterminado. El Padre Hurter, después de los Padres Perrone y Palmieri ha resumido, en unos pocos párrafos de su excelente curso de Teología dogmática, todo el estado de la controversia católica respecto á la cosmogonía bíblica. Expone los diversos sistemas de interpretación y aduce las razones en que cada uno de ellos se apoya, deduciendo de ahí el grado de su mayor ó menor probabilidad: los descubrimientos de la Astronomía, los hechos comprobados por la Geología y la Paleontología, y las revelaciones casi inesperadas de las Ciencias físicas inducen á admitir para las palabras *día*, *mañana* y *tarde* un significado distinto del rigurosamente literal.

La exégesis católica, al aprovecharse de los descubrimientos científicos para aclarar los puntos oscuros del relato mosaico de la creación, no se ha separado ni en un ápice de las reglas de interpretación establecidas por los Padres y Doctores católicos, principalmente por San Agustín y Santo Tomás. — Con esa gran discreción, que tanto distingue al Doctor Ángelico, se expresa del modo siguiente: “Respecto de las cuestiones en que la Escritura está relacionada con las Ciencias, según enseña San Agustín, se han de observar dos cosas. Primera, se ha de sostener inconcusamente la verdad de la Escritura. Segunda. Como la divina Escritura puede ser expuesta de muchas maneras, no debe nadie aferrarse tanto á una explicación, que sostenga que ese y no otro es el sentido de la Escritura, aunque de un modo seguro se le pruebe que lo que sostiene es falso, pues así se expondría la Escritura á las burlas de los infieles, y á éstos se les cerraría el camino para la fe”. — Así se expresa Santo Tomás.

La Iglesia católica no ha menospreciado jamás el cultivo de las ciencias, ni la revelación tiene nada que temer de los descubrimientos científicos.

Véanse las siguientes: — Obras de SAN AGUSTÍN; nos referimos siempre á la edición de Luis Vivès, con el texto latino y la traducción francesa. — Obras de SAN BASILIO MAGNO.—Obras de SAN GREGORIO NYSENO. En la edición de la Patrología greco-latina de Migne. SUÁREZ. — De opere sex dierum. En las obras completas de este autor, volumen tercero de la edición de L. Vivès. — PETAVIO. — De opere sex dierum, en el curso ecuménico de Teología, volumen 7º de la edición de Migne. NATAL ALEJANDRO. — Historia eclesiástica, obra latina, en la edición anotada por Roncaglia. Volumen primero. CORNELIO A-LÁPIDE. — Comentario latino sobre el Génesis. — PERRONE. — Prelecciones teológicas. — HURTER.—Curso de Teología dogmática.

CEILLIER.—Historia de los autores eclesiásticos.—FREPPÉL. — Curso de elocuencia sagrada. Volúmenes relativos á Clemente de Alejandría y á Orígenes. — VIGOUROUX. — Cosmogonía de los Padres de la Iglesia, en sus "Misceláneas bíblicas". — AUGER.—Traducción en francés de las homilias de San Basilio sobre el Hexamerón. — BAUNARD. — Historia de San Ambrosio. — ALZOG. — Tratado de Patrología. — YUS. — Patrología. — Todas estas obras, excepto la última, están en francés.

En cuanto á Santo Tomás de Aquino, nos referimos á las Obras completas del Santo, en la edición de París hecha por L. Vivès.

NOTA SEGUNDA

SOBRE LOS APOLOGISTAS DE LA RELIGIÓN EN GENERAL



La ciencia de la Apologética tiene por objeto exponer los dogmas de la Religión, explicarlos y desvanecer las dificultades que contra ellos se opongan, refutando las objeciones de los adversarios y analizando los fundamentos en que las apoyan.—La defensa de la historia de la creación referida por Moisés en el Génesis, no puede menos de ser uno de los objetos de la polémica católica en nuestros días. Hay apologistas que han abrazado todo el conjunto de la Religión, con sus dogmas, con su moral y con su culto, y así han tratado también de todo lo relativo al relato mosaico de la creación, por ser este punto uno de los más esenciales de la enseñanza católica. — Otros han compuesto de propósito obras especialmente destinadas á exponer la doctrina de la Iglesia sobre la creación, explicando la narración de Moisés y defendiéndola de los ataques, que, en nombre de las ciencias, se le han dirigido.

Enumeraremos primero las obras de los apologistas, que han tratado de la defensa de la Religión en general, citando solamente aquellos autores en cuya doctrina hemos apoyado nuestras opiniones.

VENTURA DE RÁULICA. — La Creación. Las conferencias sobre la creación forman parte de su exposición de la Religión, titulada la “Razón católica y la razón filosófica”.

AUGUSTO NICOLÁS. — Estudios filosóficos sobre el Cristianismo. — En la defensa de la narración de Moisés se ha equivocado algún tanto, haciendo á las hipótesis científicas el honor de compararlas con el relato

mosaico, cuando el acuerdo entre la Revelación y la Ciencia estará solamente en lo demostrado como cierto y verdadero, y no en lo hipotético y condicional.

CAUSETTE. — El buen sentido de la fe. — La obra de este ilustre apologista francés pudiera considerarse como un extenso corolario de las definiciones del Concilio del Vaticano sobre las relaciones entre la razón y la fe. — La obra de Causette es posterior á la de Augusto Nicolás.

GRATRY. — Cartas sobre la Religión. — Trata ligeramente del acuerdo entre las Ciencias y la Revelación.

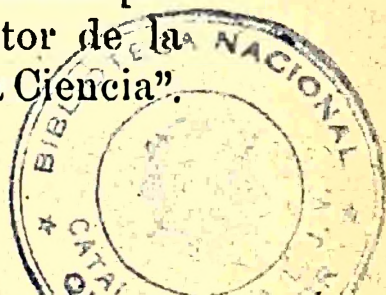
MARTINET. — La filosofía del Catecismo católico. También apologista francés, cuya elevada inteligencia fué reconocida y aplaudida por el exigente polemista Luis Veuillot, redactor del "Universo".

FÉLIX. — El célebre orador de Nuestra Señora de París, en una de sus Conferencias sobre *El Progreso por el Cristianismo*, trató de la armonía entre la narración de Moisés y las verdades demostradas por las Ciencias naturales. — Conferencias predicadas en la Catedral de Nuestra Señora de París el año de 1863.—Conferencia tercera.—El Génesis y las Ciencias modernas.

MONSABRÉ. — El Reverendo Padre Monsabré, sucesor del Padre Félix en el púlpito de Nuestra Señora de París, ha consagrado también una de sus Conferencias á la Exposición del dogma de la creación, considerándolo desde el punto de vista de sus relaciones con las Ciencias de observación. — Exposición del dogma católico, Conferencia XIII y Conferencia XIV, en la cuaresma de 1875.

BOUGAUD. — El Cristianismo y los tiempos presentes. Apología de la Religión católica escrita con elocuencia: la han censurado, por su manera de opinar en cuanto al Syllabus.

MIR. — Armonía entre la Ciencia y la Fe. Acaso la mejor entre las muchas refutaciones publicadas por los escritores católicos contra Drapper, autor de la "Historia de los conflictos entre la Religión y la Ciencia".



CÁMARA. — Refutación de la obra del mismo Drapper.—Mir considera el asunto desde un punto de vista especulativo y sintético; Cámara lo acomete por el lado positivo, y emplea el arma de la erudición: Mir demuestra que el conflicto entre la Ciencia y la Fe era metafísicamente imposible; Cámara hace ver que ese conflicto no ha existido.

PERUJO. — Manual del Apologista católico. Con tan modesto título se recomienda la obra del erudito refutador del famoso astrónomo Flammarion.—Perujo es muy conocido por su "Estudio sobre la pluralidad de los mundos habitados".

MENDIVE. — La Religión católica vindicada de las imposturas racionalistas. — La obra del Padre Mendive merece ocupar un lugar eminente junto á las de Mir y del Rmo. Cámara: la claridad, la sencillez y una selecta erudición la hacen muy recomendable.

THOMAS. — Los tiempos primitivos y los orígenes religiosos. Es un tratado sumario de apología, hecho en francés con claridad y elegancia, sin aventurar opiniones atrevidas, aunque se adhiere demasiado á la interpretación literal.

HETTINGER. — Apología de la Religión católica. Muy conocida es y muy justamente celebrada la obra del distinguido escritor alemán.

BROGLIE. — De la necesidad de la Apologética y del progreso de ella en nuestros tiempos.—Un opúsculo corto, en francés: contiene observaciones muy atinadas y muy oportunas.

STOPPANI. — El dogma y las Ciencias positivas ó sea la misión Apologética del Clero en el conflicto moderno entre la razón y la fe. — Obra escrita en italiano por el distinguido geólogo milanés, Don Antonio Stoppani. Merece no sólo ser leída, sino estudiada, á pesar de todo cuanto han dicho contra ella los émulos del ilustre autor. — Stoppani es sacerdote.

Distingue este autor varias escuelas de apologistas: los tradicionalistas ó *literalistas*, que interpretan

la narración del Génesis en un sentido rigurosamente literal: los *concesionistas*, que explican la Biblia, haciendo á las Ciencias cuantas concesiones les parecen necesarias: los *ultraconcesionistas*, que interpretan arbitrariamente la Escritura, con el fin de suprimir todo cuanto pudiera parecer contrario á las teorías científicas: los *concordistas*, que buscan la armonía entre las verdades reveladas y las hipótesis científicas.

Los literalistas destruyen la Ciencia y la sacrifican en beneficio de la fe; los concesionistas sacrifican la revelación á la Ciencia; y los concordistas se apresuran á poner de acuerdo la Biblia con teorías, que hoy son aceptadas como verdaderas, y que mañana se dejarán á un lado como falsas. — Entre los literalistas figura el Padre Bozicio, jesuíta, como el más aferrado á la interpretación rigurosamente literal: la interpretación rigurosamente literal conduce á sentidos absurdos en el texto sagrado. — Los ultraconcesionistas niegan implícitamente todo lo sobrenatural, con tal de no chocar con las Ciencias naturales; así interpretan, por ejemplo, en un sentido simbólico la presencia del Querubín con la espada de fuego, puesto por Dios á la entrada del Paraíso terrenal, diciendo que no puede menos de ser un volcán en actividad.

DUILHÉ DE SAINT-PROYET. — Apología científica de la fe católica. — Esta obra ha sido traducida al castellano por el conocido escritor católico español Polo y Peirolón. Para juzgar del mérito de tan pequeño, pero excelente libro, basta recordar que ha sido elogiado por el sabio Papa León décimo tercero. Recomendamos la cuarta edición francesa. Tolosa, 1897.

Como se habrá advertido fácilmente, las obras que acabamos de citar están en diversos idiomas, y los títulos de ellas los hemos transcrito en castellano, para mayor comodidad de nuestros lectores; pues, nuestra obra no es para los sabios, sino para los que ni son doctos ni se precian de serlo.

Haremos una indicación, que nos parece necesaria

respecto de los *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo* de Augusto Nicolás. De esta célebre obra tenemos en castellano una sola edición: en francés conocemos hasta la edición vigésima sexta, en la cual los editores han hecho correcciones y mejoras en los capítulos consagrados al estudio del relato mosaico de la creación, para poner el primitivo trabajo del piadoso jurisconsulto de Bourdeaux al nivel de los descubrimientos científicos contemporáneos.

GATTI.—Instituciones apologético-polémicas acerca de la verdad y de la divinidad de la Religión.—En latín. Expone los argumentos en que se apoyan los diversos sistemas de interpretación en cuanto á los días genesíacos y hace ver la libertad que en ese punto hay entre los católicos.

ORTÍ Y LARA.—La Ciencia y la divina Revelación. Obra escrita también contra Drapper, y premiada por la Academia de Ciencias morales de Madrid, con el *accessit*, en el concurso del año de 1878.



NOTA TERCERA

APOLOGISTAS ESPECIALES DEL LIBRO
DEL GÉNESIS Y DE LA HISTORIA
MOSAICA DE LA CREACIÓN

I. — WISSEMAN. — Discursos sobre las relaciones, que existen entre la Religión revelada y la Ciencia. En sus discursos hace el esclarecido Wisseman una comparación atinada entre los datos de las Ciencias de observación y las enseñanzas dogmáticas de la Religión católica, procurando poner de manifiesto la armonía que reina entre aquéllos y éstas. Su discurso sobre la unidad de la especie humana es, acaso, el mejor; los que consagra al análisis de las lenguas son excelentes; pero los que tratan de las relaciones entre la Geología y la Biblia no pasan de ser un ensayo de conciliación, pues las opiniones del Cardenal acerca del período de trastorno de nuestro planeta, carecen de fundamento. Esa creación de faunas y de floras antes de la aparición de la luz, para ser luego destruidas, volviendo los elementos materiales al estado caótico, violenta el sentido literal genuino del texto bíblico.

Los discursos del Cardenal Wisseman fueron traducidos al castellano, y hay dos ediciones de ellos; la primera hecha en Madrid, y la segunda en París: esta segunda edición se hizo por Garnier, y con la obra de Du-Clot forma el volumen complementario de la edición de la Biblia de Scio.—Recomendaremos nosotros la traducción francesa, que se halla en el tomo décimo quinto de las *Demostraciones evangélicas*, publicadas por Migne; pues la ilustran algunas notas importantes y el análisis de la obra de BUCKLAND titulada *La Geología y la Mineralogía en sus relaciones con la Teología natural*.

II. — BONALD. — Moisés y los geólogos modernos. Este opúsculo tiene actualmente muy poca importancia: el autor no reconocía los descubrimientos de la Geología y de la Paleontología zoológica verificados en su época; y, en vez de estudiar las objeciones, las rechazaba. Bonald era un sincero católico, pero no conocía bien las Ciencias físicas: los fósiles eran para él una consecuencia exclusiva del Diluvio mosaico; y, para no admitir las épocas geológicas, la única razón que daba era, que faltaba la causa moral, porque el hombre todavía no existía; pues, según Bonald, toda catástrofe física tiene por causa el pecado.

III. — DEBREYNE. — Teoría bíblica de la Cosmogonía y de la Geología. Hállanse en esta obra equivocaciones graves respecto de la Paleontología, y asimismo observaciones ingeniosísimas sobre los agentes físicos. El estudio sobre el Diluvio es el más ingenioso. — Esta obra y la anterior están traducidas al castellano.

IV. — MOIGNO. — Los esplendores de la fe, ó armonía perfecta de la Revelación y de la Ciencia, de la Fe y de la Razón. El autor es demasiado conocido en la República de las letras: su obra, escrita en un estilo árido, ha tenido la desgracia de ser traducida al castellano por traductores, que ignoraban las Ciencias y no conocían el castellano, por lo cual se hace difícil la lectura de un libro destinado á producir un gran bien en la sociedad. — En cuanto al Diluvio, Moigno defiende la universalidad geográfica.

V.—DESSAILLY. — Los Libros Santos y la Ciencia, mutuo acuerdo entre ellos. — Esta obra es un Compendio de *Los Esplendores de la Fe*, hecho por el Abate Dessailly, bajo la dirección del mismo Abate Moigno. Está en francés, y es de grande utilidad por el método con que ha sido redactado, y hasta el estilo es menos desaliñado que en la obra extensa de Moigno.

VI.—PIOGER.—La obra de los seis días en presencia de la Ciencia contemporánea. Obra escrita en fran-

cés: exposición clara, estilo fácil y ameno; prudente reserva en punto á admitir ó deshechar hipótesis científicas.

VII.—POZZY.—La Tierra y el relato bíblico.—En francés.—El autor era miembro de la Sociedad de Antropología de París, y poseía en Ciencias naturales gran caudal de conocimientos. Sus Conferencias, pronunciadas en el Trocadero, reducidas después á libro, con notas y apéndices, deben ser leídas por todo el que desee instruirse en los datos de las Ciencias naturales, sin acudir á libros científicos, de lenguaje técnico.

VIII.—DE VALROGER.—El génesis de las especies. Estudios filosóficos y religiosos sobre la historia natural y los naturalistas contemporáneos.

IX „ La edad del mundo y la edad del hombre, según la Biblia y la Iglesia.—Son dos obras, escritas en francés por uno de los más doctos oratorianos de París: las cuestiones científicas están tratadas de un modo claro y sencillo. Las obras del Padre Valroger ahorrarán mucho trabajo á los que quieran consagrarse al estudio detenido de los puntos de la Religión relacionados con la Historia natural.

X.—MAUPIED. — Dios, el hombre y el mundo, conocidos mediante los tres primeros capítulos del Génesis. — Nuevo bosquejo de una filosofía positiva desde el punto de vista de las Ciencias en sus relaciones con la Teología. — Obra extensa y recomendable por muchos títulos. Maupied fué sacerdote y profesor de Escritura Santa en la Sorbona, donde pronunció estas conferencias, que luego fueron impresas en tres gruesos volúmenes. El tercero trata solamente de la Geología y de la Paleontología, ciencias en cuyo estudio era muy versado el autor. — En cuanto á la novísima cuestión del hombre-fósil, dice muy poco, porque en 1847 todavía no se agitaba esta cuestión en las escuelas de Antropología.

XI. — CARRANRAIS. — Estudios sobre los orígenes, desde el punto de vista comparativo entre el estado ac-

tual de la Ciencia y la narración de la Cosmogonía de Moisés.—En francés.—El autor adopta la hipótesis de Laplace, y según ella explica la historia de la formación del mundo, concordándola con la Biblia. — Carranrais pertenece á la escuela concordista.

XII. — CHOYER. — El génesis del globo terrestre según las tradiciones antiguas y los descubrimientos de la Ciencia moderna. — En francés.—Obra escrita para impugnar las opiniones de Faye en punto á la Cosmogonía mosaica.

XIII. — SORIGNET. — La Cosmogonía de la Biblia, ante las ciencias perfeccionadas. — En francés. — El autor pudiera calificarse como literalista : las ciencias se han perfeccionado cada día más y más, luego la Biblia no puede estar de acuerdo con lo hipotético, sino con lo cierto.

XIV. — REUSCH.—La Biblia y la naturaleza. Lecciones sobre la historia bíblica de la creación en sus relaciones con las Ciencias naturales. — Reusch fué alemán, profesor de Santa Escritura en la Universidad de Bonn : citamos la traducción francesa de Hertel.

XV. — MOTAIS. — Origen del mundo según la tradición.

XVI „ El Diluvio bíblico ante la Fe, la Escritura y la Ciencia.—Ambas obras están en francés.

XVII. — MEIGNAN. — El mundo y el hombre primitivo, según la Biblia. En francés.

XVIII —GAINET. — Acuerdo entre la Biblia y la Geología en punto á la creación de los seis días, á la narración del Diluvio y á la época de la aparición del hombre. — En francés.

XIX. — ARDUIN. — La Religión en presencia de la Ciencia. — Lecciones sobre el acuerdo entre los datos de la revelación bíblica y las teorías de las ciencias modernas.—En francés. — Obra de gran aliento, pero le falta la parte relativa á la Antropología.

XX. — VIGOUROUX. — Manual Bíblico, ó Curso de Escritura Santa.

• XXI. — VIGOUROUX. — Los Libros Santos y la crítica racionalista.

XXII „ La Biblia y los descubrimientos arqueológicos en Palestina, en Egipto y en Asia. El nombre de este sabio contemporáneo es muy conocido, y el mérito de sus trabajos sobre la Biblia no necesita recomendación.

XXIII. — LEFÈVRE. — La obra del cuarto día de la creación, según la Biblia y la Ciencia. — 1882.

XXIV. — CASTELEIN. — La primera página de Moisés y la Historia de la Tierra. — 1884.

XXV. — KERNAËRET. — Los orígenes. — Comentario sobre los cinco primeros capítulos del Génesis. — 1870.

XXVI. — FABRE D' ENVIEU. — Los orígenes de la Tierra y del Hombre, según la Biblia y según la Ciencia, ó el Hexamerón genesiaco considerado en sus relaciones con las enseñanzas de la Filosofía, de la Geología, de la Paleontología y de la Arqueología prehistórica. — 1873. — Este autor es partidario decidido de la teoría de Wisseman, y sostiene que la palabra *creavit* del Génesis, en el primer versículo, no significa la creación ó el sacar las cosas de la nada, sino la nueva organización dada á nuestro planeta, después del cataclismo que lo hizo volver al caos; opinión, que, como lo hemos dicho ya antes, no puede aceptarse.

XXVII. — LAVAUD DE LESTRADE. — Acuerdo de la Ciencia con el primer capítulo del Génesis. — 1885.

XXVIII „ Refutación metódica del Transformismo y del Darwinismo. — 1885.

XXIX. — DESSAILLY. — El Paraíso terrestre y la raza negra, en presencia de la Ciencia. — Sin fecha.

XXX. — GILBERT. — Los orígenes. Cuestiones de Apologética. — Sin fecha. Sin embargo, la publicación de estas dos obras es del año de 1895 al de 1896.

XXXI. — BERNARD. — Historia de las revelaciones y comunicaciones divinas: su razón de ser. — Tomo primero. — 1879.

XXXII. — CRELIER. — Comentario del Libro del

Génesis. — 1889. (Forma parte de la Biblia publicada por la casa editora de Lethielleux).

XXXIII. — HUMMELAUER. — Comentario sobre el Libro del Génesis. — 1894. En latín. (Hace parte del Curso de Escritura Sagrada que actualmente están publicando los Padres Jesuítas alemanes). Obra de grande erudición y de verdadero mérito científico.

XXXIV. — GLAIRE Y VIGOUROUX. — La Santa Biblia. (Traducción francesa de la Vulgata). — La traducción de Glaire tiene el mérito de haber alcanzado la recomendación de la Santa Sede; pues Pío Nono, á petición de muchos Prelados franceses, la hizo examinar por la Sagrada Congregación del Indice, la cual emitió un informe favorable el 22 de Enero de 1873.— Vigouroux publicó una nueva edición de esta Biblia el año de 1889: la enriquecen preciosas notas relativas á la Cosmogonía mosaica.

XXXV. — FILLIÓN. — La Santa Biblia. Comentada según la Vulgata y los textos originales. — 1888.

XXXVI „ Atlas de Historia natural de la Biblia, según los monumentos antiguos y las mejores fuentes modernas y contemporáneas. — Ambas obras están en francés.

XXXVII. — GAINET. — La Biblia sin la Biblia ó Historia del Antiguo y del Nuevo Testamento sólo mediante los testimonios profanos.—Primera época. (En esta obra se encuentran reunidas y comparadas con la narración de Moisés todas las cosmogonías de los pueblos del Antiguo y del Nuevo Mundo). De este mismo autor citamos ya otra obra.

XXXVIII. — DUMAX. — Revisión y reconstrucción de la Cronología bíblica y de la profana. — 1886.

XXXIX. — DU-CLOT. — La Santa Biblia vengada de los ataques de la incredulidad. — De esta obra hay dos ediciones en castellano: nosotros preferimos la moderna edición francesa, enriquecida con las notas de Crampon. — 1875.

XL. — GLAIRE.— Los Libros Santos vengados. El

autor adoptó el sistema de la interpretación rigurosamente literal, como el más conforme con la verdad histórica del texto del Génesis en la narración de la creación y formación del mundo. — Del mismo autor es la Introducción á los Libros del Antiguo y del Nuevo testamento.

XLII. — LE - NOIR. — Diccionario de Teología de Bergier, adicionado con notas del abate Le - Noir. — En la última edición francesa hecha por Luis Vivès.

XLII.—HAMARD.—La edad de la piedra y el Hombre primitivo. — 1883.

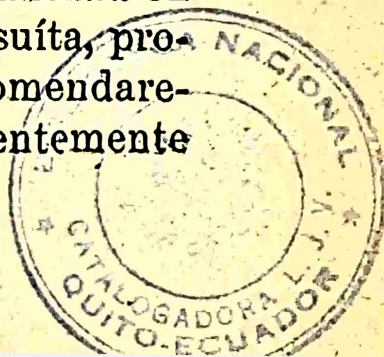
XLIII. — BRUNENGO. — El imperio de Babilonia y el de Nínive. (Estudio histórico hecho según los monumentos cuneiformes comparados con la Biblia). — El autor fué uno de los más doctos redactores de la *Civiltá Cattolica*. En el capítulo primero compara la Cosmogonía mosaica con la Cosmogonía caldea. Esta obra está en italiano.

XLIV. — BREVET. — Paralelismo entre la Geología y la Biblia.

Todas estas obras escritas por sabios europeos, manifiestan la diligencia con que se estudian las cuestiones científicas relacionadas con la Biblia. Hemos enumerado las últimas obras según el orden cronológico de su publicación, porque importa mucho conocer el tiempo en que han sido publicadas, para juzgar con acierto acerca del mérito de éllas en cuanto á las apreciaciones científicas de sus autores, pues algunos de ellos tienen un criterio demasiado amplio en la interpretación del sentido literal de la Escritura.

XLV. — ZAHAM. — Ciencia católica y sabios católicos.

XLVI „ Biblia, Ciencia y Fe. — Estas dos últimas obras están en inglés: tienen claridad en la exposición y gran sencillez. El autor es jesuíta, profesor de Física en los Estados Unidos. Recomendaremos la traducción francesa publicada recientemente



en París en la Librería de Lethielleux : se han traducido también al italiano.

Las obras, que hemos citado últimamente, resumen los trabajos de la exégesis bíblica en Francia. Choyer hizo un libro de polémica : su mérito está en la exposición sumaria de las ideas de los antiguos respecto de la formación primitiva del mundo. Sorignet se apresuró á emitir un juicio muy absoluto relativamente á las hipótesis geológicas, y aún á los datos ciertos de la Geología y de la Paleontología. Gainet anduvo más discreto, y, con tino, separó lo cierto de lo hipotético, y manifestó que el acuerdo entre la Biblia y las Ciencias no era imposible, dentro de los límites de lo cierto, y de lo demostrado como verdadero. Arduin acometió una empresa gloriosa, exponiendo las teorías científicas modernas y analizándolas, á fin de compararlas con la narración del Génesis : su trabajo sobre la Cosmogonía y la Geología es obra acabada bajo muchos respectos. No es escrito de ocasión sino obra docta, que pasará á la posteridad.

Vigouroux y Motais han presentado reunidos y dispuestos metódicamente todos los pasajes de los Santos Padres, así orientales como occidentales, relativos á la exposición de la Cosmogonía mosaica, con lo cual han prestado un gran servicio á la Ciencia católica.

XLVII. — PIANCIANI. — Cosmogonía natural comparada con el Génesis.—En italiano.—El Padre Pianciani compuso también una obra latina sobre este mismo asunto, la cual se halla reimpressa en la edición del comentario sobre el Génesis de A-Lápide, publicada por Vivès. La obra italiana es una de las mejores que posee la literatura católica sobre tan importante asunto.

XLVIII. — MOLLOY. — Geología y Revelación. — Obra escrita en inglés : nosotros citamos la traducción francesa, hecha por el Abate Hamard.—Las notas del traductor tienen gran mérito.

XLIX. — ALMERA.—Cosmogonía y Geología. Tal vez, fué esta obra la primera que en estos tiempos se

publicó en España, para manifestar la armonía entre las Ciencias y la Revelación: hablamos de obras originales, debidas á escritores católicos españoles. — Años antes, el sabio geólogo Vilanova y Piera, en su obra titulada “Geología aplicada á la agricultura”, había ofrecido un ensayo de acuerdo entre la Geología y la narración de Moisés en el Génesis.

L. — GONZÁLEZ. — (El Emmo. Cardenal Don Fray Zeferino). — La Biblia y la Ciencia. — De entre cuantas obras hay en castellano sobre este importante asunto, ésta es la que merece más ser leída por todos. Su lectura no puede menos de ser provechosa.

LI. — MIR. — La Creación, según que se contiene en el primer capítulo del Génesis. — Madrid, 1890. Obra llena de erudición y de sagacidad: su lectura es difícil, porque el autor emplea á menudo tantos arcaísmos, que el lenguaje resulta oscuro y muy amanerado. Sin embargo, el libro es, sin disputa, un timbre glorioso para la ciencia española contemporánea. — El autor de esta obra es el R. P. Juan Mir de la Compañía de Jesús.

LII. — MARCEL DE SERRES. — La Cosmogonía de Moisés, comparada con los hechos geológicos. — Citamos la traducción castellana de esta obra. — Marcelo de Serres fué naturalista y publicó una obra sobre las emigraciones de las aves, y otra sobre el problema acerca de la formación del Universo. La formación del Universo ¿ estará ya terminada ?

LIII. — POLO Y PEYROLÓN. — Supuesto parentesco entre el hombre y el mono. — Ligera refutación del error de Darwin, hecha con claridad y sencillez.

LIV. — PÉREZ MINGUEZ. — Refutación á los principios fundamentales del libro titulado “Origen de las especies” de Carlos Darwin. — Valladolid, 1880.

LV. — BIANCONI. — La teoría darwiniana y la creación llamada independiente. — En italiano. El autor era profesor de la Universidad de Boloña. — Su obra está traducida al castellano.

LVI. — HARTMANN. — El darwinismo, lo verdadero y lo falso de esta teoría. El autor es alemán: nos referimos á la traducción castellana de su obra.

LVII.—LAMBERT.—El Diluvio mosaico.—Opúsculo en francés. — Lambert era naturalista, y había publicado antes unos “Elementos de Historia natural”, bastante apreciables.

LVIII. — GONZÁLEZ ARINTERO. — (El Padre Fray Juan). — El Diluvio universal probado por la Geología.—Sostiene el autor la universalidad antropológica.

LIX.—VIGIL.—(El Rmo. Obispo de Oviedo, también religioso dominicano como el anterior).—La Creación, la Redención y la Iglesia. — Además en sus *Elementos de Historia natural y de Higiene* ha hecho un resumen corto pero precioso, de los datos positivos de las Ciencias naturales y de las enseñanzas de la Biblia, mostrando la armonía que reina entre la Ciencia y la Revelación. El Rmo. Vigil sostiene, como el Cardenal Zeferino y el Padre Arintero, la universalidad antropológica del Diluvio mosaico. — Esta opinión ha sido combatida por el Señor Valbuena, Magistral de Toledo, en la obra, que sobre exégesis bíblica acaba de publicar, con el título de *Egipto y Asiria resucitados*.— El R. P. Arintero ha contestado á las objeciones del Señor Valbuena, en una serie de artículos, que han visto la luz pública en “La Ciudad de Dios” de Madrid, en el presente año de 1896.

Para concluir esta nota, citaremos los escritos de tres autores notables, que, de una manera incidental, han tratado de la armonía entre el relato mosaico de la creación y las Ciencias naturales. Estos escritores son César Cantú, Darras y Rhorbacher: el primero en su *Historia universal*, y los segundos en la *Historia general de la Iglesia católica*, que cada uno de ellos escribió.

Finalmente, en las dos revistas españolas tituladas, una *La Ciudad de Dios* y otra *Revista calazancia* se han publicado recientemente artículos notables so-

bre las relaciones entre las doctrinas de la Biblia y los datos de la Ciencia. — “La Ciudad de Dios” se escribe por religiosos agustinos: la “Revista Calazancia” es obra de los Padres Escolapios.

LX. — NADAILLAC. — Costumbres y monumentos de los pueblos prehistóricos. — 1888.

Sobre las edades prehistóricas y el hombre fósil se hallan muy excelentes artículos en la autorizada Revista italiana titulada *Civiltà Cattolica*.

Claro está que en la presente nota no hemos enumerado sino únicamente las obras de que nosotros tenemos conocimiento, y cuyo estudio nos ha servido para componer nuestro humilde trabajo sobre la Cosmogonía del Génesis: enumerar todas ni nos hemos propuesto ni hubiera sido fácil hacerlo.

El Abate Henry en su colección de discursos sagrados titulada *Magnificencias de la Religión*, ha presentado extractos de las Veladas de Montléry de Desdouits, y también de los Elementos de Geología sagrada, del Abate Daniélo. — (Volumen cuarto de la serie primera).

LXI. — JAUGEY. — Diccionario apologético de la fe católica. — (Contiene artículos preciosos sobre todas las cuestiones científicas relacionadas con la Biblia).

LXII. — D' ALLIOLI. — Nuevo comentario literal, crítico y teológico, con referencia á los textos primitivos de todos los Libros de la Divina Escritura. Es obra de un sabio exegeta alemán, que ha merecido la aprobación de la Santa Sede.—Nosotros hacemos uso de la traducción francesa de Gimarey.—Edición sexta. 1876.

LXIII.—Los artículos que se encuentran en el *Diccionario castellano de Ciencias eclesiásticas*, publicado en Barcelona por Perujo y Angulo, es preciso advertir que no están todos al nivel de la Apologética católica; pues, algunos de ellos quedan inferiores á las justas exigencias científicas de la polémica contemporánea en

lo relativo á la concordancia de las Ciencias naturales con la narración del Génesis.

LXIV. — Vindicias de la Santa Biblia. — (Publicación hecha en Barcelona por los directores de la “Biblioteca de la verdadera ciencia española”. — 1888).

Finalmente, juzgamos necesario advertir aquí, que para la transcripción de los pocos textos hebraicos que hemos reproducido en algunas notas, nos hemos servido de la Biblia hebraica de Hann, edición de Leipzig, año de 1868: para la transcripción de los textos griegos, hemos tenido presente la edición, que de la versión de los Setenta hizo en París en la tipografía de Didot, el año de 1878, el Abate J. N. Jager, Canónigo honorario de Nancy.



NOTA CUARTA

SOBRE LA MANERA COMO MOISÉS PUDO
HABER ESCRITO EL GÉNESIS

EMOS dicho, que todo el relato de la creación pudo haber sido en su origen un documento, conservado en la familia de los Patriarcas: hemos añadido, que ese documento pudo muy bien ser no oral solamente sino escrito, y aún opinamos que no estaba redactado en sencilla prosa histórica, sino en estilo elevado, figurado y poético, lo cual le daba el carácter de un cántico sagrado, de un himno religioso, cuyo origen convendría atribuir á Adán, el padre del linaje humano. Mas, como esta nuestra opinión pudiera parecer, talvez, muy equivocada, declaramos aquí que, de ningún modo, aceptamos el sistema de los exegetas racionalistas, que han sostenido que el Génesis no era un libro homogéneo sino un conjunto de fragmentos antiguos de épocas distintas, debidos á autores también diversos. El Génesis es para nosotros un libro auténtico, cuyo autor, divinamente inspirado, fué uno solo, á saber, Moisés, el Legislador del pueblo de Israel.

Sin embargo, Moisés no pudo menos de emplear medios humanos para escribir su libro, y entre esos medios humanos debemos enumerar el estudio de la tradición conservada en las familias de los Patriarcas. Esa tradición es casi seguro que no fué simplemente oral sino escrita; pues la escritura estaba ya perfeccionada siglos antes de Moisés. Además éste procedió muy sabiamente consiguiendo en el Génesis la tradición en los mismos términos en que era repetida por los israelitas.

Que en el Génesis haya fragmentos poéticos es indudable: uno de ellos es la canción de Lamech á sus

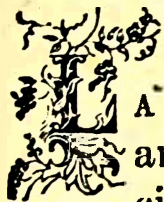
dos mujeres ; también la bendición de Jacob á sus doce hijos, &. — Puede consultarse el libro del Doctor Julián intitulado *Estudio crítico sobre la composición del Génesis*. — En francés. — 1888. La teoría acerca del origen fragmentario del Génesis fué invención de los racionalistas modernos, y el único católico que la haya adoptado de buena fe es el orientalista Lenormant, cuya obra titulada *Los Orígenes de la Historia* ha sido puesta en el Índice expurgatorio por la Sagrada Congregación del Índice.

En cuanto á nuestra conjetura de que la narración genesíaca es un poema, nos parece necesario advertir que esto no se ha de entender en el sentido riguroso de la palabra, sino en una acepción lata y sólo en lo relativo al estilo y á la manera de la construcción de los períodos ; pero sin versificación ni paralelismo. Esta nuestra opinión ha sido sostenida ya por algunos exegetas, insignes concedores de la lengua y de la literatura hebraica.



NOTA QUINTA

SISTEMA GEOGÉNICO



A manera cómo se ha formado el mundo es un arcano impenetrable en el orden natural: la ciencia no puede conocerlo ni menos demostrarlo: lo único que puede es conjeturarlo con más ó menos probabilidad, por medio de inducciones, fundadas en hechos demostrados por la experiencia.

Laplace discurrió solamente acerca de la formación de nuestro sistema planetario; después se aplicó su sistema á la formación de todo el Universo corpóreo. — Nosotros no aceptamos todos los hechos de que se compone el sistema de Laplace; antes nos hemos permitido modificarlo, mediante las observaciones hechas por Faye. Así, nos parece probable el estado de incandescencia de nuestro globo terráqueo en una época anterior á la incandescencia del cuerpo solar.

La materia criada por Dios es una sola, atendida la esencia íntima constitutiva de élla: la materia fué criada en un estado de sutileza inconcebible: su primera condición fué la del reposo más absoluto. El movimiento lo recibió del Criador.

En cuanto á la temperatura, ésta opinamos que fué la más baja de que es capaz la materia.

La voluntad divina le impuso á la materia leyes fijas y constantes, mediante las cuales se ha ido transformando sucesivamente. Según estas leyes, la materia inicial, recibiendo el movimiento, se fraccionó en grupos innumerables, destinados á constituir lentamente varios sistemas celestes, cuya unión, enlace y dependencia en el espacio sólo Dios los conoce.

Un grupo de estos ó un girón de materia primordial fué en su origen nuestro sistema planetario. ¿Qué forma tenía este grupo en aquel momento de su existencia? — No es posible saberlo.

Talvez, los átomos primitivos estarían dispuestos en líneas rectas paralelas unas á otras: comenzarían á moverse como en torbellino, con un movimiento muy pausado y lento: habría diversa intensidad en el movimiento de cada átomo, y el átomo central estaría casi en quietud. A consecuencia de la diversidad en la intensidad del movimiento de los átomos, habría desigualdad en la temperatura: todo esto es probable.

El átomo central vendría á ser entonces el primer fundamento ó el germen del cuerpo solar. — Moviéndose en torbellino, acaso, fué poco á poco adquiriendo la forma esférica aquel conjunto de materia primitiva: de ese gran globo de materia cósmica en vía de condensación iban desprendiéndose sucesivamente, unos en pos de otros, los anillos que dieron origen á los planetas.

La atracción no puede explicarse de ningún modo, sino admitiendo la voluntad del Criador, que dotó á los átomos de esa cualidad.

En todos los planetas y aun en todos los demás astros deben existir los mismos cuerpos simples ó indescomponibles que hay en la tierra. — El espectroscopio lo confirma.

Si las nebulosas son visibles, deben tener necesariamente luz propia: el Sol no es en el Universo la única fuente de luz y de calor. La luz es un modo de ser de la materia y no un cuerpo aparte.

Si los planetas se han ido formando del globo cósmico primitivo, no puede menos de haber densidad diversa en cada planeta.—Esa condición existe: la densidad es diversa en los planetas y sigue un orden fijo, que no puede menos de ser efecto de una ley de formación sucesiva.

Resumiendo todo cuanto hasta aquí llevamos expuesto, podemos decir, pues, que la más probable de las hipótesis inventadas para explicar la formación de nuestro sistema planetario no contradice en nada á la narración, que de la manera cómo se formó el Univer-

so hace Moisés en el Génesis: el Sol, la Luna y las Estrellas debieron haber principiado á verse desde la Tierra, así que ésta hubo llegado al período casi último de su enfriamiento planetario, y cuando ya los astros se encontraban también en el estado cosmogónico en que se hallan al presente: el mundo, ó mejor dicho, nuestro sistema solar planetario había alcanzado ya su constitución definitiva y los espacios celestes ofrecían el mismo aspecto que presentan ahora. El cuarto día de la semana genesiaca tiene, pues, en el estado actual de la ciencia una explicación muy fácil.

Véanse los autores siguientes. — SECCHI. — Unidad de las fuerzas físicas. — CAUCHY. — Siete lecciones de Física General. — MARCEL DE SERRES. — De la creación de la tierra y de los cuerpos celestes. — TYNDALE. — Del calor, como forma de movimiento. Esta obra fué muy elogiada por Moigno, juez muy competente en la materia. — FAYE. — Origen del mundo.



INDICE

	PÁGS.
DECLARACIÓN Y PROTESTA.....	III
ADVERTENCIA	V

INTRODUCCION

Ataques de que ha sido objeto la Escritura Santa en estos últimos tiempos. — Naturaleza é índole de la crítica moderna. — Graves errores de la crítica moderna. — La interpretación mítica.—Excesos de la escuela racionalista alemana.—Diversos sentidos de la Santa Escritura. — Re las para la interpretación católica del sentido literal. — La Vulgata. — Valor y límites del decreto del Concilio de Trento relativamente á la autenticidad de ella. — Importancia del texto hebreo para la inteligencia del sentido literal. — La traducción griega de los Setenta. Auxilios que ella ofrece para la interpretación del sentido literal.—Nuestros Estudios Bíblicos. — Fin que con ellos nos hemos propuesto. — Nuestro trabajo relativo al Libro del Génesis..... 1

CAPITULO PRIMERO

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES Y REGLAS PARA LA EXPLICACION DEL TEXTO SAGRADO

Fin y objeto de la revelación divina. — La Biblia no es libro puramente científico, sino esencialmente religioso. — Modo cómo debían expresarse los autores inspirados. — Contradicciones entre la Biblia y las Ciencias. — Esas contradicciones son aparentes. — Condiciones que debe tener la verdadera ciencia. — Las meras hipótesis no son ciencia.—El fundamen-

to de la ciencia es la verdad. — Los apologistas católicos. — Sus métodos de defensa. — Enseñanzas de la Iglesia.....	23
---	----

CAPITULO SEGUNDO

EL DOGMA DE LA CREACION

Principia la exposición literal del capítulo primero del Génesis. — Texto del primer versículo.—Partes de que consta la narración que Moisés hace de la historia de la creación. — Análisis filológico del primer versículo. — La creación <i>ex nihilo</i> . — Posibilidad de la creación. — El dogma de la creación. — Errores opuestos á este dogma. — Materia primordial.—Los elementos constitutivos de la materia.—Concordancia entre las verdades demostradas por la ciencia y la narración bíblica.....	36
---	----

CAPITULO TERCERO

ESTADO DE LA MATERIA PRIMORDIAL SEGUN LA EXEGESIS CATOLICA

Continúa la exposición del sentido literal del primer versículo del Génesis. — Opiniones diversas sobre el significado de las palabras <i>cielo y tierra</i> . — La materia primordial. — Interpretación del segundo versículo del Génesis.—Sentido literal de este versículo. — Opiniones de algunos Padres de la Iglesia. — Interpretación de San Agustín. — De San Gregorio Nyceno. — De San Juan Crisóstomo. — De San Buenaventura. — El autor del movimiento es el mismo Dios.....	49
---	----

CAPITULO CUARTO

FORMACION Y APARECIMIENTO DE LA LUZ EN EL UNIVERSO

Cuestiones diversas á que da lugar el estudio del Universo corpóreo. — Distinción entre las cuestiones	
--	--

propias de la Filosofía especulativa y las cuestiones que pertenecen á las Ciencias físicas. — La materia. — La extensión. — El espacio. — El movimiento.—Creación del movimiento. — Nuestra opinión acerca de la naturaleza de la luz. — Significación de la palabra *Aguas*. — Explicación de la separación establecida por Dios entre el día y la noche. Una observación relativa al Génesis. — El Libro de Moisés es un libro tradicional. — El día primero de la gran semana de la formación del mundo.... 72

CAPITULO QUINTO

FORMACION DE LA ATMOSFERA Y DE LOS CONTINENTES. — CREACION DEL REINO VEGETAL. — FORMACION DEL SOL, DE LA LUNA Y DE LAS ESTRELLAS

Por qué adoptamos de preferencia la hipótesis de Laplace sobre la formación del mundo. — Modificaciones hechas por el astrónomo Faye á la hipótesis cosmogónica de Laplace. — Postulados de las Ciencias físicas. — El primer día genesiaco. — Fuerza y Materia. — Agentes físicos. — Segundo día genesiaco. — Formación de la atmósfera. — Formación de los continentes.—Tercer día genesiaco.—La vida. — Creación del reino vegetal. — Cuarto día genesiaco.—Formación del Sol, de la Luna y de las Estrellas.—Una observación.—Lenguaje científico. Lenguaje común y ordinario..... 89

CAPITULO SEXTO

CREACION DE LOS ANIMALES

Grados diversos en la perfección de la vida.—El quinto día genesiaco. — Creación de los animales acuáticos. — Creación de las aves. — El sexto día genesiaco. — La Geología y la Paleontología zoológica. Verdades demostradas. — Enseñanza religiosa del Génesis. — Creación de los animales terrestres. — La vida. — Observaciones acerca de la vida..... 113

CAPITULO SEPTIMO

CUESTIONES BIBLICAS IMPORTANTES

- Significado de la palabra *Día* en la narración de la formación del mundo.—Fundamentos para opinar que la palabra *Día* significa un largo período de tiempo. Significado de las voces *Tarde* y *Mañana*. — Una conjetura acerca del relato de la creación. — Antigüedad del mundo. — Cómputos cronológicos. — Las especies de los animales según la Zoología y según la Biblia. — Una observación importante... 124

CAPITULO OCTAVO

CREACION DEL HOMBRE

- Verdades relativas al hombre enseñadas por el Génesis. La unidad de la especie humana. — Pruebas de esa unidad.—Antigüedad del hombre sobre la tierra.— Las edades prehistóricas. — El relato del Génesis acerca de la creación del hombre. — Ministerio de la Ciencia. — La Revelación..... 150

CAPITULO NONO

DESTINO PROVIDENCIAL DE LA TIERRA

- Fin de la creación material.—Cosmogonías paganas. — ¿Cuál es el destino providencial de la Tierra? — Fin del linaje humano. — Las Ciencias, ¿qué pueden contra la Revelación?..... 169

CAPITULO DECIMO

EL DILUVIO

- La narración del Diluvio en el Génesis.—Universalidad del Diluvio.—Dos clases de Universalidad. — Nuestra opinión.—Fundamentos en que la apoyamos.— Longevidad de los Patriarcas antediluvianos. — La

	PÁGS.
serpiente. — Explicación de la manera cómo fué tentada Eva. — Conclusión.....	176
—————	
ADVERTENCIA	191

NOTA PRIMERA

LA EXÉGESIS BÍBLICA. — Interpretación del relato que de la creación del mundo hace Moisés en el Génesis. — Puntos oscuros de esta narración. — Dificultades para interpretarlo satisfactoriamente. — Los Padres de la Iglesia y sus escuelas hermenéuticas. — Escuela de Alejandría. — Escuelas de Siria. — El tratado de San Gregorio Nyceno sobre la obra de los seis días. — Grandes trabajos de San Agustín sobre el Génesis.—Santo Tomás de Aquino y sus reglas de interpretación. — Comentarios de Cornelio A - Lápide y de Calmet.—Tratados de Suárez y de Petavio. — El Padre Hurter y otros teólogos modernos.....	193
---	-----

NOTA SEGUNDA

Sobre los apologistas de la Religión en general.....	210
--	-----

NOTA TERCERA

Apologistas especiales del libro del Génesis y de la historia mosaica de la creación.....	215
---	-----

NOTA CUARTA

Sobre la manera cómo Moisés pudo haber escrito el Génesis.....	227
--	-----

NOTA QUINTA

Sistema geogénico.....	229
------------------------	-----

